

¿QUIÉN? Algis Budrys

Título original: Who?
Traducción: José María Cañas
© 1958 by Algis Budrys
© 1961 Ediciones Cenit - Barcelona
Depósito legal B.9665 - 1961
Edición electrónica de Sadrac, Bs.As. 2000

CAPITULO I

Era cerca de medianoche. El viento soplaba del río, Gimiendo bajo los puentes de hierroafiligranado, y las veletas en forma de gallo que había sobre los oscuros y viejos edificios tenían la cabeza apuntada hacia el Norte.

El sargento de la Policía Militar había alineado a sus hombres de la escuadra de recepción a ambos lados de la calle empedrada. Bloqueando la calle había una puerta con portillo de cemento y una barrera de madera a listas negras y blancas. Los faros de los super-jeeeps de la PM y los del sedán del Gobierno de las Naciones Aliadas arrancaban destellos a los sólidos cascos contra motines de los hombres de la escuadra. Sobre sus cabezas había un cartel de luces fluorescentes:

ABANDONAN LA ZONA ALIADA

ENTRAN EN LA ZONA SOVIÉTICA

En el aparcado sedán, Shawn Rogers esperaba junto con un hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores del G.N.A. Rogers era jefe de seguridad de aquel sector del G.N.A. para administrar el distrito fronterizo de la Europa Central. Esperaba pacientemente, sus verdes ojos con expresión de melancolía en la oscuridad.

El representante del Ministerio de Asuntos Exteriores miró su reloj de pulsera de oro.

- Estarán aquí con él dentro de un minuto... - Con la punta de los dedos tamborileó sobre la cartera de negocios -. Si se ajustan a su plan.

- Vendrán puntualmente - repuso Rogers -. Así es como proceden ellos. Lo han retenido durante cuatro meses, pero ahora se presentarán puntualmente para demostrar su buena fe.

A través del parabrisas y sobre los hombros del silencioso conductor, miró hacia la entrada con portillo. Los guardias fronterizos soviéticos que había al otro lado -eslavos y rechonchos asiáticos con informes chaquetas acolchadas- se esforzaban en hacer caso omiso de la escuadra aliada. Se hallaban agrupados en torno al fuego que ardía en un bidón de gasolina delante de su cabaña a rayas negras y blancas. Mantenían las manos extendidas sobre las llamas. Al hombro llevaban sus metralletas de cañón protegido, y colgaban torpe y desmañadamente. Hablaban y bromeaban, y ninguno se preocupaba de vigilar la frontera.

- Mírelos - dijo avinagradamente el hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores -. No se preocupan de lo que hacemos. No les importa que nos hayamos presentado aquí con una escuadra armada.

El hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores era de Ginebra, que se encontraba a quinientos kilómetros de distancia. Rogers llevaba ya siete años en aquel sector. Se encogió de hombros.

- Todos somos viejos conocidos. Hace ya cuarenta años que se encuentra aquí esta frontera. Saben que no vamos a comenzar a disparar, y también nosotros sabemos que no van a emplear las armas. No es aquí donde se libra la guerra.

Miró de nuevo a los agrupados soviéticos, y recordó una canción que había oído años antes: «Da el derecho a hablar al camarada con la metralleta». Se preguntó si, al otro lado de la frontera, conocían ellos esa canción. Eran muchas las cosas referentes al otro lado de la frontera que deseaba saber. Pero sus esperanzas eran escasas.

La guerra se libraba a través de los archivos de todo el mundo. Las armas eran la información:

Las cosas que uno sabía, las cosas que uno descubría sobre ellos, las cosas que ellos sabían sobre ti. Las naciones aliadas enviaban agentes al otro lado de la frontera, o bien hacía años que los tenían allí, y procedían con los medios a su disposición.

No muchos de esos agentes conseguían obtener abundante información. De forma que era preciso reunir todos los informes que se recibían, esperando que no fuesen demasiado erróneos, y al final, si uno era listo, sabía lo que los soviéticos iban a hacer en su próxima maniobra.

También ellos se habían infiltrado a este lado de la frontera. No muchos de sus agentes conseguían grandes informaciones, o al menos uno podía estar razonablemente seguro de que no las obtenían, pero al final, también ellos descubrían qué iban a hacer las naciones aliadas en su próxima maniobra. De manera que ninguno de los dos bandos hacía nada. Uno trataba de investigar en todas las direcciones y cuando más profundamente se intentaba llegar, más difícil resultaba. A pequeña distancia de ambos lados de la frontera habla algo de luz. Más allá, sólo reinaba una oscura e impenetrable niebla. Pero uno tenía la esperanza de que algún día se inclinaría en su favor.

El hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores trataba de sofocar su impaciencia hablando.

- ¿Por qué diablos le dimos a Martino un laboratorio situado tan cerca de la frontera?

Rogers sacudió la cabeza.

- No lo sé. Yo no soy el encargado de las cuestiones estratégicas.

- Bien, ¿por qué no conseguimos enviar un equipo de rescate justamente después de haberse producido la explosión?

- Lo enviamos. Sólo que el de ellos llegó primero. Se movieron más de prisa y por eso pudieron llevárselo.

Se preguntó si había sido una simple cuestión de suerte.

- ¿Por qué no hemos podido arrancarlo de sus garras?

- Mis tácticas no se desenvuelven en ese nivel. Sin embargo, supongo que nos hubiera procurado complicaciones raptar de un hospital a un hombre gravemente herido.

- Y el hombre era de nacionalidad americana. ¿Qué si hubiese muerto? Los equipos de la propaganda soviética hubieran puesto manos a la obra para demoler a los americanos, y al ser convocado el Congreso del G.N.A. ninguna de las naciones aliadas se habría apresurado a aportar su parte para el presupuesto de los siguientes años.

Rogers gruñó. Esa era la clase de guerra que estaban librando.

- Creo que es una situación ridícula. Un hombre importante como Martino se encuentra en sus manos, y nosotros no podemos hacer nada. Es absurdo.

- En situaciones así es en las que tienen ustedes que intervenir, ¿no?

El representante del Ministerio de Asuntos Exteriores le dio otro giro a la conversación.

- Me pregunto cómo se lo está tomando. Tengo entendido que quedó en muy malas condiciones después de la explosión.

- Bien, ahora es un convaleciente.

- Me han dicho que perdió un brazo. Pero supongo que ellos se habrán ocupado de eso. Son Muy buenos en prótesis, ¿sabe? Ya allá por el mil novecientos cuarenta mantenían vivas cabezas de perro con corazones mecánicos y cosas así.

- Hum.

«Un hombre desaparece al otro lado de la frontera», estaba pensando Rogers, «y envías agentes para que den con él. Poco a poco, empiezan a llegar los informes. Ha muerto, dicen. Ha perdido un brazo, pero vive. Está moribundo. No sabemos dónde se encuentra. Ha sido trasladado a Novoya Moskva. Se halla aquí mismo, en esta ciudad, en un hospital. Al menos, tienen a alguien en un hospital de aquí. ¿En qué hospital?»

Nadie lo sabía. Y no había posibilidad de descubrir más. Lo que se sabía había sido pasado al Ministerio de Asuntos Exteriores, y las negociaciones habían comenzado. Los de este lado habían cerrado los puestos fronterizos. Los del otro bando casi habían derribado un avión aliado. Los aliados habían aprisionado a algunos barcos pesqueros. Y al final, no a causa de lo que habían hecho los de este lado, sino por alguna razón que sólo ellos conocían, los del otro bando habían dado su brazo a torcer.

Y durante todo este tiempo, un hombre del bando aliado había permanecido en uno de sus hospitales, roto y herido, esperando a que sus amigos hicieran algo por él.

- Circula el rumor de que se hallaba a punto de acabar algo llamado K-Ochenta y ocho - continuó el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores -. Teníamos orden de no ejercer demasiada presión, por temor a que se diesen cuenta de lo muy importante que es. Pero naturalmente, era preciso que lo recuperáramos, de forma que tampoco podíamos ser demasiado suaves. Un delicado asunto.

- Lo comprendo.

- ¿Cree usted que han conseguido arrancarle el secreto del K-Ochenta y ocho?

- En su bando tienen a un hombre llamado Azarín. Es muy diestro en esas cosas.

«¿Cómo puedo saberlo yo hasta que no haya hablado con Martino? Pero Azarín es condenadamente diestro. Y me pregunto si todos esos rumores no debieran ser evitados a toda costa.»

Al otro lado de la entrada con portillo dos faros resplandecieron, giraron hacia un lado y se detuvieron. La portezuela trasera de un Tatra fue abierta bruscamente, y al mismo tiempo uno de los guardias soviéticos se acercó a la entrada con portillo y empujó la barrera. El sargento de la PM aliada dio una orden para que sus hombres quedasen en posición de firmes.

Rogers y el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores descendieron de su coche.

Un hombre se apeó del Tatra y se aproximó a la entrada con portillo. Vaciló en la línea fronteriza y después caminó de prisa entre las dos filas de hombres de la PM.

- ¡Santo Dios! - musitó el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Las luces de los faros arrancaron como una llovizna de reflejos azulados del hombre, que acababa de cruzar la frontera. En su mayor parte era metal.

Traía uno de los informes y parduscos trajes civiles soviéticos, zapatos toscos y camisa a rayas pardas. Las mangas del traje eran demasiado cortas, y por ellas sobresalían mucho sus manos. Una era de carne y la otra no. Su cráneo era un ovoide de pulido metal completamente sin facciones, exceptuando una reja en el lugar donde debiera haber estado su boca, y unas cavidades en forma de media luna, curvándose hacia arriba en los extremos, por donde sus ojos atisbaban. Al final de las dos filas de soldados se inmovilizó, y pareció sentirse incómodo. Rogers se acercó a él, y le tendió la mano.

- ¿Lucas Martino?

El hombre asintió con la cabeza.

- Sí.

Era su mano derecha la que se encontraba en buenas condiciones. La tendió y Rogers se la estrechó. Su apretón fue fuerte y ansioso.

- Me alegra encontrarme aquí.

- Mi nombre es Rogers. Este señor es mister Haller, del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Haller estrechó mecánicamente la mano de Martino, mirándolo con fijeza.

- ¿Cómo está usted? - preguntó Martino.

- Muy bien, gracias - balbuceó el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores -. ¿Y usted?

- El coche está ahí, mister Martino - terció Rogers -. Pertenezco a la oficina de Seguridad del sector. Le agradecería que viniese conmigo. Cuanto antes le entreviste, antes habrá acabado todo esto.

Rogers tocó el hombro de Martino y le empujó ligeramente hacia el sedán.

- Sí, desde luego. No hay necesidad alguna de que nos demoremos.

El hombre caminó con el mismo paso rápido de Rogers y montó en el coche antes que él. Haller penetró por el otro lado para colocarse junto a Martino, y entonces el conductor hizo girar el coche y emprendió la marcha hacia la oficina de Rogers. Detrás de ellos, los hombres de la PM se instalaron en sus jeeps y los siguieron. Rogers miró hacia atrás a través de la ventanilla trasera del coche. Los guardias fronterizos soviéticos los seguían con la mirada.

Martino permanecía rígidamente sentado contra el tapizado, las manos sobre el regazo.

- Es maravilloso regresar - dijo con voz esforzada.

- Cualquiera pensaría así - dijo Haller -. Después de lo que esos...

- Creo que mister Martino no ha dicho lo que considera que se espera digan las personas que se encuentran en su situación. Dudo muchísimo que le parezca maravilloso nada.

Haller observó con cierta sorpresa a Rogers.

- Ha sido usted completamente rudo, mister Rogers.

- Me siento rudo.

Martino miró al uno y después al otro.

- Por favor, que no sea yo quien les obligue a discutir - dijo. - Lamento ser causa de disturbio. ¿No será de alguna ayuda el que les diga que sé qué aspecto ofrezco y que por ahora estoy acostumbrado a él?

- Lo siento - repuso Rogers -. No era mi propósito enzarzarme en una disputa a causa de usted.

- Por favor, acepte mis excusas también - añadió Haller -. Me doy cuenta de que, a mi propia manera, también yo he sido tan rudo como mister Rogers.

Martino dijo:

- Y de esta manera, nos hemos ofrecido excusas los unos a los otros.

«Así es», pensó Rogers. «Todo el mundo está contrito.»

Ascendieron por la rampa que servía de puerta lateral del edificio donde estaba instalada la oficina de Rogers, y el conductor detuvo el coche.

- Muy bien, Mister Martino, aquí es donde nos apeamos - dijo Rogers -. Haller, ¿usted comenzará a trabajar en seguida en su oficina?

- Inmediatamente, mister Rogers.

- De acuerdo. Supongo que su jefe y mi jefe podrán comenzar a establecer un plan de acción con respecto a esto.

- Estoy completamente seguro de que el papel de mi ministerio en este caso ha concluido una vez que mister Martino ha regresado a salvo - replicó delicadamente mister Haller -. Mi intención es irme a la cama después de que haya hecho mi informe. Buenas noches, Rogers. Ha sido un placer trabajar con usted.

- Gracias.

Se estrecharon la mano brevemente. Rogers se apeó del coche detrás de Martino y penetró con él a través de la puerta lateral.

- Se ha desembarazado de mí más bien de prisa, ¿no? - comentó Martino mientras Rogers le dirigía hacia una escalera que conducía al sótano.

Rogers gruñó:

- Por esta puerta, por favor, mister Martino.

Salieron a un estrecho corredor con puertas a ambos lados, con un linóleo gris en el suelo y paredes de cemento pintadas. Rogers se detenía durante un momento en cada una de las puertas y las miraba.

- Creo que esta servirá. Por favor entre conmigo, mister Martino.

Se sacó del bolsillo un manojito de llaves y abrió la puerta.

La habitación era pequeña. Había una litera colocada contra una de las paredes, pulcramente hecha con una almohada blanca y una manta del ejército muy estirada. Había también una mesa pequeña y una silla. Una lámpara iluminaba la habitación, y en una de las paredes había dos puertas, una que conducía a un reducido tocador y la otra a un compacto cuarto de baño.

Martino miró en torno suyo.

- ¿Aquí es donde celebra siempre sus entrevistas con los que regresan del otro lado de la frontera? - preguntó suavemente.

Rogers sacudió la cabeza.

- Me temo que no. Tendré que pedirle que por el momento permanezca aquí.

Salió de la habitación sin darle a Martino tiempo a reaccionar. Cerró la puerta y le echó la llave. Se tranquilizó un poco. Se reclinó contra la sólida puerta de metal y encendió un cigarrillo, con sólo un ligero temblor en la punta de los dedos. Después echó a andar rápidamente pasillo abajo hacia el ascensor automático para subir al piso donde se encontraba su oficina. Cuando encendió las luces, torció la boca al pensar en lo que dirían sus hombres cuando comenzara a llamarlos, obligándolos con ello a abandonar la cama.

Tomó el aparato telefónico que había sobre su mesa. Pero primero tenía que hablar con Deptford, el jefe del distrito. Marcó el número.

Deptford contestó en seguida.

- ¿Diga?

Rogers había esperado encontrarlo despierto.

- Rogers, mister Deptford.

- Hola, Shawn. Estaba esperando su llamada. ¿Ha ido todo bien con Martino?

- No, señor. Necesito que un equipo de emergencia se presente aquí lo más de prisa posible. Necesito a un... no sé cómo demonios lo llaman... un hombre entendido en aparatos mecánicos en miniatura, con tantos ayudantes competentes como le permitan. También deseo que venga un experto en el arte de la vigilancia. Y un psicólogo. Ambos deben traer también el personal necesario, y convenientemente autorizado. Quiero que estos tres hombres claves vengan aquí esta noche o mañana por la mañana. La cantidad de hombres que van a necesitar es una cosa que deben decidir ellos mismos, pero deseo disponer de las autorizaciones para que ningún sello rojo les impida iniciar su trabajo. Lamento muchísimo el que a nadie se le haya ocurrido jamás ahondar en el personal clave lleno de alergias a la droga de la verdad.

- Rogers, ¿qué es lo que ocurre? ¿Qué es lo que anda mal? Sus oficinas no se hallan equipadas para un proyecto como éste.

- Lo siento, señor. No me atrevo a trasladarlo. En esta ciudad hay demasiados lugares sensitivos. Lo he traído aquí y lo he introducido en una celda. He tomado todas las malditas precauciones posibles para que ni siquiera se acerque a mi oficina. Dios sabe en pos de qué va, o qué puede ser capaz de hacer.

- Rogers... ¿ha atravesado Martino esta noche la frontera o no la ha atravesado?

Rogers vaciló.

- No lo sé - contestó.

Rogers hizo caso omiso de la habitación llena de hombres que esperaban y permaneció mirando los dos dossiers, no tanto pensando como agrupando sus energías.

Ambos dossiers estaban abiertos en la primera página. Uno era grueso, y estaba lleno de los resultados de una investigación de seguridad, de informes, de resúmenes sobre el progreso de la carera y de todos los demás datos que a lo largo de los años se acumulan en torno a un empleado del gobierno. En un rótulo decía: Martino, Lucas Anthony. La primera página se componía de los acostumbrados datos de identificación: altura, peso, color de los ojos, color del cabello, fecha de nacimiento, huellas dactilares, plano dental, marcas o cicatrices capaces de distinguirlo. Había una serie de fotografías que le habían sido tomadas desnudo. Eran la parte delantera, la parte trasera y los dos perfiles de un hombre musculoso de rasgos controlados y agradablemente inteligentes y de nariz ligeramente gruesa.

El segundo dossier era mucho más delgado. En realidad, en la carpeta no había nada sino las fotografías, y en el rótulo decía: Ver Martino, L.A. (?). Las fotografías mostraban a un hombre musculoso con amplias cicatrices que, como un chal hecho de cuerda, se deslizaban diagonalmente desde su costado izquierdo, a través del pecho, por su espalda y por sus hombros. Su brazo izquierdo estaba mecánicamente levantado hasta lo alto del hombro y parecía haber sido injertado directamente en su musculatura pectoral y dorsal. Tenía espesas cicatrices alrededor de la base del cuello, y una cabeza metálica.

Rogers se levantó de detrás de la mesa y miró a los hombres del equipo especial que permanecían a la espera.

- ¿Bien?

Barrister, el inglés perito en servomecanismos, se quitó de los dientes el extremo de la pipa.

- No sé. Es completamente difícil decir algo, definitivo sobre la base de unas pruebas que sólo han durado unas cuantas horas. - Respiró hondamente -. Si quiere que me exprese con entera exactitud, le diré que estoy haciendo pruebas, pero que no tengo idea alguna de lo que mostrarán, si es que muestran algo, o si ello será pronto o tarde. - Hizo un ademán de desesperación -. No hay manera alguna de penetrar en alguien que se encuentra en esa condición. No nos ha sido posible penetrar su superficie. La

mitad de nuestros instrumentos resultan inútiles. Hay tantos componentes eléctricos en sus partes mecánicas que, todas las lecturas que tomamos, son enormemente borrosas. Ni siquiera podemos hacer una cosa tan simple como determinar el amperaje que han utilizado. Cada vez que realizamos una prueba, le producimos daño. - Bajó la voz en tono de excusa -. Le hace gritar.

Rogers hizo una mueca.

- ¿Pero es Martino?

Barrister se encogió de hombros.

De repente Rogers dejó caer el puño contra la superficie de su mesa.

- ¿Qué demonios vamos a hacer?

- Emplear un abrelatas - sugirió Barrister.

En el silencio que siguió, Finchley, que tenía la misión de ayudar a Rogers por encargo del Federal Bureau of Investigation americano, dijo:

- Vean esto.

Tocó un interruptor y el proyector cinematográfico que había traído comenzó a zumbiar mientras él se movía para ir apagando las luces de la habitación. Apuntó el proyector hacia una pared blanca e hizo que la película comenzara a girar.

- Ha sido tomada desde encima de su cabeza - explicó -. Con luz infrarroja. Creemos que no ha podido verla. Creemos que estaba dormido. Martino - Rogers tenía que pensar en él dándole ese nombre contra su voluntad - vacía en la litera. La media luna visible de su cara se hallaba cerrada desde el interior, y no había sino los bordes de un flexible trenzado para marcar sus contornos. Debajo, la venda, centrada justamente sobre la aguda curva de la mandíbula, estaba abierta de par en par. La impresión que producía era la de un hombre sin cabello con los ojos cerrados y respirando a través de la boca. Tuvo la sensación de que ese hombre no respiraba.

- Esto ha sido tomado hacia las dos de hoy - dijo Finchley -. Ha permanecido en esa litera durante un poco más de hora y media.

Rogers frunció el ceño ante el matiz de frustración que captó en la voz de Finchley. Sí, era pavoroso no poder decir sí un hombre dormía o no. Pero no merecía la pena obrar si todos iban a permitir que se desequilibraran sus nervios. Estuvo a punto de decir algo al respecto, pero de pronto se dio cuenta de que le dolía el pecho. Relajó los hombros y sacudió la cabeza.

En la película se produjo un sonido.

- Muy bien - dijo Finchley -. Ahora escuchen.

La banda sonora de la película comenzó a emitir.

Martino había empezado a azotar la litera, y su metal arrancaba chispas a la pared.

Rogers parpadeó.

Bruscamente, el hombre comenzó a balbucear en sueños. Las palabras brotaban, y cada sílaba era clara. Pero las palabras eran mucho más rápidas que lo normal, y la voz era desesperada:

- ¡Nombre! ¡Nombre! ¡Nombre!

- Nombre Lucas Martino, nacido en Bridgetown, Nueva Jersey, el diez de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho, sobre...

- ¡Media vuelta! ¡Atención... de frente...! ¡Marchen!

- ¡Nombre! ¡Nombre! ¡Atención... Alto!

- Nombre Lucas Martino, nacido en Bridgetown, Nueva Jersey, el diez de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho.

Rogers notó que Finchley le tocaba el brazo.

- ¿Cree que le hicieron caminar?

Rogers se encogió de hombros.

- Sí, se trata de una verdadera pesadilla, y si ese hombre es Martino, entonces sí, parece como si le hubieran hecho caminar de un lado a otro en una pequeña habitación mientras le disparaban preguntas. Ya conoce su técnica: obligar a un hombre a mantenerse de pie, a moverse, mientras ellos no cesan de interrogarlo. Los equipos se turnan cada unas cuantas horas, de manera que siempre están frescos. Al sujeto no lo dejan ni dormir ni sentarse. Lo hacen caminar hasta que acaba por delirar. Sí, podría tratarse de eso.

- ¿Cree usted que ha fingido?

- No lo sé. Pudiera haberlo hecho. Pero también puede ser que estuviese dormido. Quizá es uno de sus hombres, y soñaba que nosotros intentábamos arrancarle su historia.

Al cabo de un rato, el hombre quedó quieto en la litera, los antebrazos rígidamente levantados desde los codos, las manos contraídas como rígidas garras. Parecía mirar directamente a la cámara con su cara de forma aerodinámica, y nadie hubiera podido saber si estaba despierto o dormido, pensando o no, temeroso o sintiendo dolor, o quién o qué era.

Finchley detuvo el proyector.

Rogers llevaba despierto treinta y seis horas. Había transcurrido ya todo un día desde que el hombre cruzó la frontera. Rogers se refrotó coléricamente los ardientes ojos cuando penetró en su apartamento. Fue dejando sus prendas en un desordenado reguero sobre la vieja y raída alfombra mientras se dirigía al cuarto de baño. Al hurgar en el armarito de las medicinas para buscar un Alka-Seltzer, envidió a los membrudos hombrecitos como Finchley, que podían estar despiertos durante días sin que su estómago se resintiera de ello.

Los rechinantes tubos llenaron lentamente de agua caliente la bañera mientras él se afeitaba con una navaja. Se pasó los dedos a través del espeso, rizado cabello rojo y frunció el ceño al ver la caspa que se había desprendido.

«Dios», pensó extenuadamente, «tengo treinta siete años y estoy destrozado»

Y cuando se deslizó en la bañera y sintió los efectos del agua caliente en la estropeada cadera donde le habían acertado con una piedra durante un tumulto, se miró el vientre, cuyo abultamiento no podía disminuir ya ningún ejercicio, y el pensamiento se hizo aún más intenso. «Unos pocos años más y seré una verdadera ruina. Cuando venga el tiempo húmedo, esta cadera me va a hacer pasar ratos malísimos. Antes era capaz de permanecer de pie dos o tres días seguidos, pero eso no voy a poder hacerlo de nuevo nunca más. Algún día voy a intentar efectuar algún ejercicio que podía hacer la semana anterior, y no me va a ser posible realizarlo. Y algún día también voy a tomar una decisión o voy a hacer cualquier cosa que tenga que salir bien. Yo sabré que va salir bien... pero saldrá mal. Empezaré a hacer cosas mal, y después de cada una de ellas me entrarán sudores al recordar cómo me he equivocado. La idea empezará a preocuparme, a acosarme, y tendré que vivir con dexedrina. Si los jefes se dan cuenta de ello a tiempo, me proporcionarán un hermoso empleo inofensivo en un rincón cualquiera. Y si no se dan cuenta a tiempo, uno de estos días Azarín acabará por derrotarme completamente, y entonces los niños de todo el mundo hablarán chino.»

Se estremeció. El teléfono sonó en la sala de estar.

Salió de la bañera, se apoyó cuidadosamente en el borde y se envolvió en una de las grandes toallas del tamaño de una manta, las cuales se iba a llevar consigo a los Estados si alguna vez lo destinaban allí. Se dirigió a la mesita donde estaba el teléfono y tomó el aparato.

- ¿Diga?

- ¿Mr. Rogers?

Reconoció la voz de uno de los telefonistas del Ministerio de la Guerra.

- Sí.

- Mister Deptford desea hablar con usted. No cuelgue, por favor.

- No.

Esperó, lamentando que el paquete de los cigarrillos estuviera al otro lado de la habitación, junto a la cama.

- ¿Shawn? En su oficina me han dicho que estaba en casa.

- Sí, señor. Empezaba ya a serme difícil mantener encima la camisa.

- Estoy aquí, en el ministerio. Hace apenas un instante que he hablado con el subsecretario de Seguridad. ¿Cómo van las cosas en ese asunto de Martino? ¿No ha llegado aún a ninguna conclusión definitiva?

Rogers pensó en los términos de su respuesta.

- No, señor. Lo siento. Hasta ahora no hemos dispuesto sino de un día.

- Sí, lo sé. ¿Tiene usted idea de cuánto tiempo más necesitará?

Rogers frunció el ceño. Tenía que calcular cuánto tiempo podrían desear malgastar.

- Yo diría que nos llevará una semana - contestó, albergando una esperanza.

- ¿Tanto?

- Me temo que sí. El equipo se ha formado y trabaja con regularidad ahora, pero las cosas están resultando sumamente difíciles. Es como un enorme huevo.

- Ya veo. - Deptford respiró hondamente de una forma que se oyó con mucha claridad a través del teléfono -. Shawn, Karl Schwenn me pregunta si sabe usted lo muy importante que es para nosotros Martino.

Rogers respondió tranquilamente:

- Puede decirle al señor subsecretario que conozco mi oficio.

- Muy bien, Shawn. No era su propósito regañarle. Simplemente deseaba estar seguro.

- Lo que usted quiere decir ese que le está acosando.

Deptford vaciló.

- Alguien le está acosando a él también, ¿sabe? - A pesar de todo, yo preferiría que hubiese un menos de disciplina teutónica en este departamento.

- ¿Ha dormido usted últimamente, Shawn?

- No señor. Haré los informes diariamente, y cuando hayamos resuelto esto le telefonaré.

- Muy bien, Shawn. Se lo diré. Buenas noches

- Buenas noches, señor.

Cogió el aparato. Volvió a introducirse en la bañera, Y yació allí con los ojos cerrados. delante el dossier de Martino se deslizara por el primer plano de su cerebro.

Sin embargo, era muy poco lo que había en informe. El hombre media cinco pies y once pulgadas de estatura. Su peso era superior a las doscientas sesenta y ocho libras. Sus hombros se habían inclinado, pero el bulto de su cráneo de platino salvaba al parecer la diferencia que había en la cuestión de la estatura.

En la actual descripción de su persona no había nada más que fuese aprovechable. En ella no decía nada de los ojos, el cabello o la tez. Tampoco se decía nada de la fecha de nacimiento, aunque un filósofo le había atribuido una edad, la cual, dentro los acostumbrados límites de error, correspondía a 1948. ¿Huellas dactilares? ¿Marcas cicatrices por las que se le pudiera distinguir?

La sonrisa de Rogers fue amarga. Se secó, dándoles patadas envió a un rincón sus prendas sucias y se vistió. Volvió a penetrar en el cuarto de baño, se introdujo en el bolsillo el cepillo de dientes, estuvo un momento pensando, añadió el tubo de Alka-Seltzer y regresó a su oficina.

Eran las primeras horas de la mañana del segundo día. Rogers miró a Willis, el sicólogo, que permanecía sentado al otro lado de su mesa.

- Si de todas maneras iban a entregarnos a Martino - preguntó Rogers -, ¿por qué se han tomado tantas molestias con él? No hubiera necesitado toda esa quincallería sólo para mantenerse vivo. ¿Por qué lo han convertido en un objeto de exhibición?

Willis se frotó con la mano la cara.

- Si suponemos que es Martino, verdaderamente no se comprende por qué nos lo han entregado. Estoy de acuerdo con usted. Si desde el principio hubiesen estado dispuestos a entregárnoslo, probablemente se habrían limitado a ponerle unos parches al viejo estilo. En lugar de ello, se han tomado

muchísimas molestias para reconstruirlo lo más parecidamente posible a un ser humano funcional.

- Lo que yo creo que ha sucedido es que ellos sabían que les sería útil. Esperaban mucho de él, y deseaban que fuese físicamente capaz de entregarles sus descubrimientos. Es muy probable que ni por un momento se hayan preocupado del aspecto que ahora ofrece para nosotros. Oh, no hay duda de que se han molestado en vestirlo con un mínimo de lo absolutamente necesario... pero quizá era a él a quien deseaban impresionar. En todo caso, posiblemente han pensado que se mostraría agradecido a ellos y les proporcionaría una especie de cuña. Y no descontemos la idea de excitar su admiración puramente profesional. Sobre todo teniendo en cuenta que es un físico. Eso podría ser un puente entre él y su cultura. Si ésta ha sido una de sus consideraciones, yo diría que una técnica psicológica excelente.

Rogers encendió un nuevo cigarrillo, e hizo mueca ante su sabor.

- Ya nos hemos enfrentado otras veces con problemas de esta especie. Podemos barajar casi todas las ideas que deseemos y hacer encajar algunos de los pocos hechos que conocemos. ¿Y qué nos demuestra eso?

- Bien, como he dicho, puede ser que jamás hayan tenido el propósito de permitir que volviéramos a verlo de nuevo. Si trabajamos partiendo la base de esta presunción, entonces ¿porqué al fin lo han dejado irse? Aparte de la presión que hemos ejercido sobre ellos, digamos que él no ha cooperado. Digamos que al final han visto que no iba a ser la mina de oro que ellos esperaban. Digamos que van a planear algo diferente... el Mes próximo o la semana próxima. Mirándolo de esta manera, es comprensible que nos lo hayan entregado, pues puede ser que se hayan imaginado que, si nos devolvían a Martino, les sería mucho más fácil llevar a cabo su próxima maniobra.

- Todo, eso son demasiadas suposiciones. ¿Qué es lo que él dice al respecto?

Willis se encogió de hombros.

- Dice que le hicieron algunas proposiciones.

Decidió, que eran simple cebo y las rechazó. Dice que lo interrogaron, pero que no se fue de la lengua.

- ¿Lo considera usted posible?

- Todo es posible. No le han vuelto loco aún. Eso es algo en sí mismo. Ha sido siempre un individuo firmemente equilibrado.

Rogers emitió un sonido despectivo.

- Escuche, ellos vuelven loco a todo el mundo cada vez que desean hacer eso. ¿Por qué no él?

- No digo que no lo hayan vuelto loco. Pero hay una posibilidad de que diga la verdad. Quizá no dispusieran de suficiente tiempo. Quizá él tuvo la ventaja sobre sus acostumbrados sujetos. El hecho de que no tenga facciones movibles y un ciclo respiratorio convulso por los que ellos hubiesen podido ver cuándo se hallaba próximo al borde del derrumbe, puede haberles ayudado.

- Si - asintió Rogers -. Empiezo a darme cuenta de esa posibilidad.

- Y los latidos de su corazón tampoco son un indicador, debido a la gran parte de peso que tiene que soportar su instalación eléctrica. Me han dicho que todo su ciclo metabólico es impuro.

- No puedo comprenderlo - dijo Rogers -. No puedo comprenderlo en absoluto. O es Martino o no lo es. Los soviéticos se toman todas esas molestias. Y luego nos lo devuelven. Si es Martino, sigo sin comprender qué es lo que esperan conseguir. No puedo aceptar la idea de que no esperan conseguir algo. Ellos no son así.

- Tampoco nosotros somos así.

- Desde luego. Escuche, constituimos dos bandos, y ambos estamos convencidos de que el equivocado es el otro. Este siglo transformará la forma de vivir del mundo para los próximos mil años. Cuando son tales las cosas que se hallan en juego, uno procura mucho no dar pasos en falso. Si no es Martino, sin duda alguna saben que no lo aceptaremos sin cerciorarnos profundamente que se trata de él. Si su idea es jugarlos una mala partida imponiéndonos a un individuo falso, entonces son más torpes de lo que dan a entender sus últimas realizaciones. Pero si es Martino, ¿por qué lo han dejado irse? ¿Se ha pasado a ellos? Dios sabe que se han hecho soviéticos siete países de los que jamás hubiéramos sospechado tal cosa.

Se frotó la parte superior de la cabeza.

- Por lo pronto, han conseguido que tengamos que quebrarnos la cabeza a causa de ese tipo.

Willis asintió con la cabeza agriamente.

- Lo se. Escuche, ¿cuánto es lo que sabe usted sobre los rusos?

- ¿Sobre los rusos? Tanto como lo que sé sobre otros soviéticos. ¿Por qué?

Willis contestó con reluctancia.

- Bien, es una gran equivocación generalizar sobre estas cosas. Pero algo que estamos obligados a tener en cuenta en la guerra psicológica es la idea que los eslavos tienen de una broma. Particularmente los rusos. No ceso de pensar que, tanto si la cosa comenzó así como si no, cada uno los que lo saben todo

sobre ese tipo están riéndose de nosotros ahora. Les gustan muchísimo las bromas prácticas, especialmente aquéllas en las que alguien sangra un poco. Tengo una visión de los muchachos de Novoya Moskva congregados en torno a unas botellas de vodka y riendo, riendo y riendo.

- Eso es estupendo - dijo Rogers - Estupendísimo. - Se pasó la mano por la mandíbula, nos ayuda mucho.

- He creído que usted disfrutaría.

- ¡Maldita sea, Willis, tengo que quebrar esa concha suya! No podemos permitir que ande por ahí libre y como un caso sin resolver. Martino es uno de los mejores en su especialidad. Habrá que pensar en él siempre, porque sus ideas serán indispensables en cada uno de los proyectos que llevemos a cabo en los próximos diez años. Estaba trabajando en ese asunto llamado K-Ochenta ocho. Y los soviéticos lo han tenido en su poder durante cuatro meses. ¿Qué es lo que han extraído de él? ¿Qué es lo que le han hecho? ¿Lo tienen aún consigo?

- Comprendo... - dijo lentamente Willis -. Me doy cuenta de que puede haberlo dicho casi todo, incluso haberse convertido en un activo agente. Pero, con relación a este asunto suyo, si no es Martino en absoluto... francamente, es algo que no puedo creer. ¿Qué me dice de las huellas dactilares de su mano sana?

Rogers lanzó una maldición.

- Su hombro derecho es una masa de tejido cicatrizado. Si pueden sustituir los ojos, los oídos y los pulmones por partes mecánicas, si pueden motorizar un brazo e injertarlo en una persona, ¿de qué medios podemos valemos para saber a qué atenernos?

Willis se puso pálido.

- Lo que usted quiere decir... es que pueden falsificarlo todo. Es positivamente el brazo derecho de Martino, pero eso no quiere decir necesariamente que sea Martino.

- Exactamente.

El teléfono sonó. Rogers giró sobre su litera y tomó el aparato de la mesita que había junto a él.

- Rogers - murmuró -. Sí. mister Deptford.

Los números luminosos de su reloj flotaban ante sus ojos, y parpadeó agudamente para afirmarlos. Las once y media de la noche. Había dormido un poco menos de dos horas.

- Hola, Shawn. En estos momentos tengo delante de mí su tercer informe diario. Lamento haber tenido que despertarle, pero la verdad es que no parece que haga usted muchos progresos, ¿verdad?

- Lleva usted razón. En cuanto a haberme despertado, quiero decir. No, no estoy haciendo grandes progresos en este asunto.

La oficina se hallaba oscura, a excepción de la franja de luz que se filtraba por debajo de la puerta que conducía al pasillo. En el otro lado del pasillo, en una oficina más grande que Rogers había requisado, unos especialistas en la materia estaban comparando y evaluando los informes que habían hecho Finchley, Barrister, Willis y todos los demás. Rogers podía oír débilmente el incesante tecleo de las máquinas de escribir y de las máquinas I.B.M.

- ¿Podría ser de algún valor el que yo bajase ahí?

- ¿Para hacerse cargo de la investigación? Adelante. Cuando quiera.

- Deptford no dijo nada durante un momento. Después preguntó:

- ¿Podría ir yo más de prisa que usted?

- No.

- Eso es lo que le he dicho a Karl Schwenn. A pesar de todo le ha confiado el asunto, ¿eh? Shawn, no tenía otro remedio que hacerlo. Todo el programa del K-Ochenta y ocho hace meses que permanece suspendido. A ningún otro proyecto del mundo se le hubiera permitido permanecer abandonado durante tanto tiempo. A la primera duda concerniente a su seguridad, habría pasado a convertirse en una cuestión de simple rutina. Usted lo sabe. Y el interés que ahora se siente debe darle a entender lo muy importante que el K-Ochenta y ocho. Creo que se da cuenta de lo que sucede en estos momentos en África. Es preciso que nosotros dispongamos de algo para mostrarlo. Tenemos que acallar a los soviéticos... al menos hasta que ellos hayan desarrollado algo capaz de estar a la altura de lo nuestro. El ministerio está ejerciendo presión sobre el departamento para que sea tomada una rápida decisión sobre ese hombre.

- LO siento, señor. A ese hombre lo hemos desmontado casi literalmente como a una bomba. Pero no hemos llegado a ningún resultado que nos permita demostrar de qué clase de bomba se trata.

- Debe haber algo.

- Mister Deptford, cuando nosotros enviamos un agente al otro lado de la frontera, lo proveemos de todos los documentos de identidad. Vamos aún más lejos. Le llenamos los bolsillos con monedas soviéticas, las llaves de sus puertas soviéticas, sus cigarrillos soviéticos, sus peines soviéticos. Le damos una de sus billeteras, con sus recibos y los tickets de sus lavanderías. Le damos

fotografías de parientes y muchachas hechas con la clase de papel que ellos emplean y sus productos químicos, y sin embargo, cada uno de esos productos salen de nuestras fábricas y jamás han visto el otro lado de la frontera.

Deptford suspiró.

- Lo sé. ¿Cómo se lo toma él?

- No puedo decírselo. Cuando uno de nuestros hombres pasa al otro lado de la frontera, dispone siempre de una historia bien urdida. Es un mecánico de automóviles, un panadero o un conductor de tranvías. Y si es uno de nuestros buenos hombres, y para los asuntos importantes sólo enviamos a los mejores, entonces, no importa lo que suceda, no importa lo que hagan, sigue siendo un panadero o un conductor de tranvías. Se muestra tan perplejo como se mostraría un verdadero conductor de tranvías. Si es necesario, sangra, chilla y muere como un conductor de tranvías.

- Sí - dijo con voz tranquila Deptford -. Sí, así es. ¿Supone usted que Azarín se pregunta alguna vez si quizá ese hombre es un agente o realmente es un conductor de tranvía?

- Tal vez lo hace, señor. Pero no puede siempre obrar como si lo hiciese, pues de otra manera no podría llevar a cabo su tarea.

- De acuerdo, Shawn. Pero hemos de tener resuelto el caso pronto.

- Lo sé.

Al cabo de un rato. Deptford preguntó:

- ¿He sido bastante rudo con usted, ¿verdad, Shawn?

- Algo.

- Usted siempre ha resuelto los asuntos para mí.

La voz de Deptford fue serena, y después Rogers oyó el peculiar ruido de los resecos labios de un hombre cuando abrió la boca para humedecerlos.

- Muy bien. Explicaré la situación a los jefes, y usted haga lo que pueda,

- Sí, señor. Gracias.

- Buenas noches, Shawn. Vuelva a dormirse, si puede.

- Buenas noches, señor

Rogers colgó. Sentado, miró la oscuridad que había en torno a sus pies. «Es extraño», pensó. «Deseé tener una educación, y mi familia vivía a media manzana de distancia de los muelles de Brooklyn. Deseaba ser capaz de saber

lo que era imperativo categórico y reconocer una cita de Byron cuando la oyese. Deseaba llevar una chaqueta de tweed y fumar una pipa bajo un roble cualquier parte. Y, durante los veranos, mientras asistía a la escuela superior, trabajaba para una compañía de seguros y en tal sentido hacía investigaciones sobre ciertas reclamaciones. Así, cuando se me presentó la oportunidad de aspirar a beca del G.N.A., no la desaproveché, me incorporaron a los que se sometían a un interinato para el departamento de Seguridad. Y aquí estoy, sin haber pensado jamás en ello de una manera u otra. Tengo una buena hoja de servicios, condenadamente buena. Pero ahora me pregunto si no hubiera hecho mucho mejor en dedicarme a cualquier otra cosa.»

Después, lentamente se puso los zapatos, se acercó a la mesa y encendió la luz.

La semana estaba a punto de terminar. Comenzaban a saber cosas, pero ninguna de ellas les era la más leve utilidad.

Barriston depositó sobre la mesa de Rogers los primeros bocetos de ingeniería.

- Creemos que así es como trabaja su cabeza. Es una cosa difícil, puesto que no nos es posible emplear los rayos X.

Rogers miró el boceto y gruñó. Barriston comenzó a indicar algunos detalles específicos, usando el tallo de su pipa para ello.

- Este es el montaje de sus ojos. Tiene visión binocular con enfoque servomotorizado y giratorio. Los motores son accionados por esta pila en miniatura que hay aquí, en la cavidad de su pecho. Lo mismo ocurre con el resto de sus componentes artificiales. Es interesante hacer notar que tiene una completa selección de filtros para los cristalinos de sus ojos. Se los han hecho castaños. De esta manera puede ver el infrarrojo si lo desea.

Rogers escupió una hebra de tabaco que se le había quedado adherida al labio inferior.

- Eso es interesante.

Barrister dijo:

- Aquí, a cada lado de los dos ojos hay dos pickups acústicos. Son sus orejas. Sin duda consideraron que era mejor reunirlos para que ambas funciones quedaran albergadas en esta apertura central del cráneo. Es direccional, pero no tan efectivo como Dios se propuso. Hay algo más el ventanillo que cierra esta apertura es completamente duro, acorazado, para proteger todos esos delicados componentes. El resultado es que se queda sordo cuando cierra los ojos. Probablemente a causa de ello duerme con mayor reposo.

- Cuando no finge pesadillas, si.

- O cuando no las tiene. - Barrister se encogió de hombros -. Eso no es de mi competencia.

- Desearía que tampoco fuese de la mía. Y ahora, ¿qué me dice de este otro agujero?

- ¿De su boca? Bien, sobre la mandíbula operable hay otra falsa y fija, probablemente para proteger el mecanismo. Sus verdaderas mandíbulas, los dientes y, sus conductores salivares son artificiales. Su lengua no lo es. El interior de la boca es un material plástico, Teflón probablemente, o algún otro de su especie. A mis hombres les está resultando bastante difícil demostrarlo para someterlo a análisis. Pero él se muestra cooperante en lo que se refiere a dejarnos extraer muestras.

Rogers se lamió los labios.

- Muy bien, de acuerdo - dijo bruscamente -. ¿Pero qué relación tiene todo eso con su cerebro. Cómo lo opera?

Barrister sacudió la cabeza.

- No lo sé. Lo usa todo como si hubiera nacido con ello, de manera que hay alguna clase de relación entre sus centros nerviosos voluntarios y autónomos. Pero no sabemos aún exactamente cómo está hecho. Como le he dicho, se muestra cooperante, pero yo no soy el hombre indicado para comenzar a desmontar todo eso, puesto que con toda seguridad no sabría volver a montarlo otra vez. Todo cuanto sé es que en alguna parte, detrás de esa maquinaria, un cerebro humano funciona en el interior de ese cráneo. Cómo lo han hecho los soviéticos es una cuestión muy diferente. Tiene que recordar que llevan mucho tiempo realizando esta clase de cosas.

Colocó otra hoja encima de la primera, sin prestar atención a la palidez en la cara de Rogers.

- He aquí su central eléctrica. En el dibujo está hecha de un modo basto, pero creemos que es sencillamente una ordinaria pila de bolsillo. Se halla localizada en el lugar donde están sus pulmones, próxima al fuelle que opera sus cuerdas vocales y el más ingenioso circulador de oxígeno del que yo he oído hablar. Proporciona energía eléctrica, por supuesto, y acciona su brazo, sus mandíbulas, su equipo audiovisual y todo lo demás.

- ¿Se halla bien protegida la pila?

Barrister permitió que una considerable cantidad de admiración profesional se trasluciera en su voz.

- Lo suficiente bien para que podamos aplicarle los rayos X turbios. Hay una cierta pérdida de corriente, desde luego. Morirá dentro de unos quince años.

- Hum.

- Bien, hombre, si a ellos les hubiese preocupado el que viva o muera, nos habrían proporcionado fotocalcos azules.

- Lo único que a ellos les preocupa es el tiempo. Y si el hombre no es Martino, quince años pueden ser más que suficientes para ellos.

- ¿Y si es Martino?

- Si es Martino, y si han logrado atraerlo con algunas de sus persuasiones, entonces quince años pueden ser más que suficientes para ellos.

- ¿Y si es Martino y no han logrado atraérselo? Y si tras su nueva armadura, ¿sigue siendo el mismo hombre que siempre fue? ¿Y si no es el Hombre de Marte? ¿Y si es simplemente Lucas Martino, físico?

Rogers sacudió la cabeza lentamente.

- No lo sé. Me estoy quedando sin ideas para dar respuestas rápidas. Pero tenemos que descubrirlo. Antes de que sea demasiado tarde. Tal vez consigamos descubrir todo cuanto ha hecho o sentido, todo cuanto ha hablado y a quién, todo cuanto ha pensado.

CAPITULO II

Lucas Martino nació en el hospital de la ciudad más próxima a la granja de su padre. Su madre quedó incapacitada después del parto, y de esta manera él fue a la vez el hijo mayor y el único hijo de Matteo y Serafina Martino, granjeros de Milano, cerca de Bridgetown, New Jersey. El nombre se lo impusieron en honor del tío que en 1947 pagó a sus padres el pasaje a los Estados Unidos y les prestó dinero para que establecieran la granja.

Milano, New Jersey, era una comunidad compuesta de campos de tomates, huertos de melocotoneros y granjas avícolas, todo ello centrado en un almacén general en el que vendían objetos caseros, pienso para el ganado, gasolina para los tractores, sin contar con que era también la oficina de correos. A una milla por el norte, las cuatro amplias pistas de una carretera de cemento eran el cauce por el que se deslizaba el boyante tráfico entre Camden-Filadelfia y Atlantic City.

Por el oeste, los raíles del ferrocarril se curvaban desde el Camden a Cape May. Por el sur, formando la base de un triángulo de comunicaciones, otra carretera se deslizaba desde la playa de Jersey al pontón de Chester con el que se cruzaba la desembocadura del Delaware, con lo que quedaban conectadas todas las desparramadas carreteras de la costa este. Bridgetown se alzaba en el punto donde se encontraban el ferrocarril y la carretera, pero Milano se hallaba en el interior del triángulo, en ningún caso a más de cinco minutos de distancia del mundo, como la mayor parte de la gente sabía, y sin embargo, demasiado lejos.

Medio siglo antes, en la tierra arcillosa habían plantado, acre tras acre, cepas, y la Málaga Processing Corporation había importado cientos de trabajadores de la vieja Italia. Las comunidades se habían desarrollado y el idioma que imperaba en la zona era el italiano.

Cuando se marchitaron las cepas, todo el proyecto cultural fracasó. Algunos, como Lucas Maggiore, abandonaron las granjas que habían construido sus padres y se trasladaron a las comunidades italianas de otras ciudades. Hasta cierto punto, sus puestos fueron ocupados por personas de diferentes partes del mundo. Pero también los recién llegados eran campesinos por nacimiento, porque lo llevaban en la sangre. En unos cuantos años, las pequeñas comunidades fueron de nuevo razonablemente prósperas y establecieron un nuevo sistema de hábitos y costumbres que eran gran parte como el viejo. Pero el mundo exterior había tocado a las pequeñas ciudades como Milano, y a su vez Milano había enviado de sus gentes a la ciudad.

La región era cálida en el verano y los inviernos eran benignos. Las granjas distantes se elevaban entre pinos y espesura, y durante el invierno los venados de grandes ojos se aventuraban hasta los huertecillos que había detrás de la cocina. La mayor parte de los caminos eran de grava y los postes de servicio no tenían más que uno o dos hilos. En las carreteras se veía a más camiones que coches, aunque lo más probable era que los coches fuesen Dodges y Mercurys nuevos. A unas cuantas millas había una fábrica de conservas de tomates, y la granja de Matteo Martino se hallaba consagrada principalmente a criar tomates de enredadera. Exceptuando los ocasionados viajes a Bridgetown para comprar telas y piezas para el camión, la fábrica de conservas y el almacén se hallaban tan lejos de la casa como Matteo consideraba necesario ir.

El joven Lucas tenía pesados huesos y una poderosa complexión, como los antepasados norte de Italia de Matteo. Sus ojos eran castaños, pero a esa edad su cabello era lo bastante claro como para ser rubio. Su padre tenía la costumbre de revolverse de vez en cuando el cabello y llamarle Tedeschino, lo cual quiere decir alemancito, ante el débil disgusto de su madre, vivían en una casa de cuatro habitaciones, como una unidad estrechamente compacta, y Lucas creció compartiendo con naturalidad el trabajo. Eran tres personas con tres distintas pero interdependientes responsabilidades, como tenía que ser para que el trabajo se desarrollara adecuadamente. Serafina se ocupaba de la casa y ayudaba en la recogida de los tomates. Matteo realizaba el trabajo

pesado, y Lucas, a medida que se hacía más mayor y más fuerte, se encargaba de aquellas tareas a las que había que atender cada día. Escardaba, amarraba y almacenaba las herramientas de mano, y Matteo, que había trabajado en la fábrica de la Fiat antes de venir a América, gradualmente le iba enseñando a reparar y mantener el tractor. Lucas mostraba una inclinación a la mecánica.

Como no tenía hermanos ni hermanas, y como durante el día estaba siempre demasiado atareado para hablar mucho con sus padres, los primeros tiempos de su adolescencia fueron de soledad, si bien él no se sentía solitario. En primer lugar, tenía trabajo más que de sobra para mantenerse ocupado. En segundo lugar, se consideraba como una parte que, encajada en otras partes, producía un total mecanismo funcionando. No habiendo por allí cerca nadie de su edad cuyo crecimiento y desarrollo hubiese podido observar, aprendió a observarse a sí mismo, a permanecer un poco apartado del joven muchacho y catalogar las cosas que hacía, colocando cada nuevo descubrimiento en su lugar adecuado en un ya bien disciplinado e instintivamente sistemático cerebro. A los extraños, sin duda, les parecía un joven excesivamente serio y preocupado.

Durante las clases de gramática, a las cuales asistió en una escuela situada relativamente cerca de su casa, no contrajo importantes asociaciones exteriores. Regresaba a casa para comer e inmediatamente después de haber terminado la clase, porque había siempre trabajo que hacer y porque deseaba hacerlo. Obtuvo muy buenas notas en todas las asignaturas excepto en inglés, que hablaba fluentemente pero no lo bastante a menudo o lo bastante prolongadamente como para sentirse interesado en su estructura gramatical. Sin embargo, lo hacía bastante bien, y cuando cumplió trece años se inscribió en la escuela superior de Bridgetown, a doce millas, que eran cubiertas en autobús.

Veinticuatro millas en autobús cada día, en compañía de otros veinte muchachos de su propia edad, muchachos llamados Morgan, Crosby, Muller, Kovacs y Jones. en añadidura a los llamados Del Bello y Scarpa, pueden llegar a influir. En particular pueden influir en un muchacho tranquilo, autosuficiente, con ojos constantemente inquisitivos. Sus complicaciones con la gramática desaparecieron de la noche a la mañana, Morgan le enseñó a fumar. Kovacs le habló de la estructura de la música, y con Del Bello le tomó afición al fútbol. Pero más importante aún es que, en su segundo año de estudiante, conoció a Edmundo Starke, hombre bajo de estatura, achaparrado, reticente, con lentes sin monturas, quien daba las clases de física. Requeriría un poco más de tiempo, un poco más de estudio, un poco más de desarrollo; pero Lucas Martino se hallaba ya lanzado hacia el mundo.

CAPITULO III

Había transcurrido una semana desde que el hombre cruzó la frontera. A través del teléfono, la voz de Deptford resultó cansada y vacía. Rogers, cuyos oídos habían estado zumbándole débil pero constantemente durante los últimos dos días, tuvo que aplicarse con fuerza el receptor contra el oído con objeto de poder distinguir lo que le decía.

- Le he mostrado a Karl Schwenn todos los informes, Shawn, y por mi parte he añadido su sumario. Está de acuerdo en que nada más hubiera podido ser hecho.

- Sí, señor.

- En otros tiempos también él fue jefe de sector, ¿sabe? Se da cuenta de lo que son estas cosas.

- Sí, señor.

- En cierto sentido, esta clase de cosas no suceden cada día. Y, bien mirado, a los soviéticos les ocurren aún más a menudo. Me agrada pensar que a nosotros nos cuesta menos tiempo que a ellos tomar decisiones de este tipo.

- Lo supongo.

Ahora la voz de Deptford fue de tono extrañamente inconclusivo, como si estuviera estrujándose la mente en busca de algo que decir que dejase redondeadas las cosas. Pero era una conversación que se había iniciado, condenada ya a arrastrarse más bien que a acabar, y Deptford renunció al cabo de una breve pausa.

- Eso es todo entonces. Mañana puede dispersar al equipo, y usted se mantendrá a la espera hasta que le notifiquemos qué política vamos a seguir con relación a Mar... al hombre.

- De acuerdo, señor.

- Adiós, Shawn.

- Buenas noches, mister Deptford. Depositó el aparato y se frotó la oreja.

Rogers y Finchley estaban sentados en el borde de la litera y a través de la pequeña estancia, miraban al hombre sin cara que se hallaba sentado en la única silla junto a la pequeña mesa en la cual había sus comidas. Había sido mantenido en esa habitación durante la mayor parte de la semana y sólo había salido para ir al laboratorio establecido en la habitación contigua. Le habían sido dadas nuevas prendas. Había empleado varias veces la ducha sin oxidarse.

- Bien, mister Martino - estaba diciendo cortésmente el hombre del FBI. - ya sé que se lo hemos preguntado antes; pero, ¿ha recordado algo nuevo desde nuestra última conversación?

«Un último intento» pensó Rogers. «Uno siempre prueba la suerte antes de renunciar totalmente.»

No le había dicho aún a ninguno del equipo que sus servicios ya no se necesitaban. Le había pedido a Finchley que bajase con él al sótano porque, en el curso de un interrogatorio, siempre era mejor que hubiese más de un hombre. Si el sujeto comenzaba a debilitarse, se podían hacer las preguntas alternadamente, haciéndole saltar atrás y adelante como a una pelota de tenis, de manera que su cabeza girase de un hombro al otro como si estuviera observándose a sí mismo en el vuelo.

«No, no, pensó Rogers, al demonio con eso. Simplemente no deseaba bajar aquí solo.»

La lámpara que brillaba encima de sus cabezas parpadeaba sobre el metal pulido. Hubieron de transcurrir un segundo o dos antes de que Rogers se diese cuenta de que el hombre había sacudido la cabeza en respuesta a la pregunta de Finchley.

- No, no recuerdo nada. Puedo recordar haber sido alcanzado por la explosión. Pareció como si viniera directamente contra mi cara. - Ladró una salvaje risa gutural -. Supongo que fue así. Desperté en el hospital de ellos y me llevó la mano a la cabeza.

Su brazo derecho ascendió hacia su dura mejilla, como si eso pudiese ayudarle a recordar. Lo retiró bruscamente casi como si hubiese sufrido un choque, como si eso fuese exactamente lo que le había ocurrido la primera vez.

- Ya - se apresuró a decir Finchley -. ¿Y después qué?

- Esa noche me clavaron en la espina dorsal una aguja llena de algún anestésico. Cuando desperté, tenía este brazo.

El miembro motorizado lanzó destellos y sus nudillos chocaron débilmente contra su cráneo. Bien a causa de ese sonido, o bien a causa del recuerdo de aquel primer momento de sorpresa, Martino parpadeó visiblemente.

Su cara fascinaba a Rogers. Los dos cristalinos de sus ojos, al recoger luz de toda la habitación brillaron oscuramente en su hueco. El ventanillo enrejado parecía como una hilera de dientes revelados en una mueca de desesperación.

Naturalmente, detrás de aquella fachada un hombre que no fuese Martino podía, estar sonriendo ante los esfuerzos que el equipo hacía para penetrar en él.

- Lucas - dijo Rogers con tanta suavidad como le fue posible, sin mirar en dirección del hombre, haciendo el tiro verbal bajo.

La cabeza de Martino se volvió hacia él sin un segundo de vacilación.

- ¿Sí, mister Rogers?

Puntería fallada. Si lo habían adiestrado, estaba bien adiestrado.

- ¿Le interrogaron a usted intensamente?

El hombre asintió con la cabeza.

- Por supuesto, yo no sé lo que usted considera extenso en casos como éste. Pero pude levantarme y caminar al cabo de dos meses, y varias semanas antes de eso ya habían podido empezar a hablar conmigo. En total, yo diría que consumieron unas diez semanas intentando obligarme a decirles algo que ellos no sabían ya.

- ¿Algo sobre el K-Ochenta y ocho quiere usted decir?

- No mencioné el K-Ochenta y ocho. No creo que ellos hayan oído hablar de eso. Simplemente me hicieron preguntas generales: en qué planes de investigación estábamos embarcados... y cosas así.

Puntería fallada. Dos.

- Bien, mister Martino - dijo Finchley, y el cráneo de Martino se movió pavorosamente sobre a cuello, como si fuera la torreta de un tanque girando -. Se han tomado muchas molestias con usted. Francamente, si nosotros hubiéramos sido los primeros en traerlo aquí hay una probabilidad de que hoy pudiese estar vivo, sí, pero no se habría parecido muchísimo a usted mismo.

El brazo de cristal se crispó agudamente contra el costado de la mesa. Se produjo un silencio prolongado. Rogers medio esperó alguna amarga respuesta del hombre.

- Sí, comprendo lo que usted quiere decir. - Rogers quedó sorprendido ante el completo despego de la voz ligeramente sofocada -. No lo hubiesen hecho si no hubieran esperado que su inversión iba a producir unos buenos beneficios positivos.

Finchley miró esperanzadamente a Rogers. Después se encogió de hombros.

- Creo que lo ha dicho usted del modo más específico posible - le dijo a Martino.

- No han conseguido nada, mister Finchley. Tal vez porque han hecho un trabajo tan bueno. Resulta muy difícil quebrantar a un hombre que no muestra sus nervios.

Un buen punto éste.

Al levantarse, los muslos de Rogers empujaron la litera, y ésta produjo un chirrido al deslizarse sobre el suelo de cemento.

- Muy bien, mister Martino. Gracias. Y lamento el que no hayamos podido llegar a ninguna conclusión.

El hombre asintió con la cabeza.

- También yo lo lamento.

Rogers le observó atentamente.

- Una cosa más. Usted sabe que una de las razones por la que le hemos acosado tanto es porque el gobierno está ansioso sobre el futuro, del programa del K-Ochenta y ocho.

- ¿Sí?

Rogers se mordió el labio.

- Me temo que todo eso se ha terminado ya. No pueden esperar por más tiempo.

Martino se apresuró a mirar a Rogers, luego a Finchley y finalmente de nuevo a Rogers. Este hubiera podido jurar que sus ojos resplandecían con una luz propia. Se produjo un seco chasquido, y Rogers miró el borde de la mesa, donde la mano del hombre se había cerrado convulsivamente.

- ¿No me van a permitir nunca más trabajar? - preguntó el hombre.

Bruscamente se apartó de la mesa, y permaneció como si también el resto de sus músculos hubiesen sido reemplazados por cables de acero muy tensos.

Rogers sacudió la cabeza.

- No puedo decirlo oficialmente. Pero no creo que se atrevan a dejar a un hombre de su habilidad acercarse a cualquier trabajo secreto. Por supuesto, en su caso es preciso tomar aún una decisión política. De manera que no puedo decir nada definitivo hasta que no sepa en qué consiste esa decisión.

Martino dio tres pasos hacia el extremo de la habitación, giró en redondo y caminó hacia adelante.

Rogers se halló ofreciendo excusas al hombre.

- No pueden correr ese riesgo. Probablemente tratarán de abordar de otra manera el problema que el K-Ochenta y ocho tenía que resolver.

Martino se dio un golpe en el muslo.

- Probablemente recurrirán a esa monstruosidad de Besser.

Se sentó bruscamente, con la cabeza apartada de ellos. Su mano hurgó en el bolsillo de la camisa e introdujo el extremo de un cigarrillo a través de la rejilla de la boca. Un motor zumbó, y el interior trenzado de caucho se cerró en torno a él. Encendió el cigarrillo con su temblorosa mano sana.

- Maldita sea - murmuró salvajemente -. Maldita sea, el K-Ochenta y ocho era la solución. Sufrirán un fracaso si intentan poner en práctica eso aborto que es el trabajo de Besser. Furiosamente, aspiró una bocanada de humo de su cigarrillo.

De repente giró la cabeza y miró a Rogers.

- ¿Qué demonios mira usted? Tengo una garganta y una lengua. ¿Por qué no habría de fumar?

- Lo sabemos, mister Martino - dijo suavemente Finchley.

La roja mirada de Martino se desvió hacia él.

- Creen que lo saben. - Se volvió para quedar mirando a la pared -. ¿No estaban ustedes dos a punto de irse?

Rogers movió la cabeza en silencio.

- Sí, sí, estábamos a punto de irnos, mister Martino. Nos vamos. Lo siento.

- Muy bien. - Se sentó y permaneció sin hablar hasta que estuvieron casi al otro lado de la puerta. Entonces dijo -: ¿Pueden proporcionarme algo de tejido para los cristalinos?

- Le enviaré algo inmediatamente. - Rogers cerró la puerta con suavidad -. Se ve que se le ensucian los ojos - comentó.

El hombre del F.B.I. asintió con la cabeza ausentemente, mientras caminaba por el pasillo junto a él.

Incómodo, Rogers dijo:

- Ha sido un verdadero espectáculo el que ha ofrecido. Si es Martino, no se lo reprocho.

Finchley hizo una mueca.

- Y si no lo es, tampoco se lo reprocho.

- ¿Sabe usted? - repuso Rogers -, si hubiésemos sido capaces de despejar hoy el misterio de su identidad, habrían podido seguir desarrollando el programa del K-Ochenta y ocho. En realidad no sería dado de lado hasta medianoche. Más o menos dependía de mí.

- ¿Sí?

Rogers asintió con la cabeza.

- Le he dicho que se había renunciado al programa porque deseaba ver lo que hacía. Supongo que he pensado que eso podría influir positivamente.

Rogers sentía una peculiar clase de derrota. Había trabajado mucho. Estaba vacío de energía, y en adelante, todo sería un continuo descenso, hasta volver al lugar de donde había venido.

- Bien - dijo Finchley -, no puede decir que no haya reaccionado.

- Sí, lo ha hecho. Ha reaccionado. Pero no ha reaccionado en una forma que hubiese podido ser de utilidad. Todo cuanto ha hecho es obrar un ser humano normal.

CAPITULO IV

El laboratorio de física de la Memorial High School de Bridgetown era una habitación larga, con una pared formada por las ventanas de la fachada del edificio. Estaba amueblada con largas y barnizadas mesas que se extendían hacia el extremo de la habitación donde el pupitre de Edmund Starke se hallaba instalado sobre una plataforma. Las pizarras se prolongaban a lo largo de dos de las restantes paredes, y los armarios que contenían el equipo ocupaban la otra. Por sus dimensiones la estancia era adecuada para su propósito, pero no era lo suficiente buena para satisfacer a Starke, ni originalmente había sido designada para ser un laboratorio. Al hacerla, su propósito había sido que sirviera como el espacio que encerraba la usual clase de física del colegio y esto es lo que era.

Lucas Martino la veía como algo distinto, aunque no se daba cuenta de ello y durante algún tiempo no hubiera podido decir porqué. Pero jamás se recordó ni una vez que una clase superior de aquella especie hubiera podido ser mantenida en cualquier colegio superior del mundo. Era su clase de física, y las

lecciones eran dadas por su profesor, en su laboratorio. Aquel era su lugar, en su lugar, como todos en su universo estaba en su lugar o empezaba a estar cerca de ello, de manera que cuando acudía cada día, lo primero que hacía era mirar en torno suyo inquisitivamente antes de tomar asiento ante una de las mesas, con un inequívoco contento y con expresión extrañamente posesiva. En consecuencia, Starke lo consideró en seguida un ávido estudiante.

Lucas Martino no podía ignorar un hecho. No juzgaba ningún hecho, sino que sólo los registraba, convencido de que algún día encontraría la parte a la cual podía ser encajado, sabiendo que algún día todas esas partes, por un inevitable proceso, se reunirían para formar un completo mecanismo que él podría poner en uso. Además, todo cuanto veía representaba para él un hecho. No hacía juicios, y de esta manera nada era trivial. Todo cuanto veía o todo aquello de lo que oía hablar era puesto en alguna parte de su cerebro. Su memoria era fotográfica - no estaba interesado en una imagen estática de su pasado - sino que era plenamente inclusivo. La gente decía que su mente era un revoltijo de extraños conocimientos. Y siempre estaba intentando conseguir que esas cosas encajaran juntas, para ver a qué mecanismo conducían.

En las clases era tranquilo y contestaba sólo cuando le preguntaban. Tenía el hábito de depender de sí mismo para hacer que encajaran sus propios hechos, y la idea de consultar a otra persona - incluso a Starke - haciendo una imprevista pregunta era completamente ajena a él. Estaba acostumbrado a un natural orden de cosas en el que pocas respuestas eran proporcionadas. Pedirle a Starke que le ayudara a asir el significado de los hechos le habría parecido injusto.

En consecuencia, sus notas mostraban imprevisibles altibajos. Como en todas las clases de ciencias de los colegios superiores, se suponía que la única cosa nueva que debía ser enseñada en la clase de física de Starke era la parte principal de la amplia base teórica. De sus estudiantes se esperaba que se aprendiesen de memoria las diversas y más simples leyes, como otros tantos ladrillos para, elevar una posiblemente útil estructura. No se esperaba aún de ellos, y probablemente jamás se les exigiría tal cosa, que construyeran algo cuya concepción hubiese brotado de sus propias mentes. Lucas Martino no consiguió darse cuenta de ello. Si se le hubiera ocurrido la idea, se habría sentido muy incómodo. Su idea era que Starke ponía a su disposición ciertas sugerencias, y que se suponía que él debía rellenar el resto por sí mismo.

De manera que había veces en las que veía la inevitable dirección que iba a tomar una lección antes de que se hubieran enfriado sus primeras frases, y otras en las que llegaba a la conclusión de un experimento antes de que Starke lo hubiese demostrado por medio de sus aparatos. Una cosa tras otra iban ocupando el lugar que les correspondía, y él formaba su estructura extrayendo medios de aquel almacén de medio ideas, barruntos y datos no relacionados entre sí. Cuando esto sucedía, experimentaba lo que otra persona hubiese llamado el fogonazo de un genio.

Pero había otras ocasiones en que las cosas sólo parecían encajar, en que realmente no encajaban, y entonces se deslizaba por un callejón sin salida en

persecución de una absurda equivocación cometiendo algún ridículo error que nadie más había hecho o podría hacer.

Cuando esto sucedía, penosamente avanzaba en dirección inversa a lo largo de la falsa cadena de hechos, tomándolos en uno en uno para examinarlos y ver por qué se había dejado engañar, hasta que al fin descubría la verdadera pista. Pero cuando había construido una estructura, le resultaba difícil descartarla por entero. De manera que en otra parte de su mente había un almacén de interesantes ideas que no eran operantes, pero que a pesar de todo eran interesantes: teorías que eran absurdas, pero que habían parecido capaces de sostenerse conjuntamente. Hasta cierto punto, esas fantasmales herejías permanecían en el fondo para colorear sus pensamientos. Jamás habría de poder ser por completo un ortodoxo perorador de teorías

Mientras tanto, continuaba reuniendo hechos.

Starke era veterano de la enseñanza en las escuelas superiores. Había visto a ciertos compañeros bastante mediocres avanzar en sus carreras; pero él se hallaba ya más allá del punto en que hubiese podido considerarlos con resentimiento, y mucho antes de eso había rebasado el punto en el que hubiese podido sentirse inclinado a malgastar conversaciones sobre ellos. Hacía ya mucho tiempo que había descubierto que los intereses de ellos no eran comunes con los suyos propios.

De manera que Lucas Martino le atrajo y se sintió obligado a establecer con el muchacho alguna clase de lazo. Le llevó varias semanas encontrar la oportunidad, e incluso entonces tuvo que forzarla. Era torpe porque la sociabilidad no constituía su punto fuerte. Era hombre frugal, y no veía razón alguna para establecer relaciones sociales con personas a las que no respetara, y la verdad era que respetaba a muy pocas personas.

Lucas se hallaba terminando un informe al final de la jornada cuando Starke se levantó de la silla, esperó hasta que el resto de la clase comenzó a desfilar y se acercó al muchacho.

- Martino...

Lucas alzó la vista, sorprendido pero no sobresaltado.

- ¿Si, mister Starke?

- Hum... No eres miembro del Club Físico, ¿verdad?

- No, señor.

El Club Físico existía como otra excusa para hacer una fotografía de todo el grupo y colocarla en el libro del año.

- Bien, he estado pensando que quizá el club debiera realizar algunos experimentos especiales. Fuera de la clase. Podría incluso idear algunas

demostraciones y ponerlas en práctica ante una asamblea. Creo que el resto del cuerpo estudiantil podría sentirse interesado. - Todo esto era pura invención, que se le había ocurrido en el impulso del momento, y Starke quedó asombrado de sí mismo -. Me pregunto sobre si tú desearías sumarte a eso.

Lucas sacudió la cabeza.

- Lo siento, mister Starke. Como tengo que entrenarme para el equipo del fútbol y trabajar por la noche, no dispongo de mucho tiempo.

Ordinariamente, Starke no habría insistido más. Ahora dijo:

- Vamos, vamos, Martino. Frank Del Bello pertenece también al equipo, y sin embargo, es un miembro del club.

Por alguna razón, Lucas sintió como si Starke estuviera tentando y exponiendo un nervio. Después de todo, por lo que Lucas Martino sabía hasta ese momento, no tenía ninguna base racional para considerar la clase de física más importante que sus otros cursos. Pero reaccionó aguda y velozmente.

- Me temo que no estoy interesado en ciencia popular, mister Starke.

Se había dejado pasar por alto el hecho de que pertenecer al club tal como era y seguir el nuevo programa de Starke eran dos cosas diferentes. No estaba interesado en sutiles puntos argumentativos. Claramente comprendía que iba en pos de algo enteramente distinto y que Starke, teniendo aún reunido todo su impulso, no cesaría de acosarle.

- No creo que demostrar la desintegración nuclear dejando caer un corcho en una serie de ratoneras tenga algo que ver con la física. Lo siento.

De repente fue un momento difícil para ambos. Starke no estaba acostumbrado a que le detuvieran una vez había comenzado algo. Lucas Martino vivía para los hechos, y los hechos de las circunstancias no le permitían sino una sola posición, tal como él veía las cosas. En un sentido muy real, el uno y el otro sintieron la masa del contrario oponerse resistencia, y ambos supieron que de eso habría de derivarse algo violento a menos de que encontrasen algún medio neutro de separarse.

- ¿Cuál es tu idea de la física, Martino?

Lucas vio en esto una oportunidad y la aceptó agradecidamente. Comprobó que le conducía más lejos de lo que había pensado.

- Creo que es la cosa más importante del mundo, señor - dijo, y se sintió como un hombre que ha tropezado en un umbral.

- Eso cree, ¿eh? ¿Por qué? - preguntó Starke, y con ello metafóricamente cerró la Puerta detrás de él.

Lucas trató de encontrar palabras.

- El universo es una estructura perfecta. En el todo se halla en equilibrio. Es completo. Nada puede ser añadido ni sustraído.

- ¿Y qué quiere decir eso?

Poco a poco los hechos fueron encajando en la mente de Lucas Martino. Ideas, medio pensamientos, fragmentos de formulación que no conseguía reconocer como fragmentos de una filosofía, todas estas cosas súbitamente se colocaron en un orden sistemático y natural mientras escuchaba lo que acababa de decir en un impulso. Por vez primera desde el día en que se presentó en aquel laboratorio con un cuaderno de notas blanco y sin emplear, comprendió exactamente lo que hacía allí. Comprendió algo más que eso: se comprendió a sí mismo. La imagen de sí mismo quedó completa, acabada para siempre.

Eso le dejó en libertad de volverse hacia otra cosa distinta.

- ¿Bien, Martino?

Lucas respiró hondamente, y comenzó de manera titubeante.

- El universo está construido en formas perfectamente encajadas. Cada vez que uno modifica la posición de una, afecta a todas las demás. Si añade algo en su lugar, tiene que sustraerlo de alguna parte. Todo cuanto hacemos ha sido hecho hasta ahora, ha sido realizado modificando la posición de las piezas del universo. Si supiéramos con exactitud dónde encaja todo, y lo que el removerlo haría a todas las otras piezas, podríamos efectuar las cosas más eficazmente. Esto es lo que la física hace: investigar la estructura del universo y darnos un sistema para manejarlo con él. Es la cosa más básica. Todo depende de ella.

- Eso es para ti un artículo de fe, ¿no?

- Es que las cosas son así. La fe no tiene nada que ver con ello.

La respuesta brotó rápidamente. No había comprendido en absoluto qué había querido decir Starke. Estaba demasiado absorto en la comprobación de que acababa de saber para qué estaba hecho él.

Starke había tenido que afrontar en otras ocasiones discursos cuidadosamente ensayados. Por lo menos cada año tenía que afrontar uno de algún brillante muchacho que había visto una película sobre Young Tom Edison. Sabía que probablemente Martino no pretendía hacer lo mismo que aquellos otros, pero le habían engañado ya más de una vez. De manera que envolvió al muchacho en una prolongada ojeada antes de decir algo.

Vio a Lucas Martino devolviéndole la mirada de la misma manera como los muchachos de dieciséis años toman sus irrevocables votos cada día.

Eso disturbio a Starke. Le hizo sentirse incómodo, y por primera vez en su vida le obligó a retroceder.

- Bien. Así, pues, ésa es tu idea de la física. Tienes el propósito de continuar en el Tecnológico de Massachussets, ¿no?

- Si puedo conseguir el dinero que se necesita para ello, y mis notas no son demasiado elevadas, ¿verdad?

- La cuestión de las notas poca importancia tendrá si te preocupas de ello. El semestre no está ni mucho menos a punto de acabarse. Y el dinero no constituye ningún problema. Hay toda clase de becas científicas. Si te falla eso, probablemente podrás lograr incorporarte a uno de los grandes equipos como G.E.

Martino sacudió la cabeza.

- Es un problema de tres factores. El nivel de mis notas no será así de elevado, por mucho que me esfuerce en los dos próximos años. No deseo verme atado a la compañía de nadie, y tercero, las becas no lo cubren todo. Es necesario disponer de prendas decentes para acudir al colegio, y necesitas tener en el bolsillo el suficiente dinero para divertirse de vez en cuando. He oído hablar del M.I.T. Ningún ser humano puede estudiar todos sus cursos y al mismo tiempo trabajar para ganar dinero. Si uno va allí, tiene que estar allí las veinticuatro horas del día. Y yo aspiro a conseguir mi doctorado. Eso significa un minimum de siete años. No, iré a Nueva York después de haberme graduado aquí y trabajaré en el restaurante de tío Luke hasta que haya podido ahorrar algo de dinero. Seré un residente de Nueva York y estudiaré en el colegio superior. Allí procuraré obtener buenas notas, y de esa manera me será posible conseguir la beca para Massachussets.

Este plan se desarrolló fácil y espontáneamente. Starke no hubiera podido adivinar que había sido concebido en ese mismo instante. Martino había situado juntos los hechos, había visto cómo encajaban y qué acción indicaba. Era así de fácil.

- Has hablado de ello con tus padres, ¿verdad?

- Aún no. - Por vez primera se mostró vacilante -. Va a ser duro para ellos. Pasará bastante tiempo antes de que pueda enviarles algo de dinero.

Y además de eso, aunque él no podía decírselo a un extraño, la vida de la familia cambiaría para siempre, nunca más volverla a ser de nuevo lo que había sido.

- No comprendo - dijo su madre -. ¿Por qué te ha entrado de repente la idea de ir a ese colegio de Boston? Boston está muy lejos de aquí. Mucho más lejos que Nueva York.

No tuvo una fácil respuesta. Permaneció torpemente sentado a la mesa del comedor, con la mirada posada en su plato.

- Tampoco yo lo comprendo - le dijo su padre a su madre -. Pero si allí es donde desea ir, supongo que será porque tiene sus razones. En todo caso, no se va a ir inmediatamente. Para cuando llegue ese momento, será un hombre. Y un hombre tiene derecho a decidir esas cosas.

El miró a su madre y después a su padre, y pudo ver que no se trataba de algo que pudiese explicar. Por un momento, casi dijo que había cambiado de idea.

En lugar de ello, dijo:

- Gracias por vuestro permiso.

Mueve una pieza del universo, y todas las demás se ven afectadas. Añade algo a una pieza, y otra debe perder. ¿Qué otra alternativa hubiera podido tener, cuando todo estaba relacionado, cuando un bloque de hechos estaba contra otro y sólo había una manera buena de proceder?

CAPITULO V

El octavo día después que el hombre había cruzado la frontera, el anunciador zumbó en la mesa de Rogers.

- ¿Sí?

- Mr. Deptford está aquí y desea verle, señor.

Rogers gruñó. Dijo:

- Que pase, por favor.

Deptford penetró en la oficina. Era un hombre delgado, de cara gris, vestía traje oscuro y traía una cartera de negocios.

- ¿Cómo está usted, Shawn? - preguntó suavemente.

Rogers se levantó.

- Muy bien, gracias - contestó lentamente -. ¿Y usted?

Deptford se encogió de hombros. Se sentó en la silla que había junto al extremo de la mesa de Rogers y colocó la cartera sobre su regazo.

- Me ha parecido conveniente bajar conmigo la decisión sobre el asunto de Martino. - Abrió la cartera y le tendió a Rogers un sobre de papel manila -. Ahí dentro hay los datos sobre las directrices políticas oficiales, y una carta para usted de la oficina de Karl Schwenn.

Rogers cogió el sobre.

- ¿Se lo ha hecho pasar muy mal Schwenn, señor?

Deptford sonrió levemente.

- La verdad es que no saben en absoluto lo que hacer. Y no parece que eso sea culpa de alguien en particular. Pero necesitan sumamente una solución. Ahora, habiendo resuelto sacrificar el programa K-Ochenta y ocho, ya no la necesitan con tanta urgencia. Pero siguen necesitándole, desde luego.

Rogers asintió con la cabeza lentamente.

- Le voy a reemplazar como jefe de sector. Han puesto a un nuevo hombre en mi viejo puesto. En la carta de Schwenn le confían la misión de seguir a Martino. En realidad, creo que Schwenn ha encontrado la mejor solución a una situación complicada.

Rogers sintió que los labios se le estiraban en una incómoda mueca de sorpresa y embarazo.

- Bien.

No había nada más que decir.

- La investigación directa no remedia nada - le dijo Rogers al hombre -. Lo hemos intentado, pero no puede ser hecho así. No podemos demostrar quién es usted.

Los refulgentes ojos le miraron impasiblemente. No había manera de poder saber lo que estaba pensando el hombre. Se encontraban solos en la pequeña estancia, y de repente Rogers comprendió que aquello se había convertido en una cosa personal entre ambos. Ahora podía darse cuenta de que había ido sucediendo gradualmente, que en los últimos días había ido formándose a pequeños incrementos, pero ésa fue la primera vez que reparó en ello, y por eso pareció como si hubiera ocurrido súbitamente. Rogers se sintió responsable personalmente de que el hombre se encontrara allí y de todo

cuanto le había ocurrido. Era una forma de sentir improfesional, pero el hecho era que él y aquel hombre estaban allí cara a cara, solos, y que esto los acercaba totalmente.

- Comprendo lo que usted quiere decir - repuso el hombre -. He estado pensando mucho en ello.

Permanecía rígidamente sentado en la silla, su mano colocada sobre las piernas. No había manera de saber si había pensado en ello fría y desapasionadamente, o si esperanzas e ideas desesperadas habían formado eco en su cerebro como hombres en una prisión aporreando los barrotes.

- Creía que me sería posible buscar alguna solución. ¿Qué me dice de las formas que ofrecen los poros de la piel? Estas no pueden haber cambiado.

Rogers sacudió la cabeza.

- Lo siento, Mr. Martino. Créame, nuestros expertos en identificaciones físicas han estado durante días examinando intensamente este asunto. Es cierto que fueron mencionadas las formas que ofrecen los poros. Pero, desgraciadamente, eso no podría servirnos de nada. No nos habíamos preocupado de eso antes de que se produjese la explosión, y en nuestros archivos no hay nada al respecto. A nadie se le ocurrió pensar en detalles tan minuciosos. - Levantó la mano para rascarse la cabeza, y la dejó caer resignadamente -. Me temo que esto mismo puede ser dicho en lo que se refiere a todo lo demás. Tenemos archivadas sus huellas dactilares y fotografías retinales. Todo ello es inútil ahora.

«Y aquí estamos», Pensó, «dando vueltas en torno a la cuestión de si usted es verdaderamente Martino, pero un Martino que se ha pasado al bando de ellos. Hay límites a lo que las gentes civilizadas pueden intentar abiertamente, por muy intensamente que puedan especular. De manera que todo lo demás poco importa. No hay ningún fácil escape para ninguno de los dos, sea lo que sea lo que digamos o hagamos ahora. Hemos tratado de encontrar las respuestas fáciles, y no hemos hallado ninguna. Ahora, tanto para usted como para mí, se trata de dejar correr el tiempo»

- ¿No hay nada en absoluto que pudiese dar resultado?

- Me temo que no. No tiene marcas o cicatrices que no pudiesen ser falsificadas, ni tatuajes, nada. Hemos pensado en todo, Mr. Martino. Hemos pensado en todas las Posibilidades. Hemos acumulado un verdadero equipo de especialistas. Todo el mundo se muestra de acuerdo en que no se puede pensar en hallar una rápida respuesta.

- Eso es difícil de creer - dijo el hombre.

- Mr. Martino, usted se halla más profundamente implicado en el problema que cualquiera de nosotros. A usted le ha sido imposible ofrecernos algo útil. Y usted es hombre muy inteligente.

- Sí, soy Lucas Martino - apuntó secamente el hombre.

- Aun cuando no lo fuera. - Rogers apoyó sobre las rodillas las palmas de las manos -. Considerémoslo de manera lógica. En todo cuanto nosotros podamos pensar, ellos han podido pensar primero. Al intentar establecer algo sobre usted es inútil abordar normalmente el problema. Nosotros somos los especialistas encargados de identificarle a usted y la mayor parte llevamos largo tiempo haciendo esta clase de trabajo. Hace siete años que soy jefe del departamento de seguridad del G.N.A. de este sector. Soy el individuo responsable de los agentes que introducimos en su organización. Pero al intentar deshacerle a usted, tengo que afrontar la posibilidad de que otros tantos expertos del otro bando hayan montado sus piezas y de que usted mismo pueda estar a la altura de mi propia experiencia en la cuestión de las falsas identidades. Lo que aquí se halla en conflicto son los totales esfuerzos de dos eficientes organizaciones, cada una de las cuales posee los recursos de la mitad del mundo. Esta es la situación, y todos tenemos que atenernos a ella.

- ¿Qué va a hacer usted?

- Para decírselo es para lo que he bajado. No podemos mantenerlo aquí indefinidamente. Nosotros no hacemos las cosas de esa manera. De forma que es usted libre de irse.

El hombre alzó la cabeza bruscamente.

- En eso hay algún inconveniente.

Rogers asintió con la cabeza.

- Sí, lo hay. No podemos permitirle volver a emprender un trabajo sensitivo. Ese es el inconveniente, y usted ya lo conocía. Ahora es oficial. Es usted libre de irse y hacer cuanto quiera, siempre que no tenga nada que ver con la física.

- Ya - repuso tranquilamente el hombre -. Lo que ustedes desean es ver cómo me comporto. ¿Cuánto tiempo ya a durar esa situación? ¿Durante cuánto tiempo me van a estar vigilando?

- Hasta que hayamos descubierto quién es usted.

El hombre comenzó a reír, quieta y amargamente.

- ¿De manera que se va de aquí hoy? - preguntó Finchley.

- Mañana por la mañana. Desea ir a Nueva York. Le pagamos el viaje por avión, le hemos concedido una pensión del cien por cien por incapacidad y le hemos dado cuatro meses de paga retrasada, como se la hubiésemos dado a Martino.

- ¿Va a hacer que un equipo lo vigile en Nueva York?

- Sí. Y yo iré en el avión con él.

- ¿Irá usted? ¿Renuncia al empleo que tiene aquí?

- Si. Ordenes. El es mi bebé personal. Mandaré a la unidad de vigilancia del G.N.A. en Nueva York.

Finchley le miró con curiosidad. Rogers le resistió la mirada. Al cabo de un momento, el hombre del F.B.I. emitió un sonido entre sus dientes superiores y dejó que todo quedara reducido a eso. Pero Rogers vio su boca estirada por la peculiar mueca con la que un hombre trata de demostrar que un compañero de profesión ha dejado de contar con su respeto.

- ¿Cuál va a ser su procedimiento? - preguntó Finchley - ¿Simplemente mantenerlo bajo constante vigilancia hasta que haga un movimiento falso?

Rogers sacudió la cabeza.

- No. No podemos limitarnos a estar mano sobre mano. No tenemos a nuestra disposición sino un posible medio de identificación. Tenemos que construir un perfil psicológico de Lucas Martino. Después lo compararemos con los actos y respuestas de ese individuo en situaciones en las que podamos saber exactamente cómo hubiera reaccionado el verdadero Martino. Vamos a ahondar tan profundamente como sea necesario. Vamos a reducir a Lucas a un número determinado de puntos en un diagrama, y después vamos a hacer otro diagrama de ese individuo, para compararlos. De manera que cada vez que haga algo que no hubiese hecho jamás Lucas Martino, lo sabremos. Cada vez que se manifieste en una actitud que el viejo y leal Lucas Martino no se hubiera manifestado, caeremos sobre él como una tonelada de ladrillos.

- Sí, pero...

Finchley parecía incómodo. Ya no pertenecía de manera específica al equipo de Rogers. De ahora en adelante no sería sino el hombre de enlace entre el grupo de vigilancia del G.N.A. al mando de Rogers y el F.B.I. Como miembro de una organización diferente, tendría que prestar su ayuda siempre que fuese necesario, pero su obligación no era ofrecer sugerencias si no las pedían. Y sobre todo ahora, cuando Rogers podía sentirse inclinado a mostrarse susceptible en las cuestiones de rango.

- ¿Bien? - preguntó Rogers.

- Bien, lo que usted va a hacer es esperar a que ese hombre cometa una equivocación. Es hombre inteligente, de forma que no la cometerá pronto, y no será grande. Será una cosa sin importancia, y puede que pase años antes de que la haga. Pueden llegar a ser quince años. Puede que muera sin haberla

hecho. Y durante todo ese tiempo estará vigilado. Durante todo ese tiempo puede que sea Lucas Martino... y si lo es, ese sistema no lo demostrará nunca.

La voz de Rogers fue suave.

- ¿Puede usted pensar en algo mejor? ¿Puede pensar en algo?

No era culpa de Finchley el que estuvieran metidos en aquel lío. No era culpa del G.N.A. el que él hubiera sido trasladado. No era culpa de Martino el que se hubiera producido todo el asunto. Tampoco era culpa suya, pero en cambio, ¿no era culpa suya el que Mr. Deptford hubiese sido degradado? Estaban cogidos en una estructura de circunstancias encajadas las unas en las otras en forma tal que constituían como una especie de laberinto, y nadie podía hacer otra cosa sino seguir el primer camino que se le presentaba por delante.

- No - admitió Finchley -. No se me ocurre ninguna idea digna de ser puesta en práctica.

El campo del aeropuerto estaba envuelto en niebla, y Rogers permanecía solo, afuera, esperando a que se levantara. Se mantenía vuelto de espaldas al coche aparcado a diez pies de distancia, junto al edificio de la administración, donde el otro hombre estaba sentado con Finchley. Rogers se había subido el cuello del abrigo y tenía las manos hundidas en los bolsillos. Miraba la sucia piel metálica del avión que esperaba en la pista. Pensaba en cómo los aviones en vuelo se fundían con el cielo y resplandecían como ángeles, y cómo cuando reposaban en tierra su pureza se veía maculada por incontables regueros de grasa, por manchas de aceite, por las marcas que podían verse en aquellos lugares donde habían resbalado los pies de los mecánicos y por las gotas de agua mezcladas con polvo.

Deslizó dos dedos al interior de su chaqueta, como un carterista, y sacó un cigarrillo. Cerrando sus delgados labios en torno a él, permaneció con la cabeza descubierta en medio de la niebla, su cabello una corona de resplandeciente humedad. Escuchó a los altavoces públicos anunciar que la niebla comenzaba a disiparse y que los pasajeros debían subir a bordo de sus aviones. Miró a través de la pared de vidrio del edificio de la administración y vio que en la sala de espera los pasajeros se ponían de pie, se abotonaban el abrigo y preparaban los billetes.

El hombre tenía que mezclarse al mundo en un momento u otro. Ese era un ordinario avión comercial, y sesenta y cinco personas, sin contar Rogers y Finchley, repararían en él de un solo golpe.

Rogers inclinó los hombros, encendió el cigarrillo y se preguntó qué sucedería. La niebla parecía haberse introducido en sus pasajes nasales y haberse instalado en el fondo de su garganta. Se sentía aterido y deprimido. El empleado encargado de revisar los billetes se colocó fuera de la puerta, y los pasajeros comenzaron a salir de la sala de espera.

Rogers aguzó los oídos para ver si oía el ruido de la portezuela del coche. Al no escucharlo en seguida, se preguntó si el hombre iba a esperar hasta que todo el mundo estuviese a bordo, en la esperanza de ser el último en instalarse en el asiento y así, por un poco tiempo, evitar que se fijaran en él.

El hombre aguardó hasta que los pasajeros formaron el inevitable atasco en torno al empleado. Entonces salió del coche, esperó a que se apeara Finchley y cerró la portezuela con tal fuerza que el ruido que hizo fue como el estampido de una pistola.

Rogers volvió la cabeza en aquella dirección, y se dio cuenta de que todos los demás habían hecho otro tanto.

Durante un momento, el hombre permaneció allí sosteniendo con una mano enguantada una maleta, su sombrero muy encasquetado en su obscuro cráneo, su abrigo abotonado hasta arriba, el cuello levantado. Después depositó en el suelo la maleta, se quitó los guantes y levantó la cara para mirar directamente a los otros pasajeros. Luego levantó su mano de metal y se desprendió del sombrero.

En medio del silencio que se produjo, echó a andar rápidamente, con el sombrero y la maleta en la mano sana, mientras con la otra se sacaba del bolsillo superior el billete. Se detuvo, se inclinó y recogió el bolso de una mujer.

- ¿Es de usted esto? - murmuró.

La mujer tomó entumecidamente su bolso. El hombre se volvió a Rogers y con voz deliberadamente alegre dijo:

- Bien, es hora ya de que subamos a bordo, ¿no?

CAPITULO VI

El joven Lucas llegó a la ciudad en una época especial.

El verano de 1966 fue incómodo para Nueva York. Resultó mucho más frío de lo que se esperaba, y a menudo llovía. Las personas que ordinariamente pasaban en el parque los atardeceres de verano, paseando de un lado para otro antes de sentarse para observar pasear a las otras personas, se sentían desilusionadas. Los gruñones ancianos que vendían helados con sus cochecitos de tres ruedas hacían sonar sus campanillas más vigorosamente de lo que les hubiese gustado. Pocas personas acudían a los conciertos del Mall

en el Central Park, y la música, en lugar de difundirse suavemente a través del aire, tenía para los oídos prácticos un sonido un tanto áspero.

De vez en cuando se producían días calurosos.

Hubo unas semanas en las que pareció como si el tiempo se hubiera asentado al fin, y la ciudad, como una máquina tardía en funcionar, pero que al fin se pone en marcha, trataba de iniciar su verdadero ritmo veraniego. Pero entonces llovía de nuevo. La lluvia helaba las aceras en lugar de humedecerlas, y las hojas de los árboles se abarquillaban en vez de abrirse. Hubiese sido un verano bastante perfectamente bueno para Boston, pero Nueva York tenía que forzarse un poco. Todo el mundo estaba un poco nervioso, porque sabían cómo debían ser los veranos en Nueva York, porque sabían cómo se debía sentir uno durante el verano, porque sabían que ese año era completamente distinto a los demás.

El joven Lucas Martino sólo sabía que la ciudad parecía un lugar nervioso y descontento. Su tío, Lucas Maggiore, que era el hermano mayor de su madre y vivía en los Estados desde 1936, se sintió bastante alegre al verle y lo contrató, pues empezaba a hacerse viejo y era un ser melancólico. Espresso Maggiore, el local donde el joven Lucas iba a trabajar todos los días excepto los lunes, moliendo café, cargando la ruidosa máquina express, llevando a las mesas brazados de tazas, habla sido hasta recientemente una simple trattoria de vecindad para los italianos, a los que no les importaba ser clientes de los rivales kaffeneikons griegos.

Pero la zona turista de Greenwich Village se había extendido y en aquel entonces incluía la manzana donde Lucas Maggiore había establecido su cafetería al cesar de introducir sacos de judías en el almacén de provisiones de su restaurante. De manera que ahora había murales en las paredes, mesas antiguas, música de Muzak y una nueva caja registradora eléctrica marca I.B.M. Lucas Maggiore, un fornido, pesado, sobrio soltero que siempre se las había arreglado para tener bastante dinero, ahora tenía más. Por eso le fue posible pagar a su único sobrino más de lo que se merecía, y sin embargo, aún le quedaba lo suficiente para preguntarse si no debería vivir más libremente de cuanto lo había hecho en el pasado. Pero tenía una cauta inclinación contra la idea de exponerse demasiado a la tentación, y por eso se mostraba melancólico. Sentía un vago resentimiento contra la cafetería. Y habiendo contratado a un gerente, permanecía aumente la mayor parte del tiempo. Empezó a detenerse más y más a menudo junto a las mesas de Park Department en Washington Square, donde los ancianos arropados en negros abrigos jugaban a las damas con la concentración de jugadores de ajedrez, y algunas veces estaba a punto de pedirles que le dejaran jugar.

Cuando el joven Lucas llegó a Nueva York, su tío le abrazó en Pennsylvania Station, le dio unos golpecitos entre los omóplatos y le cogió por ambos brazos para mirarle.

- ¡Ah, Lucas! ¡Bello nipotino! ¿E la mama, e il papa... come le portano?

- Están estupendamente, tío Lucas. Le envían su amor. Me alegra mucho verle.

- Ya. De acuerdo... Yo te agrado, tú me agradas... todo marcha bien. Vamos.

Tomó en una de sus manazas la maleta de Lucas y lo condujo hacia el metro de la estación.

- Mrs. Dormiglione, mi patrona, tiene dispuesta una habitación para ti. Barata. Es una buena habitación. Estarás bien. La vieja Dormiglione no es muy dada a limpiar. Eso tendrás que hacerlo por ti mismo. Pero de esa manera no te molestará mucho. Eres joven, Lucas, y sin duda alguna no desearás que los ancianos estén todo el tiempo molestándote. Desearás estar con personas jóvenes. Tienes dieciocho años y querrás vivir un poco.

Lucas Maggiore inclinó la cabeza en dirección de una muchacha, que pasaba entonces por allí.

El joven Lucas no supo en absoluto lo que decir. Siguió a su tío al interior de un vagón del metro y se cogió a la barra que había encima de su cabeza cuando el metro sufrió una sacudida antes de ponerse en marcha. Finalmente, no teniendo nada concluyente que decir, no dijo nada. Cuando el metro alcanzó la Calle Cuatro, él y su tío se apearon y se fueron a una casa de habitaciones amuebladas situada en West Broadway, donde Lucas Maggiore vivía en el piso superior y Lucas Martino iba a vivir en el sótano, que tenía una entrada separada de la puerta principal. Después el joven Lucas fue presentado a Mrs. Dormiglione, le mostraron su habitación y le concedieron unos cuantos minutos para que se desembarazara de su maleta y se lavase la cara, tras lo cual su tío le llevó a la cafetería.

Por el camino, Lucas Maggiore se volvió hacia el joven Lucas.

- Lucas y Lucas... Demasiados Lucas para un solo establecimiento. ¿No te puso Matteo otro nombre?

Lucas estuvo un momento pensando.

- Bien, algunas veces papá me llama Tedeschino.

- Estupendo. En la cafetería ése será tu nombre. ¿De acuerdo?

- Muy bien.

De manera que con ese nombre fue como Lucas fue presentado a los empleados de Espresso Maggiore. Su tío le dijo que el trabajo comenzaría al mediodía del día siguiente, le anticipó el sueldo de una semana y le dejó irse. Después de eso se veían el uno al otro ocasionalmente, y algunas veces, cuando su tío deseaba compañía, le preguntaba al joven Lucas si le gustaría comer con él o escuchar música en la sala de recibo de Mrs. Dormiglione. Pero

Lucas Maggiore había arreglado las cosas para que el joven Lucas viviese a su propia manera, con entera libertad, y sin embargo, se mantenía lo bastante próximo para que el muchacho no se metiese en ningún lío serio. Consideraba que había hecho lo mejor para su sobrino y estaba en lo cierto.

De manera que Lucas pasó su primer día en Nueva York con una firme base bajo sus pies.

Pensó que la ciudad hubiese podido ser más agradable, pero en cuanto a él mismo se refería, le estaban dando una justa oportunidad. Se sentía un poco aislado, pero eso era algo que estaba seguro acabaría por remediar.

Un año después, con un verano más benigno le resultaría más fácil encajarse en el marco de la ciudad. Pero ese año, la mayor parte de las personas no se sentían tranquilizadas. Ese año no se tomaron vacaciones, porque estaban preocupados con sus actitudes invernales, y de esta manera Lucas descubrió que los neoyorquinos comían lo mismo en su misma mesa en el restaurante, que te vendían un billete para el cine, que te estrujaban en un autobús atestado, y que a pesar de todo cada uno de ellos parecía estar detrás de un muro impenetrable.

Con otro tío, se hubiera sentido envuelto en un ambiente familiar muy parecido al que había dejado detrás. En otra casa, hubiera podido tener otra habitación en la que pronto le habría sido posible recibir a sus vecinos y adquirir amistades. Pero las cosas se combinaron de tal forma, que la clase de vida que vivió durante el siguiente año y medio fue completamente independiente. Reconoció la situación, y con su estilo metódico y lógico comenzó a considerar qué clase de vida necesitaba.

Espresso Maggiore era esencialmente una gran sala, con un mostrador en uno de los extremos, en el cual se alzaba la máquina exprés y eran guardadas las tazas limpias. Había pesadas y elaboradamente talladas mesas de Venecia y Florencia, algunas con mármol y otras sin él. Aparte de los murales realizados en un moderno estilo italianizado por uno de los artistas de la vecindad, en las paredes había cuadros pintados al óleo y con marcos dorados en los que se advertía el paso del tiempo. En cada una de las mesas había un azucarero y una pequeña minuta en la que se hallaban inclinadas la diversas clases de café que se servían y la pequeña selección de helados y dulces. Las paredes estaban pintadas con un subido tono amarillo crema, y las luces eran tenues. La música que sonaba al fondo brotaba de dos altavoces ocultos en dos armarios auténticamente Cinquencento, y de vez en cuando uno de los habituales parroquianos traía un busto vagamente romano y una estatua que entregaba al gerente para tener la satisfacción de verlos exhibidos en un pedestal de madera en uno de los rincones.

La máquina exprés dominaba la sala. Cuando Lucas Maggiore abrió por vez primera su trattoria, compró una moderna máquina eléctrica de segunda mano pero casi nueva, con un cromado resplandeciente, y la palabra

ATALANTO proclamando el nombre del fabricante en elevadas letras que se destacaban sobre el tubo más superior. Cuando el local fue decorado de nuevo, la máquina fue vendida a una kaffeneikon y otra máquina una de las viejas de gas, fue colocada en su lugar. Esta era un gran vertical cilindro con una parte superior en forma de campana de níquel plateado, con las cabezas de unos querubines colocados en los costados y un águila rampante en lo alto de la campana. Desde el mediodía a las tres de la mañana cada día, excepto los lunes, los habitantes del Village y los turistas atestaban Espresso Maggiore, y sentados en las sillas con respaldo de alambre, tomaban capuccino con preferencia al verdadero exprés, que es amargo, e interrumpían sus conversaciones cada vez que la máquina siseaba al soltar el vapor.

Además de Lucas, en Espresso Maggiore había cuatro empleados más.

Carlo, el gerente, era un fornido y casi siempre silencioso hombre de unos treinta y cinco años, cortado de la misma pieza que Lucas Maggiore y contratado por esa razón. Era él quien se encargaba de la máquina, quien usualmente cobraba y quien supervisaba el trabajo y la limpieza. Le enseñó a Lucas cómo debía moler el café, le dijo que pasara siempre el paño por las mesas y que tuviese llenos los azucareros, le enseñó a limpiar los platos y las tazas con la mayor eficacia, y después de eso le dejó en paz, puesto que el muchacho realizaba bien su trabajo.

Había tres camareras. Dos de ellas eran, más o menos típicas muchachas del Village; una de ellas era del Midwest y la otra de Schenectady, y ambas estudiaban arte dramático y venían a trabajar desde las ocho a la una. La tercera camarera era una muchacha de la vecindad, Bárbara Costa, tenía diecisiete o dieciocho años y trabajaba toda la jornada. Era una muchacha encantadora y delgada que hacía su trabajo expertamente y no perdía el tiempo hablando con los muchachos del Village, los cuales venían durante las tardes y permanecían durante horas con una sola taza de café porque nadie se preocupaba de ellos, con tal de que el establecimiento estuviese atestado. Debido a que ella permanecía allí todo el día, Lucas llegó a conocerla mejor que a las otras dos muchachas. Se entendían bien, y durante los primeros días ella se tomó la molestia de enseñarle la manera de llevar cuatro o cinco tazas de una vez, de recordar los pedidos complicados y de hacer rápidamente la cuenta. A Lucas le agradaba por su carácter amistoso, respetaba su pericia porque estaba organizada en una forma que él comprendía y se sentía agradecido por tener una persona con la que podía hablar en los raros momentos en los que sentía el deseo de hacerlo así.

Al cabo de un mes, Lucas se había aclimatado a la ciudad. Se aprendió de memoria la complicada red de calles sin números que había debajo de Washington Square, conocía las principales rutas del metro, encontró una buena y barata lavandería y una tienda en la que compraba los pocos artículos alimenticios que necesitaba. Había investigado el sistema de registro y los requerimientos de ingreso en el City College, había enviado una carta a Massachussets para solicitar detalles y se había inscrito en el local Selective Service Broad, donde las notas que obtuvo en el examen de aptitud técnica le sirvieron para salvar su atraso. Su propósito era inscribirse al cabo de un año

como estudiante de ciencias físicas, pues para eso era para lo que se encontraba en Nueva York. De manera que, hasta entonces, había conseguido establecer sus circunstancias de forma que encajaran en sus necesidades.

Pero lo que su tío le había sugerido el primer día que llegó a la ciudad, estaba comenzando a girar en la mente de Lucas. A veces se sentaba para pensar en ello sistemáticamente.

Tenía dieciocho años, y se hallaba próximo al punto álgido de su vigor físico. Su cuerpo era un mecanismo excelentemente diseñado, con definidas necesidades y funciones. Ese particular año era el último período de tiempo libre que podía esperar disfrutar durante los próximos ocho años.

Sí, decidió, si alguna vez iba a tener novia, nunca se le presentaría mejor oportunidad que entonces. Disponía de tiempo y de medios, e incluso tenía el deseo. La lógica le indicaba el camino, de manera que empezó a buscar en torno suyo.

CAPITULO VII

El avión comenzó a iniciar su final descenso sobre Long Island, para dirigirse al aeropuerto internacional de Nueva York, y la azafata del bar le pidió a Rogers y al hombre que ocuparan sus asientos.

El hombre elevó graciosamente su vaso, colocó el borde contra la cavidad que hacía las veces de boca y apuró su bebida. Depositó el vaso y la rejilla se movió para ocupar su lugar. Se enjugó la barbilla con una servilleta de papel.

- El alcohol es muy malo para el acero con mucho carbón como componente, ¿sabe? - le dijo a la azafata.

Había pasado la mayor parte del viaje en la sala del bar, pidiendo de vez en cuando una bebida, fumando a intervalos, sosteniendo un vaso o un cigarrillo en su mano de metal. Los pasajeros y la tripulación se habían visto obligados a acostumbrarse a él.

- Sí, señor - dijo cortésmente la azafata.

Rogers sacudió la cabeza. Mientras seguía al hombre a lo largo del pasillo hacia sus asientos, dijo:

- No si es acero puro, Mr. Martino. He visto los análisis metalúrgicos referentes a usted.

- Sí - repuso el hombre, y hebilló su cinturón y dejó que sus manos descansaran ligeramente sobre sus rodillas -. Usted los ha visto. Pero esa azafata no los ha visto. - Se colocó el cigarrillo en la boca y dejó que se hundiese allí, sin encender, mientras el avión se inclinaba. Miró a través de la ventanilla que había a su lado -. Es raro - dijo -. Había olvidado ya que se llegaba a una hora tan temprana de la mañana.

En el momento en que el avión tocó la pista, moderó la marcha y comenzó a rodar hacia la rampa de salida, el hombre se deshebilló el cinturón del asiento y encendió su cigarrillo.

- Parece que hemos llegado - dijo convencionalmente, y se levantó -. Ha sido un agradable viaje.

- Muy bueno - repuso Rogers, mientras desataba su propio cinturón.

Miró hacia Finchley, que estaba al otro lado del pasillo, y sacudió la cabeza cuando el hombre del F.B.I. elevó las cejas. No había duda alguna: quienquiera fuese aquel hombre, lo iban a pasar bastante mal con él. Tanto si era Martino como si no.

- Bien - dijo el hombre -. Supongo que no volveremos a vernos socialmente de nuevo, Mr. Rogers. Apenas sé si es conveniente decirle adiós o no.

Rogers le tendió la mano sin pronunciar palabra.

La mano derecha del hombre fue cálida y firme.

- Será bueno volver a ver otra vez Nueva York. Hacía casi veinte años que no estaba aquí. ¿Y usted, Mr. Rogers?

- Unos doce. Nací aquí.

- ¡Oh! ¿De veras?

Se movieron lentamente a lo largo del pasillo hacia la puerta trasera. El hombre caminaba delante de Rogers.

- Entonces estará contento de haber regresado. Rogers se encogió de hombros incómodamente.

La risa del hombre fue triste.

- Perdone. ¿Sabe usted?, por un momento había olvidado realmente que este no es un viaje de placer para ninguno de nosotros.

Rogers no supo lo que responder. Siguió al hombre pasillo abajo, hasta el lugar donde las azafatas les entregaron sus abrigos. Salieron a la escalera movable. Los ojos de Rogers se hallaban al nivel de la parte superior de la cabeza descubierta del hombre.

En la pista había un grupo de fotógrafos con sus cámaras apuntadas hacia el hombre y disparando sus flashes en una serie de agudos resplandores.

El hombre intentó volverse sobre la escalera movable. Su dura mano se aferró al hombro de Rogers cuando intentó apartarlo de su paso. El trenzado que había detrás de la rejilla de su boca estaba fuera de la vista. Rogers oyó cerrarse bruscamente las dos hojas con las que trituraba los alimentos.

Entonces Finchley se las ingenió para pasar junto a ellos y comenzó a bajar por la escalera movable. Mientras descendía se introdujo la mano en el bolsillo para sacar la cartera y luego la chapa del F.B.I. resplandeció brevemente bajo los fulgores de luz. Los fotógrafos se detuvieron.

Rogers respiró hondamente y apartó de su hombro la mano del hombre.

- Muy bien - dijo con suavidad, bajando cuidadosamente la mano del hombre, como si ya no estuviera sujeta a nada -. Todo va bien, hombre. La situación ha sido dominada. El maldito piloto debe de haber radiado algo. Finchley tendrá que hablar con los editores de los periódicos y con los jefes de los servicios telegráficos. No queremos que propaguen la noticia por todo el mundo.

El hombre comenzó a descender y abandonó con inseguridad la escalera movable cuando llegaron al suelo. Murmuró algo que debió ser gracias o una balbuceante excusa. A Rogers le alegró no haberle oído.

- Nosotros nos ocuparemos de la cuestión de las noticias. De lo único que tendrá que preocuparse usted es de las gentes con quienes se encuentre, pero por lo que he visto, creo que sabrá manejarlas perfectamente.

Los resplandecientes ojos de Martino se volvieron salvajemente hacia Rogers

- Es que usted no me ha observado con demasiada atención - gruño.

Esa tarde Rogers se hallaba en la oficina local del departamento de Seguridad del G.N.A. amasándose de vez en cuando el hombro mientras hablaba. Veintidós hombres estaban sentados en ordenadas filas de sillas, y tomaban notas en cuadernos que reposaban sobre los anchos brazos de las sillas.

- Muy bien - dijo Rogers con voz cansada -. Todos ustedes tienen copias del dossier de Martino. Es muy completo, pero para nosotros no es sino un

principio. A todos ustedes se les asignarán misiones oficiales cuando tengan que comenzar a trabajar, pero quiero que cada uno de ustedes sepa lo que se espera que el equipo haga en su totalidad. Cualquiera de ustedes puede llegar a descubrir algo que quizá no le parezca importante a menos de que dispongamos de todo el cuadro. Lo que deseamos es el diagrama de un hombre, desde el último capilar a... - Sus labios se retorcieron -. Remache. Por medio de sus informes individuales vamos a establecer una perfecta descripción de él que nos lo dirá todo desde el día en que nació hasta el momento en que se produjo la explosión en el laboratorio. Deseamos saber qué alimentos le agradan, qué cigarrillos fuma, qué vicios tiene, qué clase de mujeres favorece, y por qué. Deseamos una lista de los libros que lee... y qué es lo que le agrada en ellos. Casi todos ustedes no van a hacer otra cosa sino una intensa investigación sobre él. Cuando hayamos acabado, prácticamente podremos leer su mente.

Rogers dejó que su mano cayese a su costado. - Porque por su mente es por lo único que podemos llegar a reconocerle - prosiguió -. Algunos de ustedes van a recibir la misión de vigilarlo directamente. Serán sus informes los que comparemos con las investigaciones. De manera que tendrán que ser muy detallados, muy precisos. Recuerden que él sabe que está siendo vigilado. Eso quiere decir que gran parte de sus actos estarán encaminados a confundirlos. Será en las pequeñas cosas donde podrá cometer algún error. Observen con quién habla, pero presten la misma atención a la forma en que enciende los cigarrillos.

Hizo una pausa.

- Pero recuerden que tienen que vérselas con un genio. Es o Lucas Martino o un agente soviético, pero, quienquiera que sea, es más inteligente que cualquiera de nosotros. Tendrán que afrontar eso, tenerlo bien presente, y recordar que nosotros somos muchos más y que disponemos de un sistema. Naturalmente - añadió con cierto tono de frustración -, también él puede ser parte de un sistema. Pero ellos serían mucho más listos si lo dejaran proceder por su propia cuenta.

De nuevo se detuvo.

- Sí verdaderamente se trata de un agente soviético, entonces tenemos que preguntarnos por qué ha sido enviado aquí. Puede ser que esperen seriamente que vuelvan a destinarlo al programa de desarrollo tecnológico. Si es así, en estos momentos se encuentra en un agujero, pues no tiene a dónde ir. Tal vez haga un intento para salir de la Esfera Aliada. Permanezcan atentos a eso. Pero también puede ser que se encuentre aquí por otra razón. Tal vez los soviéticos se han figurado que lo íbamos a manejar tal como lo estamos haciendo. Si es así, son muchas las clases de conejos que puede comenzar a sacar del sombrero. Estamos enteramente convencidos de que no es una bomba humana o un arsenal andante lleno de ocultos rayos mortíferos y otras cosas así. Estamos convencidos, pero quizá estamos equivocados. Vigílenlo MUY atentamente si comienza a comprar materiales electrónicos o cualquier cosa con la que pueda construir algo.

Suspiró.

- En cuanto a aquellos que se van a encargar de investigar su historia, si alguna vez insinúa en el curso de una conversación una idea que tenga cierto cariz subversivo, deseo saberlo inmediatamente. No sé en qué consiste ese K-Ochenta y ocho, en lo que él trabajaba, pero sus efectos deben ser terribles. Creo que todos apreciaremos el que no construya uno de ellos en la habitación trasera de alguna parte.

Otra vez suspiró.

- Muy bien. Preguntas.

Un hombre levantó la mano.

- Mister Rogers.

- ¿Sí?

- ¿Qué me dice del otro aspecto de este problema? Yo supongo que en Europa hay un equipo tratando de penetrar la organización soviética en cuyas manos se ha encontrado él.

- En efecto. Pero sólo lo hacen porque se comprende que tenemos que prestar atención a todos los cabos sueltos. No llegarán a ninguna parte. Los soviéticos tienen a un individuo llamado Azarín que es el equivalente a un jefe de seguridad de sector. Es muy bueno en su trabajo. Es como un muro de piedra. Si logramos pasar a través de él será por pura suerte. Si no lo conozco mal, todas aquellas personas que de una forma u otra han estado relacionadas con este suceso por ahora se hallarán ya en Ubezkistan, y los informes habrán sido destruidos, si es que alguna vez han existido tales informes. Se una cosa: había algunos hombres que yo creía haber conseguido plantar allí. Han desaparecido. ¿Más preguntas?

- Sí, señor. ¿Cuánto tiempo cree usted que transcurrirá antes de que podamos saber a qué atenernos con toda seguridad sobre ese individuo?

Rogers se limitó a mirar al hombre.

Rogers se hallaba a solas en su oficina cuando Finchley penetró. Afuera comenzaba a oscurecer, y la habitación estaba sombría a despecho de la lámpara que brillaba en la mesa de Rogers. Finchley tomó una silla y esperó, mientras Rogers plegaba sus gafas de lectura y las introducía en el bolsillo superior.

- ¿Cómo han ido las cosas? - preguntó.

- Me he preocupado de todo. Prensa, noticiarios y televisión. No le van a hacer esa clase de publicidad.

Rogers asintió con la cabeza.

- Estupendo. Si permitimos que lo conviertan en un monstruo de barraca de ferias, perderemos nuestra última oportunidad. Ya será bastante difícil tal como están las cosas. Gracias por haber hecho usted todo el trabajo, Finchley. Jamás podremos hacer sobre él ninguna observación exacta.

- No creo que tampoco a él le hubiese gustado esa situación - repuso Finchley.

Rogers le miró durante un momento.

- Cuando se trata de algo relacionado con las noticias, ¿no hay nada que se halle en un nivel más elevado que el F.B.I.?

- En efecto. Haré que el G.N.A. se mantenga al margen de ello.

- Estupendo. Gracias.

- Esa es una de las cosas por las que yo estoy aquí. ¿Qué ha hecho Martino después de lo que ha ocurrido en el aeropuerto?

- Ha tomado un taxi para dirigirse a la ciudad y lo ha abandonado en la esquina de la Calle Doce y la Séptima Avenida. Allí hay un ambigú. Ha tomado un bocadillo y un vaso de leche. Después ha caminado hacia Greenwich Avenue, y Greenwich abajo hasta la Sexta Avenida. Por la Sexta abajo ha llegado a la Calle Cuatro. Hace unas cuantas horas estaba paseando por todas esas calles.

- Ha aparecido de nuevo en público. Sólo para demostrar que no ha perdido los nervios.

- Eso es lo que parece. Ha producido una moderada excitación. Las gentes se vuelven para mirarle, pero pocos son los que le señalan con el dedo. A eso se limita todo. No se trata de nada de lo que él no pueda hacer caso omiso. Por supuesto hasta ahora no se ha preocupado de buscar alojamiento. Yo diría que en los últimos momentos se sentía un poco perdido. El próximo informe tiene que llegar dentro de media hora... o más pronto si sucede algo drástico. Ya veremos. Estamos haciendo investigaciones en el ambigú.

Finchley alzó la vista.

- Usted sabe que todo este asunto hiere, ¿verdad?

- Sí. - Rogers frunció el ceño -. ¿Qué quiere darme a entender con eso?

- Ya lo ha visto usted en el avión. Estaba muriendo a pulgadas, pero no lo ha demostrado ni una vez. Se ha colocado delante de sesenta personas extrañas y les ha refrotado la cara con lo que es, sólo para demostrarse a sí mismo, para demostrárnoslo a nosotros y demostrarlo a ellos que no está dispuesto a meterse a rastras en un agujero. Los ha engañado a ellos, y nos ha engañado a nosotros. No se parece a ningún ser de los que caminan por esta tierra, y ha demostrado que era un hombre tan bueno como cualquiera de nosotros.

- Eso lo sabemos perfectamente.

- Y después, justamente cuando lo ha conseguido, el mundo se presenta y le atiza con demasiada dureza. Se ha visto a sí mismo propagado por todo el mundo aliado en una página entera a todo color. Y ha comprendido que iba a ser catalogado como monstruo para toda la vida. Bien, ¿quién no se hubiera tambaleado ante ese terrible golpe? A mí me ha sucedido en el curso de mi vida, y supongo que también a usted le ha ocurrido.

- Me imagino que sí.

- Pero él ha logrado ponerse de pie. Se ha colocado en una acera para que todo el mundo en Nueva York pueda mirarle, y lo ha soportado. Sabía lo que se siente al recibir un golpe, y ha ido en busca de más. Eso es ser un hombre, Rogers... ¡Maldita sea, eso es ser un hombre!

- ¿Qué hombre?

- Maldita sea, Rogers, déles un poco de tiempo y la oportunidad adecuada y no hay un agente secreto que los soviéticos no puedan falsificar. No tenemos un solo hombre al que no puedan reemplazar con un falso agente si desean hacerlo realmente. Nadie, nadie en todo el ancho mundo, puede demostrar quién es, pero nosotros esperamos que este hombre lo haga.

- Tenemos que esperarlo. No podemos hacer otra cosa al respecto. Ese hombre tiene que demostrar quién es.

- Podría ser sencillamente colocado en algún lugar donde fuera inofensivo.

Rogers se levantó para acercarse a la ventana. Sus dedos jugaron con el cordón de la persiana.

- Ningún hombre es inofensivo en ninguna parte de este mundo. Puede sentarse y no hacer nada, pero está aquí, y todos los demás hombres tienen que resolver el problema de quién es y cómo piensa porque hasta que el problema no haya quedado resuelto, ese hombre es peligroso. El G.N.A. hubiera podido decidir ponerle en una isla desierta, sí. Y probablemente él no habría podido hacer nada. Pero los soviéticos puede que tengan el K-Ochenta y ocho. Y el verdadero Martino puede seguir aún entre ellos. Si consideramos esta posibilidad, ese hombre, aun colocado en una isla desierta, podría ser el hombre más peligroso del mundo. Hasta que no tengamos pruebas, eso

exactamente es lo que es, sin que poco importe donde se encuentre. Si hemos de obtener pruebas, las obtendremos aquí. Si no las vamos a obtener, entonces permaneceremos lo bastante próximos a él para detenerlo si resulta no ser nuestro Martino. Esta es la situación, Finchley, y ni usted ni yo podemos impedirlo. Ninguno de los dos seremos lo que bastante viejos para coger el retiro antes de él muera.

- Escuche, maldita sea, Rogers, todo eso lo sé perfectamente. No es mi intención volverme de espaldas a la situación. Pero no hemos cesado de vigilar a ese hombre desde el preciso instante en que cruzó la frontera. Lo hemos vigilado, vamos a seguir vigilándole, porque ésa es la misión que se nos ha encomendado, pero en lo que a mí se refiere...

- ¿Cree usted que es Martino?

Finchley se detuvo.

- No tengo prueba alguna que lo indique así.

- Pero no puede evitar pensar que es Martino. ¿Por qué sangra? ¿Por qué lloraría si tuviese lágrimas? ¿Por qué se muestra temeroso y desesperado, y sabe que no tiene a donde ir? - Las manos de Rogers se aferraron espasmódicamente al cordón de la persiana -. ¿No nos ocurre eso a todos? ¿No somos todos seres humanos?

CAPITULO VIII

El joven Lucas Martino se apartó de la mesa recién limpia, sosteniendo en la mano izquierda cuatro tazas y platillos sucios, cada taza en su platillo tal como le había enseñado Bárbara, al objeto de poder llevar dos platillos entre los dedos y los otros dos colocados encima de ellos. La esponja la llevaba en la mano derecha, dispuesto a limpiar todos los sitios sucios sobre las mesas ante las cuales pasaba en su marcha hacia el mostrador. Le gustaba trabajar de esa manera, porque era eficaz, porque así no perdía tiempo, aunque verdaderamente no importaba que dispusiera de mucho tiempo, ahora que la aglomeración de las últimas horas de la tarde había terminado.

Se preguntó qué era lo que producía esas aglomeraciones, mientras colocaba las tazas y los platillos en el cesto que había debajo del mostrador, tras haber echado las cucharillas a una pequeña bandeja. No había ninguna razón manifiesta, porqué, en días indeterminados, Espresso Maggiore solía quedar súbitamente atestado a las cuatro de la tarde. Lógicamente, la gente debiera haber estado trabajando, o dirigiéndose a casa para cenar, paseando en el parque cuando los días eran tan hermosos como aquél. Pero, en lugar de

ello, acudían a la cafetería - todos ellos casi al mismo tiempo - y durante media hora la cafetería estaba completamente atestada. Ahora, a las cinco y cuarto, se hallaba vacía de nuevo, y las sillas permanecían una vez más colocadas en orden contra las mesas limpias. Pero habían sido unos momentos muy atareados, tan atareados, debido a que sólo se encontraban de turno Bárbara y él, que Carlo se había visto obligado a servir también él a las mesas.

Miró las filas de tazas sucias que habían en el cesto. Le pareció que existía también una gran posibilidad de que todos los clientes hubieran hecho el mismo pedido. No capuccino, para cambiar por una vez, sino un simple exprés, y también eso era curioso, como si la mayoría de las entes de la vecindad hubiesen sentido la necesidad de un estimulante, en vez de algo para beber.

Pero todos hacían cosas diferentes: algunos eran dueños de tabernas, otros eran sus empleados, otros eran artistas, otros eran ociosos, otros eran turistas. ¿Había días en los que todo el mundo se sentía cansado sin que importase a qué se dedicaban? Lucas frunció el ceño. Intentó recordar si él mismo se había sentido alguna vez de esa manera. Pero un caso no proporcionaba una prueba concluyente. Tenía que registrarlo en su memoria y pensar en ello, para hacer las pertinentes comparaciones cuando sucediese de nuevo.

Dejó que el pensamiento se deslizara al fondo de su mente cuando Bárbara limpió la última de las mesas y se acercó al mostrador. Sonrió tristemente, sacudió la cabeza y se enjugó la frente con el dorso de la muñeca.

- ¡Uf! ¿No te alegrarás cuando este día haya terminado, Tedeschino?

Lucas sonrió.

- Espera a la aglomeración de la noche.

La observó inclinarse para colocar su tazas en el cesto, y se sonrojó levemente cuando la falda de su uniforme se ciñó sobre sus caderas. Se recobró, y apresuradamente cogió la bandeja de plata para llevarla a la pequeña habitación trasera, que era donde estaba la fregadera.

- Las aglomeraciones de la noche no son para mí aglomeraciones, Ted, Alice y Gloria estarán aquí... y entonces no será ni la mitad de malo. - Bárbara le guiñó el ojo -. Apuesto a que te alegrará ver a Alice.

- ¿A Alice? ¿Por qué?

Alice era una muchacha intensa, de cara aguda, que apenas prestaba atención a su trabajo y ninguna en absoluto a los clientes y a las personas con las que trabajaba.

Bárbara se puso en la mejilla la punta de la lengua y miró al suelo.

- Oh, no lo sé - contestó, frunciendo los labios Pero ayer mismo me dijo lo mucho que le gustabas.

Lucas frunció el ceño al oír eso.

- No sabía que tú y Alice hablabais tanto.

No parecía en absoluta propio de Alice. Pero tenía que pensar en ello. Si era cierto, significaba complicaciones. Verse mezclado con una muchacha compañera de trabajo jamás tenía sentido... o al menos eso era lo que había oído decir, y él podía ver claramente su lógica. Además, sabía exactamente qué clase de muchacha deseaba para actuales propósitos. No tenía que ser ninguna de la que pudiera llegar a enamorarse, - Alice encajaba bastante bien en este aspecto, pero tenía que ser también muy fácil, puesto que su tiempo era limitado. Por esta razón tenía que vivir bastante lejos para que no pudiese verla durante el ordinario curso del día, cuando estaba trabajando o estudiando.

- No te gusta Alice, ¿eh?

- ¿Qué te hace decir eso? - preguntó, manteniendo los ojos apartados de la cara de Bárbara.

- Tu expresión. Por tus ojos parece como si estuvieras pensando en algo complicado, y tu boca tiene una expresión que demuestra que no te gusta,

- Me observas muy atentamente, ¿no?

- Es posible. Muy bien, si Alice no te conviene, ¿qué me dices de Gloria? Gloria es bonita.

- Y no muy inteligente.

Su novia debía ser alguien con la que pudiera hablar algunas veces.

- Bien. No te gusta Alice, no te gusta Gloria... ¿quién te gusta? ¿Tienes una muchacha oculta en alguna parte? ¿La vas a sacar mañana? Mañana es el día destinado a divertirse, ¿sabes? lunes.

Lucas se encogió de hombros. Lo sabía. Los últimos lunes había estado recorriendo la ciudad.

- No. Si quieres que te diga la verdad, ni siquiera había pensado en que mañana estará cerrado el establecimiento.

- Hoy nos pagan, ¿no? No creas que yo no pienso en ello. Hum, muchacho... mañana tengo una cita, y todo eso.

Lucas sintió que la boca se le torcía.

- ¿Tu novio?

- Aún no. Pero puede que llegue a serio... puede que llegue a serlo. Te diré el qué. Es el más encantador individuo que me ha sacado. Suave, buen bailarín, cortés y con ideas de adulto. Una muchacha no encuentra a muchos individuos como éste. Cuando se presenta uno así, procura no dejárselo perder. Pero algunas veces te dices que, si esperas un poco más, quizá se presente alguien más encantador.. si le ofreces una oportunidad. - Miró francamente a Lucas -. Supongo que tú puedes imaginarte cómo es la cosa.

- Sí... bien, supongo que puedo. - Se mordió el labio superior, miró al suelo, y de repente dijo: - Ahora tengo que lavar esto.

Con la bandeja de plata en las manos, se volvió y se apresuró a penetrar en la habitación trasera. Echó los cubiertos a la fregadera, abrió el grifo del agua caliente, y permaneció mirándolos, con las manos aferradas al borde de la fregadera. Pero al cabo de un rato se sintió mejor, aun cuando no podía dejar de ignorar el pensamiento de que Bárbara tenía novio.

A juzgar por la lógica, Bárbara no era la muchacha que le correspondía.

En ese particular lunes, el tiempo se mantuvo bueno. El sol lució lo bastante cálidamente para hacer que las calles resultaran confortables, y las estrechas aceras del Village estaban atestadas de sillas en las que los ancianos se sentaban junto a las escalinatas de sus casas para charlar entre sí y con los viejos amigos que pasaban por allí. Los hombres más jóvenes que no tenían que ir a trabajar permanecían reclinados contra los coches aparcados o estaban sentados en sus guardabarros, y las muchachas del Village caminaban muy conscientes de sí mismas. Las gentes llevaban sus perros al césped de Washington Square Park, y en las calles traseras la ropa estaba tendida en las cuerdas que se tendían entre las escaleras de incendios. Los locales de tenis y de pelota a mano del Park Department se hallaban atestados.

Lucas Martino abandonó su habitación en el sótano y subió a la calle a eso de las dos y media. Con una camisa ligera y pantalón penetró en medio de aquella vida. Se encaminó directamente a la estación del metro, sin mirar a ningún lado, sintiéndose inquieto y turbado. Confiaba en encontrar ese día la muchacha adecuada, y al mismo tiempo se sentía nervioso al pensar en cómo debía abordarla. Pensó en la manera en que los conquistadores del colegio superior habían manejado el problema, y se sintió lleno de confianza en su habilidad para realizarlo lo mismo de bien. Además, una o dos veces había llevado al cine a una muchacha, de manera que no era completamente un novato en el particular código social al que se atenían las muchachas y los jóvenes. Pero no era una compañera social lo que él andaba buscando.

Existía también la cuestión de Bárbara, y le parecía que en eso sólo la autodisciplina podría ser de cualquier utilidad. No podía permitirse verse envuelto en una cosa de largo plazo. No podía permitirse dejar a una

muchacha esperando mientras él se hallaba entegado a todos aquellos años de enseñanza que se extendían ante él. Y después de eso, con lo que había ocurrido en Asia el pasado año, parecía más que nunca como si un especialista en ciencias físicas tendría que trabajar para el gobierno. Eso quería decir que durante mucho tiempo tendría que vivir en alguna base en la que se llevaran a cabo proyectos, con escasas facilidades de alojamiento y muy poco tiempo para dedicarlo a otra cosa que no fuese el trabajo. Se conocía a sí mismo y sabía que, una vez comenzase a trabajar, se sumergiría en ello, y prácticamente excluiría todo lo demás.

No, pensó, al recordar la expresión de su madre cuando le dijo que se iba a ir a Nueva York. No, un hombre del que dependieran unas personas no tenía las más de las veces otra alternativa que la de herirlas a ellas o herirse a sí mismo, cuando no ocurrían ambas cosas a la vez. No podía pedirle a Bárbara que se colocara en una situación como ésa.

Además, se recordó a sí mismo, eso no era lo que andaba buscando. Eso no era lo que necesitaba.

Alcanzó la estación del metro, tomó un tren con dirección a Columbus Circle, y hasta que no llegó allí no levantó la cabeza y empezó a mirar a las muchachas.

Caminó lentamente por Central Park, avanzando en la general dirección de la Quinta Avenida. Caminaba un poco consciente de sí mismo, seguro de que por lo menos algunas de las personas sentadas en los bancos se preguntaban qué hacía.

Había bastantes muchachas en el parque, principalmente en parejas, y no le prestaban atención alguna. La mayor parte de ellas caminaban hacia la pista de patinaje, donde suponía que estarían esperándolas aquellos muchachos con los que se habían citado previamente, o bien esperaban que las abordaran un par de jóvenes. Acarició la idea de ir también él a la pista de patinaje, pero había algo tan desesperante carente de propósito en el acto de girar y girar en círculo a los sonos de la pegajosa música de un órgano que abandonó la idea casi inmediatamente. En lugar de ello, tomó otro sendero y contorneó el santuario de las aves, sin saber lo que era o para qué era el alto muro. Cuando súbitamente vio un pavo real aparecer en un claro y extender su plumas, se detuvo, extasiado. Permaneció inmóvil durante diez minutos antes de que el ave se alejara. Después soltó los dedos de la malla de alambre y continuó caminando lentamente, moviéndose aún hacia el este.

El parque se hallaba lleno de gente a la clara luz del sol. Cada hilera de bancos ante los cuales pasaba estaban atestados, los cochecitos de bebé permanecían alineados ante los senderos y los niños trotaban detrás de las palomas. Las niñeras hablaban entre sí con sus blancos uniformes, y los ancianos leían periódicos. Las ancianas, con el bolso en su regazo, miraban a través del lago y movían sus vacíos dedos como si estuvieran cosiendo.

Había unas cuantas muchachas que caminaban solas. El las miraba cautamente, con el rabillo del ojo pero no había ninguna que le pareciese adecuada. Siempre volvía la cabeza hacia el lado del sendero y pasaba junto a ellas apresuradamente, o bien se detenía para mirar atentamente su reloj de pulsera mientras ellas pasaban por su lado en dirección contraria.

Consideraba que la clase de muchacha adecuada para él debía tener un especial aspecto: una forma de vestirse, o de caminar, o de mirar en torno suyo que la distinguiera de todas las demás era lógico creer que una muchacha que dejaba a un joven extraño hablarle en el parque tenía una especial clase de actitud, una marca de que no podría describir pero que reconocería. Y, una o dos veces en sus paseos por la ciudad, creía haber hallado a una muchacha así. Pero, cuando se acercaba más a una de esas muchachas, estaba siempre masticando goma, o el carmín de sus labios era espeso y anaranjado, o por alguna otra causa le provocaba una peculiar sensación en la boca del estómago que le obligaba a alejarse tan deprisa como le era posible sin llamar la atención.

Finalmente, llegó al Zoo. Durante un rato estuvo paseando ante las jaulas de los leones. Después penetró en la cafetería y pidió un vaso de leche. Sacó afuera el vaso y se sentó en una mesa de la terraza. Empezaba a sentirse crecientemente torpe, como usualmente le ocurría en cada una de aquellas expediciones. Por eso se tomó bastante tiempo en terminar la leche. Miró de nuevo su reloj, comprobando que eran las tres y media. Tuvo que mirar dos veces su reloj, porque le parecía que había estado en el parque mucho más tiempo que ése. Encendió un cigarrillo, lo fumó hasta apurarlo del todo, y comprobó que eso sólo le había llevado cinco minutos.

Se agitó inquietamente en la silla de metal. Debía levantarse y comenzar a moverse de nuevo, pero se hallaba acosado por la seguridad de que si hacía eso sus pies le sacarían inmediatamente del parque y lo conducirían al metro para regresar al centro de la ciudad.

Se pasó los dedos por la frente. Estaba sudando, había una mujer sentada en la mesa contigua, tomando té helado. Tenía unos treinta y cinco años, según juzgó él, y vestía prendas que parecían caras. Le miró de un modo peculiar, y él bajó la vista. Se levantó, echó hacia atrás la silla haciendo que sus patas produjeran un chirrido al deslizarse sobre las piedras de la terraza, y apresuradamente se dirigió a la plaza, en la que había un estanque con focas.

Estuvo observando a las focas durante unos cuantos minutos, las manos cerradas sobre la barandilla de hierro. La idea de que se hallaba a punto de renunciar a todo el asunto le preocupaba tremendamente.

Después de todo, había pensado en ese asunto y había llegado a una lógica conclusión. En otra ocasión se había atenido siempre a sus decisiones, e invariablemente eso le había dado buenos resultados.

Era la cuestión de Bárbara, se dijo. No habla nada malo en que estuviese enamorado de ella - había amplio espacio para lo ilógico en su lógica -, pero

eso estaba destinado a complicar su inmediato plan. Sin embargo, era evidente que no podía hacer otra cosa sino seguir adelante a despecho de todo. Bárbara, o una muchacha como Bárbara, aparecería más tarde, cuando su vida se hubiese asentado. Todo eso pertenecía a un diferente compartimiento de su mente, y no debía entrecruzarse con ese otro propósito.

Era la primera vez en su vida que se sentía incapaz de hacer lo que debía hacer, y eso le preocupaba profundamente. Le hacía sentirse colérico. Se apartó bruscamente de la piscina de las focas y ascendió por los escalones para dirigirse hacia la puerta que había al otro lado de las jaulas de los leones.

Al parecer, mientras había estado bebiendo la leche una muchacha había instalado una silla de campaña delante de las jaulas y estaba sentada en ella, dibujando. La observó con el rabillo del ojo, se acercó a ella, y, sin haberse molestado siquiera en mirarla de un modo particular, preguntó desafiantemente:

- ¿No la he visto en algún lugar antes?

La muchacha tenía más o menos su edad, y su pelo era de un rubio pálido, lo llevaba peinado liso y recogido en un moño en la nuca. Era de pómulos elevados, de nariz pequeña y de boca ancha y plena en la que no se aplicaba carmín en las comisuras, sus cejas eran muy espesas y negras, porque se las pintaba con un negro cosmético que parecía más maquillaje de teatro que lápiz para las cejas. Llevaba zapatillas de ballet, una blusa de estilo campesino. Sus ojos eran castaños y en ellos había sorpresa..

Lucas se dio cuenta que era casi imposible saber cómo era realmente y se dijo que con toda probabilidad era vulgar, y, además, que se hallaba lejos de ser la muchacha que a él podía llegar a gustarle. Vio que el dibujo que estaba haciendo carecía por completo de vida. Era sin duda alguna un león, pero era como la imagen de un león relleno y cuidadosamente arreglado para colocarlo en un escaparate.

Se sintió furioso con ella por su aspecto, por su carencia de talento, y por estar allí.

- No, supongo que no - dijo, y se volvió para irse.

- Puede que me haya visto - repuso la muchacha -. Mi nombre es Edith Chester. ¿Y el suyo? Se detuvo. Su voz era sorprendentemente suave, y el hecho de que hubiese reaccionado con tanta calma fue más que suficiente para hacerle sentirse como un idiota.

- Luke - contestó, y por alguna razón se encogió de hombros.

- ¿Pertenece usted a la Liga de los Estudiantes de Arte? - preguntó ella.

Sacudió la cabeza.

- No, no pertenezco. - Se detuvo, y después, justamente cuando se disponía a abrir la boca para decir algo, se ruborizó -. La verdad es que no la conozco en absoluto. Simplemente...

Se detuvo de nuevo, sintiéndose más estúpido que nunca, y otra vez se sintió furioso.

Sorprendentemente ahora, ella lanzó una risa nerviosa.

- Bien, supongo que eso no tiene importancia. No me va a arrancar de un mordisco la cabeza ¿verdad?

La asociación de ideas fue claramente evidente. Miró su dibujo y dijo:

- Eso no se parece mucho a un león.

También ella miró el dibujo, y contestó:

- Bien, no; supongo que no.

Había deseado provocar en ella una reacción de hostilidad, iniciar una discusión que le hubiese permitido irse. Pero ahora se hallaba más hundido que nunca, y no tenía idea alguna de lo que debía hacer.

- Escuche... voy a ir a al cine ¿Quiere venir conmigo?

- De acuerdo - respondió ella, y una vez más se sintió él cogido en una trampa.

- Mi intención es ver Reina de Egipto - declaró, escogiendo una película lo más lejos posible del gusto de cualquiera con pretensiones de inteligencia.

- Esa no la he visto - repuso ella -. No me importará. - Introdujo los lápices en su bolsa, se colocó debajo del brazo el dibujo y plegó la silla -. Podemos dejar todo esto en la Liga - indicó -. ¿Tienes inconveniente en llevarme la silla? Está sólo a un par de manzanas de aquí.

El la tomó sin pronunciar palabra, y ambos abandonaron juntos el parque. Cuando cruzaron plaza, en su marcha hacia la salida de la Quinta Avenida, miró hacia la terraza de la cafetería, pero la mujer vestida con prendas caras que había estado sentada en la mesa contigua a la suya se había ido.

Permanecía delante del edificio de la Liga, fumando, esperando a que saliera la muchacha. No sabía lo que hacer.

La idea de doblar, la esquina y tomar un autobús que le condujese al centro de la ciudad se le había ocurrido. En el interior del bolsillo, la mano había encontrado ya la moneda para el billete. Pero por entonces era evidente que había abordado a la muchacha en la que no muchos chicos podían estar interesados, que si él la dejaba ahora en la estacada, se sentiría muy herida. La situación no se había producido por culpa de ella - lamentaba que no fuese así - y lo único que podía hacer ahora era cumplir con su compromiso. De manera que permanecía esperándola, haciendo girar la moneda coléricamente en su bolsillo. Al final la muchacha apareció.

Pero entonces él empezaba a sentirse avergonzado de sí mismo. La muchacha salió de prisa y, cuando le vio, sonrió por vez primera desde que la había encontrado. Fue una sonrisa que transformó su cara por un momento antes de que recordase que no debía mostrar alivio por haber comprobado que se hallaba aún allí. Entonces bajó los ojos en un apresurado gesto de decoro.

- Estoy lista.

- Muy bien.

Ahora se sentía fastidiado de nuevo. La muchacha era tan fácil de comprender que consideraba con resentimiento su carencia de esfuerzo. Deseaba a una chica con profundidad, una chica a la que le costara un cierto período de tiempo conocer, una chica cuyo total ser se fuera desplegando gradualmente, pues de esa manera sería siempre interesante y él nunca acabaría de explorarla completamente. En lugar de ello, tenía a Edith Chester.

Y sin embargo, la culpa no era de ella. La culpa era suya, y debía pagar las consecuencias.

- Escuche - dijo -, usted no desea ver esa mala película con un Egipto falso. - Con la cabeza hizo un movimiento hacia el otro lado de la calle, donde en una de las salas caras y de calidad anunciaban una película europea -. ¿Qué le parece si, en lugar de ello, vamos a ver ésa?

- Si usted lo desea, a mí me agrada.

Estaba condenadamente dispuesta a seguir sus sugerencias. Casi experimentó la tentación de hacerla cambiar de idea otra vez, pero se limitó a decir:

- Vamos, pues.

Comenzó a cruzar la calle. Ella le siguió inmediatamente como si hubiese dado por supuesto que él no se iba a molestar en esperarla.

Aguardó ante las puertas del vestíbulo mientras él compraba las localidades, y permaneció tranquilamente sentada junto a él durante la proyección de toda la película. Él no hizo movimiento alguno para cogerle la mano o poner el brazo en el respaldo de su silla, y cuando la proyección de la

película se hallaba en su mitad, de repente se dio cuenta de que no sabía lo que haría con ella cuando salieran de allí. Sería demasiado temprano para conducirla a casa y darle las gracias por haberle hecho pasar tan buena velada, y sin embargo, sería demasiado tarde para dejarla abandonada, aun cuando pudiese pensar en algún modo gracioso de hacerlo. Experimentó la tentación de excusarse, levantarse y salir de la sala. En cierto modo, a pesar de toda su torpeza y crueldad, eso parecía ser lo mejor que podía hacer. Pero acarició la idea sólo durante unos cuantos segundos, antes de comprender que no podía hacerlo.

«¿Por qué no?», pensó. «¿Soy yo un individuo tan maravilloso que apagaría su vida para siempre?»

Pero no era eso. No era lo que él fuese, sino lo que ella era. El hubiera podido ser el jorobado de Notre Dame, y no obstante esa misma situación habría existido. Era él quien la había colocado en ella, y a él le correspondía mirar de que no se sintiera herida como resultado de algo que él había hecho.

¿Pero qué iba a hacer con ella? Estuvo fumando incesante y furiosamente durante todo el resto de la película, agitándose en su asiento.

La película alcanzó la escena que proyectaban en el momento en que ellos habían entrado, y ella se inclinó hacia él.

- ¿Quiere que nos vayamos ahora?

Después de noventa minutos de silencio, su voz le sobresaltó. Era tan suave como lo había sido la primera que le había hablado... antes de que la comprobación de lo que iba a suceder se hubiera hecho luz en ella. Ahora, supuso, había tenido tiempo para calmarse de nuevo.

- Desde luego.

Sentía una cierta reluctancia a irse. Una vez en la calle, vendría el embarazoso, el inevitable «¿Qué hacemos ahora?», y no tendría respuesta alguna. Pero se levantó y abandonaron la sala.

Cuando se encontraban dejado de la marquesina, ella dijo:

- Es una buena película, ¿verdad?

Se puso en la boca el cigarrillo, preocupado.

- ¿Tiene que ir a casa ahora o qué? - murmuró.

Ella sacudió la cabeza.

- No. Vivo sola. Pero probablemente usted tiene algo que hacer esta noche. Cogeré un autobús aquí. Gracias por haberme llevado al cine.

- No... no se vaya - se apresuró a decir él. Maldita sea había estado esperando que trataría de desembarazarse de ella -. No haga caso.

Ahora no tenía más remedio que proponer hacer algo.

- ¿Tiene hambre?

- Un poco.

- Muy bien, entonces busquemos un lugar donde podamos comer.

- Hay un buen restaurante al volver la esquina.

- Muy bien, vamos.

Por alguna razón, la cogió la mano. Era pequeña, pero no frágil. Ella no pareció ni sorprendida ni alarmada. Preguntándose qué diablos le habla obligado a hacer eso, se dirigió con ella al restaurante.

El local se hallaba casi vacío, y él la condujo a una mesa que había al fondo. Se sentaron el uno frente al otro, y un camarero vino a tomar su pedido. Cuando se fue, Lucas se dio cuenta de que debiera haber pensado en lo que sucedería al entrar allí con ella.

Estaban allí aislados. La alta madera chapeada que había detrás de él los separaba del resto de la sala. A un lado de ellos había una pared, y al otro, dejando apenas espacio para que la gente se deslizara del reservado, había un acondicionador de aire. Había permitido que él y la muchacha se encontraran en una situación en la que no podían hacer otra cosa sino permanecer sentados y mirarse el uno al otro mientras esperaban a que les fuese servido el alimento.

¿Qué podía él hacer o decir? Al mirar su peinado y el tono metálicamente rosado de la laca de sus unas, no le fue posible imaginar de qué podía agradecerle a ella hablar, si su conversación podía tener para él el más ligero interés.

- ¿Hace mucho tiempo que está en la ciudad? - preguntó.

Ella sacudió la cabeza.

- No, no mucho tiempo.

Eso era lo que sin duda explicaba todo.

Arrojó su cigarrillo, sin cuidarse del lugar en que había caído. Del paquete que llevaba en el bolsillo de la camisa sacó otro y lo encendió, ansiando que el camarero se diese prisa para que de esa manera pudieran al menos comer. Sólo eran las seis.

- ¿Quiere... quiere darme un cigarrillo, por favor? - preguntó ella, con voz y expresión inseguras.

El casi dio un salto.

- ¿El qué? - Sacó el paquete torpemente -. Oh, Dios, Edith ¡lo siento! Desde luego. Tenga. Yo no...

¿No el qué? Ni siquiera había tenido la cortesía de ofrecerle un cigarrillo. No se había detenido a preguntarse si fumaba o no. La había tratado como si fuese un perro mimado. Se sintió peculiarmente confuso.

Ella tomó el cigarrillo y él se apresuró a encendérselo.

La muchacha sonrió con cierto nerviosismo.

- Gracias. Procedo de Connecticut. ¿De dónde es usted, Luke?

«Debe saber cuáles son mis sentimientos hacia ella», estaba pensando él. «Es algo que se debe transparentar en toda mi persona. Pero se deja continuar porque... ¿Por qué? ¿Porque soy el hombre de sus sueños?»

- De New Jersey - contestó -. De una granja.

- Siempre he deseado poder vivir en una granja. ¿Trabaja aquí?

«Porque probablemente yo soy el primer tipo que ha hablado con ella desde que está aquí, por eso es. Tal vez no soy mucho, pero es todo cuanto tiene.»

- Vivo aquí eventualmente. Trabajo en una cafetería del Village.

Se dio cuenta de que había comenzado a decirle cosas que no tenía el propósito de decirle. Pero ahora tenía que hablar, y además, eso no era en absoluto lo que él había planeado.

- Sólo he ido allí una o dos veces - repuso ella -. Debe ser un lugar fascinante.

- Supongo que en cierto sentido lo es. De todas maneras, voy a comenzar a estudiar el año próximo, y no tendré muchas ocasiones de verlo.

- Oh, ¿qué va a estudiar, Luke?

Así, poco a poco, empezaron a mostrarse más locuaces. Hablaron mientras comían, y las palabras parecían brotar de él a trompicones. Le habló de la granja, del colegio superior y de la cafetería.

Acabaron de cenar y salieron a dar un paseo. Caminaron por Central Park South arriba y después torcieron hacia la parte alta de la ciudad. El continuaba

hablando. Ella caminaba junto a él, y sus zapatillas de ballet hacían suaves sonidos sobre el pavimento de asfalto.

Al cabo de un tiempo, llegó el momento de conducirla a su casa. Vivía en el West Side, cerca de la fábrica de gas del Sixties, en el tercer piso de una casa de vecindad. Subió, con ella por la escalera, se encontraron ante la puerta, y de repente se quedó sin palabras.

Se detuvo tan abruptamente como había comenzado, y se mantuvo allí mirándola, preguntándose qué diablos se había apoderado de él. Vio que las raíces de su cabello eran más oscuras.

- He estado aburriéndola - dijo, sintiéndose incómodo.

Ella sacudió la cabeza.

- No, no. Es usted una persona muy interesante. No me ha aburrido en absoluto.

Elevó la vista para mirarle, y renunció incluso al mínimo de disimulo que había conseguido sostener a través de la tarde y de la noche.

- Es muy agradable tener a alguien con quien hablar.

El no supo lo que decir a eso. Permanecieron delante de la puerta, y el silencio creció entre ellos.

- Lo he pensado muy bien - dijo al fin ella.

«No, no lo ha pensado bien», pensó él. «Lo ha pensado terriblemente mal. Lo peor que hubiera podido ocurrirle hoy le ha ocurrido cuando yo le he hablado delante de las jaulas de los leones. Y ahora voy a bajar por esta escalera y jamás la llamaré ni la visitaré de nuevo, y supongo que eso aún será peor. Realmente lo he enredado todo.»

- Escuche... ¿tiene teléfono? - preguntó casi sin darse cuenta.

La muchacha se apresuró a asentir con la cabeza.

- Sí, tengo. ¿Quiere que le dé el número?

- Lo escribiré.

Encontró un papel en su cartera y un lápiz en el bolsillo de su camisa. Escribió el número, se lo guardó la cartera y el lápiz, y de nuevo volvieron a quedar allí sin saber lo que hacer.

- El lunes es mi día de fiesta - dijo él -. La llamaré.

- De acuerdo, Luke.

El la miró, pensando: «No, no, maldita sea, no voy a intentar besarla para desearle las buenas noches. La situación no se presta a eso. Es una cosa extravagante. Ella no es así».

- Buenas noches, Edith.

- Buenas noches, Luke.

Extendió la mano y le tocó el hombro, sintiendo que tenía una estúpida expresión en la cara. Ella levantó la mano y cubrió la suya. Entonces él se apartó y comenzó a bajar apresuradamente la escalera, sintiéndose un estúpido, y un salvaje, y un idiota. Se sentía cualquier cosa menos un muchacho de dieciocho años.

Cuando fue a trabajar al día siguiente, todo se hallaba revuelto en su mente. Por mucho que pensase en ello, no le era posible comprender lo que le había sucedido el día anterior. Realizó sus tareas como sumido en una niebla mental. Tenía tan revuelta la mente que su cara se mostraba completamente inexpresivo. Rehuyó los ojos de Bárbara, y trató de evitar hablar con ella.

Finalmente, a la mitad de la tarde, ella le acorraló detrás del mostrador. El permaneció allí desesperadamente, cogido entre la máquina exprés y la caja registradora, con una taza vacía colgando de su mano.

Bárbara le sonrió con agrado.

- Eh, Tedesco, ¿estás pensando en tu dinero?

Había una ansiosa tirantez en la piel de los ángulos de sus ojos.

- ¿Mi dinero?

- Bien... verás. Cuando alguien está tan abstraído como tú, generalmente la gente le pregunta si está pensando en su dinero.

- Oh. No... no se trata de nada de eso.

- ¿Qué hiciste ayer? ¿Enamorarte?

La cara se le puso encendida como la grana. La taza casi se le cayó de la mano, como si él hubiese sido una máquina automática y Bárbara hubiera pulsado un botón. Y después se quedó asombrado ante su reacción. Permaneció con la boca abierta, completamente atónito.

- Bien, bien - dijo Bárbara -. He acertado.

Lucas no tenía ni la menor idea de lo que debía decir. ¿Enamorado? ¡No!

- Escucha... Bárbara... no es de esa manera...

- ¿De qué manera? - preguntó ella, y los pómulos se le tiñeron de rojo.

- No lo sé. Simplemente estoy tratando de explicar...

- Escucha. No me importa de qué forma es. Si te produce complicaciones, espero que consigas hallarle una solución. Pero yo tengo a un tipo que de vez en cuando me produce complicaciones a mí.

Al pensar en ello, se dio cuenta de que estaba siendo completamente honesta. Recordó que Tomy era un tipo muy amable, e interesante también. Era una lástima en lo que se refería a Lucas, porque siempre había creído que sería agradable salir con él, pero así era como se desarrollaban las cosas en la vida: lo pasaba bien de vez en cuando, y no tenías derecho a esperar que todo te saliera bien cada vez.

Estaba cerrando ya su mente a cualquier posibilidad de salir juntos en unas cuantas ocasiones y permitir que esas citas se convirtieran en algo más profundo. Era una muchacha con mucho sentido común, y había aprendido que en la vida no se ganaba nada con entregarse a vanas esperanzas.

- Bien, la hora de la aglomeración se acerca a pasos agigantados - dijo agudamente.

Sacó el azúcar de debajo del mostrador y comenzó a rellenar los azucareros que había sobre las mesas. Sus tacones repiqueteaban rápidamente sobre el suelo de madera.

El miró hacia el lugar donde Bárbara se afanaba disponiendo las mesas, y le pareció evidente que, en lo que a ella concernía, todo el episodio había concluido.

No en lo que a él se refería. Apenas si había comenzado. Ahora tenía que ser diseccionado, examinado profundamente para tratar de comprender cada una de las posibles razones de que las cosas se hubiesen desarrollado de aquella manera. Tan sólo el día anterior por la mañana había sido un hombre con un definido curso de acción en la mente, basado en una situación concreta y evidente.

Ahora todo había cambiado, y había cambiado en tan breve espacio de tiempo que era inconcebible que nadie le hubiese dejado simplemente en eso, sin preguntar cómo y por qué.

Y sin embargo, Bárbara estaba haciendo justamente eso: aceptar un nuevo estado de asuntos sin inquirir ni investigar.

Lucas frunció el ceño ante el problema. Era una cosa interesante en la que merecía la pena pensar.

Era incluso algo más que eso, y él era parcialmente consciente de ello. Era un perfecto problema que debía considerar si no deseaba pensar en sus sentimientos hacia Edith.

Permaneció detrás del mostrador, pensaba que todas las personas que siempre había conocido, incluso personas de mente rápida como Bárbara, aceptaban consistentemente las cosas tal como se presentaban. Y no dejó de sorprender el hecho de que, si tantas personas eran de esa manera, entonces debía haber un cierto valor en ello. Realmente era una manera mucho más simple de vivir, puesto que así se malgastaba menos tiempo y se hacía un más eficaz y directo uso de la energía emocional.

Así pues, de eso se infería que había algo ineficaz básicamente equivocado en su forma de entender sus relaciones con las demás personas. No era ninguna maravilla que se hubiese perdido en ese emocional laberinto con Bárbara y Edith.

Su mente acababa de hacerle afrontar de nuevo ese problema. ¿Cuáles eran sus sentimientos hacia Edith? No podía olvidarlo. Le habría pedido el número de su teléfono. Ella esperaría que la llamara. Con entera claridad podía verla aguardando por la noche a que el teléfono sonase. El había contraído una responsabilidad con respecto a ella.

¿Y Bárbara? Bien... Bárbara estaba hecha de dura fibra. Pero a pesar de todo había debido herirla por lo menos un poco.

¿Pero cómo se había creado toda aquella situación? En el simple plazo de un día lo había complicado todo. Tal vez era fácil olvidarlo todo y empezar de nuevo, ¿pero cómo podía hacer eso? ¿Podía él dejar que algo como eso se mantuviera en el fondo de su mente para siempre, sin resolver? «Estoy completamente desconcertado», pensó.

Había creído que se comprendía y que se había formado a sí mismo para vivir de la manera más eficaz en este mundo. Había hecho planes sobre esta base, y en ellos no había visto tacha alguna. Pero ahora tenía que volver a aprender casi todo antes de que un nuevo y mejor Lucas Martino pudiera emerger.

Durante un momento más antes de ponerse a trabajar, trató de decidir cómo podía llegar a comprenderlo todo y sin esfuerzo aprender a no malgastar su tiempo analizando cosas que no podían ser cambiadas. Pero la hora de la aglomeración se acercaba. La gente estaba empezando a penetrar ya en la cafetería, y las mesas no se hallaban dispuestas aún.

Tenía que dejarlo en eso, pero no permanentemente. Lo rechazó hacia el fondo de su mente, de donde lo extraería cuando tuviese tiempo... donde podría permanecer siempre, sin variar y esperando a ser resuelto.

Las circunstancias lo tenían cogido en una trampa. Pronto tendría que acudir a un instituto.

Allí tendría que aprender a dar precisamente las respuestas que se esperaban de él, y no otras. Sus estudios se desarrollaban bien, y no había dificultades en cuanto a la beca del Tecnológico de Massachussets. Pero eso exigía mucho de su atención.

Veía a Edith con mucha frecuencia. Cada vez que la llamaba, era siempre con la esperanza de que esa vez sucedería algo; se pelearían, se fugarían, o harían algo lo bastante dramático para resolver de un golpe las cosas. Sus citas eran siempre torturadoras por esa razón, y nunca se mostraban casuales el uno con el otro. El se había dado cuenta de que gradualmente había dejado que su cabello creciese castaño oscuro, y que había cesado de vivir por medio de los cheques que le mandaban sus padres. Pero no tenía idea alguna de lo que podía significar eso. Había encontrado trabajo en un almacén de la calle Catorce, y se había trasladado a un piso vecino, donde algunas veces se visitaban. Pero él no había conseguido otra cosa sino colocarse en una posición en la que, con cada paso que daba para resolver un problema, no conseguía sino hacer peor el otro. De manera que fluctuaba entre ellos. El y Edith raramente se besaban. Jamás se habían entregado al amor carnal.

El siguió trabajando en Espresso Maggiore hasta que los estudios comenzaron a arrebatarle demasiada parte de su tiempo. A menudo hablaba con Bárbara en los escasos momentos de ocio de la jornada. Pero ahora eran simplemente dos personas que trabajaban en el mismo lugar y que se ayudaban la una a la otra a luchar contra el aburrimiento. De las únicas cosas que podían hablar era del trabajo, sus estudios o lo que sucedería a su novio ahora que había sido formado el Gobierno de las Naciones Aliadas y los hombres americanos podían llegar a ser trasladados a las instalaciones técnicas australianas. No había nadie con quien pudiera hablar de cosas importantes.

El otoño de 1968 abandonó Nueva York para dirigirse a Boston. No trabajaba desde enero, había dejado de estar en contacto con su tío y Bárbara. Sus relaciones con Edith eran de tal índole que en ellas no había nada sobre la que pudiera escribir en sus cartas. Intercambiaban tarjetas postales en Navidad de cada año.

El trabajo en el Tecnológico era extenuante. Se daba por supuesto que el cincuenta por ciento de los estudiantes que asistían a las clases no se graduarían, y los que tenían el firme propósito de continuar sus estudios apenas disponían del tiempo necesario para dormir. Lucas raramente dejaba el claustro. Durante tres años hizo un trabajo de estudiante de carrera, y después continuó estudiando hasta conseguir su doctorado. Durante siete años vivió estrictamente en el mismo universo de bolsillo.

Antes incluso de haber alcanzado su grado de vio el comienzo de la cadena lógica que iba a acabar en el K-Ochenta y ocho. Cuando recibió su

doctorado, fue destinado inmediatamente a un proyecto de investigación para el gobierno americano y durante años vivió entregado a una investigación tras otra, ninguna de ellas substancialmente diferente de cualquier curso académico. No se le obligó a cumplir el servicio militar. Cuando entregó sus primeros estudios sobre el proyecto K-Ochenta y ocho fue trasladado a una instalación del G.N.A. Cuando los resultados experimentales demostraron que el proyecto era digno de ser desarrollado fueron puestos a su disposición un equipo y un laboratorio, y, una vez más, se convirtió en esclavo de los planes, de las rutinas, de las áreas restringidas. Aunque era libre de pensar, sólo tenía un mundo en el que desenvolverse.

Mientras era aún miembro del Instituto Tecnológico, le había enviado Edith el anuncio de su compromiso matrimonial. Añadió el hecho al problema enterrado, y permaneció cuidadosamente salvaguardado por su perfecta memoria, esperando, a través de veinte años, a que tuviese tiempo libre para pensar.

CAPITULO IX

Eran casi las ocho de la noche. Rogers colgó el teléfono de su oficina y miró hacia Finchley.

- Se ha detenido a tomar un bocadillo y café en un ambigú de la esquina de la calle Ocho y la Sexta Avenida. Pero todavía no ha hablado con nadie, no parece dirigirse a algún lugar en particular y no se ha molestado en buscar alojamiento. Continúa caminando. Sigue vagabundeando.

Rogers pensó que al menos el hombre había pensado en comer. Rogers y Finchley no habían tomado bocado aún. Por otra parte, ellos dos estaban sentados, en tanto que, con cada paso que el hombre daba por las aceras de cemento, doscientas sesenta y ocho libras caían sobre sus ya arruinados pies. Pero, ¿por qué caminaba? ¿Por qué no se detenía? Estaba levantado desde antes de haber amanecido en Europa, y sin embargo, no se daba reposo.

Finchley sacudió la cabeza.

- Me preguntó por qué hace eso. ¿En pos de qué puede ir? ¿Estará buscando a alguien... intentando encontrarse con alguien?

Rogers suspiró.

- Quizá está intentando extenuarnos.

Abrió delante de sí el dossier de Martino, buscó la página conveniente y deslizó el dedo por la escasa lista de nombres. Martino tenía exactamente un pariente en Nueva York, y ningún amigo íntimo. Hay una mujer de la que recibió el anuncio de su compromiso matrimonial. Parece ser que sostuvo con ella relaciones mientras asistía a las clases del colegio de Nueva York. Quizá ésta es una posibilidad.

- Está usted diciendo que ese hombre es Martino.

- No estoy diciendo semejante cosa. No ha hecho movimiento alguno hacia su casa, y no se halla sino a cinco manzanas de la zona por la que él no cesa de moverse. Si algo digo, es que no es Martino.

- ¿Desearía usted visitar a una antigua novia que lleva casada quince años?

- Quizá.

- Eso no prueba nada en ningún sentido.

- Creo que eso es lo que no hemos cesado de decir ni un momento.

La boca de Finchley se crispó. Sus ojos estaban completamente inexpresivos.

- ¿Qué me dice de ese pariente?

- ¿Su tío? Martino trabajó en su cafetería, que está situada en esa misma zona. La cafetería es ahora una barbería. El tío se casó con una viuda cuando tenía sesenta y tres años, se trasladó con ella a California y murió hace diez años. De manera que eso ha quedado resuelto. Martino no se hizo amigos, y no tenía otros parientes. No perteneció a ningún club, y no tenía por costumbre llevar un diario. Si alguna vez ha habido una persona para crear esta clase de situación, ése es Martino - dijo Rogers, rascándose la cabeza. - Y sin embargo - repuso Finchley -, ha venido directamente a Nueva York y ha ido directamente al Village. Ha debido tener alguna razón. Pero, cualesquiera que sea, todo cuanto hace es caminar. En círculos. Eso no tiene sentido... tratándose de un hombre de su calibre.

En la voz de Finchley había una nota de preocupación, y Rogers, al recordar el episodio que había tenido lugar entre ellos a primeras horas de la tarde, lo envolvió en una aguda mirada. Rogers sentía aún un poco avergonzado por el papel que había desempeñado en él, y no deseaba revivirlo.

Tomó el aparato.

- Ordenaré que nos suban comida.

La droguería de la esquina de la Sexta Avenida y la calle Siete de West era pequeña, y no había sino un reducido espacio de suelo libre entre los atestados mostradores. Como todos los pequeños drogueros, el propietario se había visto obligado a colocar puntales detrás de los mostradores para instalar estantes entre ellos. Incluso así, apenas había espacio para desplegar todo lo que tenía para competir con el almacén que había un poco más arriba de la calle.

Los vendedores habían amontonado los artículos en cada pulgada de la superficie situada al nivel de los ojos, y los carteles de anuncio los habían puesto en todos aquellos lugares que humanamente les había sido posible. En el techo no había sino un grupo de lámparas fluorescentes, y el escaso espacio que había detrás de los mostradores estaba siempre oscuro. Había una apertura en la pared de mercancías. Allí, detrás de dos pilas de estuches de cosméticos, el droguero permanecía sentado ante su caja registradora, leyendo un periódico.

Alzó la vista cuando oyó abrir y cerrar la puerta. Sus ojos se dirigieron automáticamente al costado de metal de la vitrina que había enfrente de él y que solía usar como espejo. La vitrina estaba atestada y un poco sucia. El droguero vio los vagos contornos de la gran silueta de un hombre, pero el crujido de las tablas del suelo le había dicho ya mucho. Estiró el cuello para atisbar la cara, y bruscamente levantó la mano para sujetarse los lentes. Se levantó de la silla, sosteniendo aún en la mano el papel, e inclinó la cabeza y los hombros sobre el mostrador.

- ¿En qué puedo...?

El hombre que acababa de entrar volvió hacia él su refulgente cara.

- ¿Dónde están sus guías telefónicas, por favor? - preguntó tranquilamente.

El droguero no tenía idea alguna de lo que podía llegar a hacer en el próximo minuto. Pero las serenas palabras le permitieron dar una fácil respuesta.

- Ahí detrás - dijo, indicando una estrecha apertura entre dos mostradores.

- Gracias.

El hombre pasó dificultosamente a través de apertura, y el droguero le oyó pasar hojas. Se movió un breve chasquido cuando arrancó una del cuaderno proporcionado por la Compañía telefónica. El droguero le oyó entonces sacar un lápiz con su mano metálica. Después la guía produjo un sonido sordo al ser dejada y el hombre salió, doblando la nota y guardándosela en el bolsillo superior.

- Muchísimas gracias - dijo -. Buenas noches.

- Buenas noches - contestó el droguero.

El hombre abandonó la tienda. El droguero volvió a sentarse en la silla, y dobló sobre sus rodillas el periódico.

Era una cosa peculiar, pensó el droguero, mirando inexpresivamente su periódico. Pero el hombre no parecía haber sido consciente de que había en él algo peculiar. No había ofrecido explicación de ninguna especie; no había hecho nada sino formular una perfectamente razonable pregunta, la gente penetraba allí veinte veces al día y preguntaba la misma cosa.

De manera que en realidad no se trataba de nada por lo cual debiera sentirse excitado. Bien... por supuesto que era como para excitarse, pero el hombre de la cabeza de metal no había parecido creerlo así. Y eso debía ser asunto suyo, ¿no?

El droguero decidió que era algo para pensar en ello, y para mencionárselo a su esposa cuando llegara a su casa. Pero no era nada como para sentir pánico.

Al cabo de un breve espacio de tiempo, sus ojos seguían automáticamente las letras del periódico. Pronto comenzó a leer de nuevo. Cuando el hombre de Rogers entró un minuto después, así fue como lo encontró.

Miró en torno suyo.

- ¿Hay alguien aquí?

La cabeza y los hombros del droguero aparecieron desde detrás del mostrador.

- ¿Sí, amigo?

El miembro del Departamento de Seguridad hurgó en uno de sus bolsillos.

- ¿Tiene un paquete de Chestfield?

El droguero asintió con la cabeza y tomó un paquete de cigarrillos del estante que había detrás del mostrador. Recogió el medio dólar que el miembro del departamento de Seguridad había depositado sobre el mostrador.

- Diga - repuso el miembro del departamento de Seguridad, con un trance de perplejidad -, ¿no he visto salir de aquí a un tipo que llevaba una máscara de metal?

El droguero asintió con la cabeza.

- En efecto. Sin embargo, no parecía ser una máscara.

- Que me aspen. Me ha parecido ver a ese individuo, pero era una cosa difícil de creer.

- Eso es lo que ha sucedido.

El miembro del departamento de Seguridad sacudió la cabeza.

- Bien, supongo que uno ve toda clase de personas en esta parte de la ciudad. ¿Iba tal vez vestido para anunciar una representación teatral o algo?

- No sé nada. Me he fijado en que no llevaba ningún cartel.

- ¿Para qué ha entrado? ¿Para comprar un bote de pulimento de metales?
- inquirió el miembro del departamento de Seguridad, sonriendo.

- Simplemente ha mirado una guía telefónica, eso es todo. Ni siquiera ha hecho una llamada. - El droguero se rascó la cabeza -. Supongo que lo único que deseaba era buscar una dirección.

- Muchacho, me pregunto a quién va a visitar. Bien - se encogió de hombros - no hay duda de que uno encuentra por aquí a personas muy raras

- Oh, no sé - replicó un poco impertinentemente el droguero -, yo he visto a tipos bastantes raros en otras partes de la ciudad.

- Sí, desde luego. Supongo que sí. Oiga... hablando de teléfonos, creo que puedo aprovechar la oportunidad para llamar a esa muchacha. ¿Dónde está?

- Ahí detrás - contestó el droguero, señalando.

- Muy bien, gracias.

El miembro del departamento de Seguridad pasó a través del espacio entre los dos mostradores. Permaneció mirando agriamente las guías telefónicas. Retiró la cubierta del cuaderno de notas, lo revisó en busca de huellas y no vio ninguna que tuviera sentido alguno. Se guardó el papel en el bolsillo, miró otra vez las guías, seis, contando el Manhattan Classified, y sacudió la cabeza. Después penetró en la cabina, echó unas monedas en la ranura y marcó el número de la oficina de Rogers.

El reloj que había en la oficina de Rogers marcaba unos pocos minutos más de las nueve. Rogers seguía aún sentado detrás de la mesa, y Finchley esperaba instalado en una de las sillas.

Rogers se sentía cansado. Llevaba de pie unas veintidós horas y el hecho de que Finchley y el hombre se hallaran en la misma situación no le ayudaba en nada.

«Está empezando a ejercer sus efectos sobre mí», pensó. «Día tras día sin dormir lo suficiente, y tensión todo el tiempo. Hace horas que debiera estar en la cama.»

Pero Finchley lo había resistido todo junto con él. Y su hombre debía sentirse infinitamente peor. ¿Qué era una poca carencia de sueño como el que el hombre había perdido? Sin embargo, Rogers se sentía enfermo en el estómago. Los ojos le ardían. El cuero cabelludo lo tenía entumecido a causa de la extenuación y en la boca notaba un mal sabor. Se preguntó si Finchley acusaba menos los efectos porque era más joven y podía resistirlo, o si era porque el hombre con la cara de metal continuaba aún siguiendo a su fantasma por las calles de la ciudad. Decidió que se trataba de esto último.

- Lamento mucho haber tenido que pedirle que se mantenga aquí hasta tan tarde, Finchley - dijo.

Finchley se encogió de hombros.

- Es el oficio, ¿no?

Recogió el trozo de pastel danés que había quedado de la cena, revolvió el azúcar en el café enfriado y tomó un sorbo.

- Tengo que admitir que espero que esto no suceda cada noche. Pero no puedo comprender qué es lo que está haciendo.

Rogers jugueteó con el secante que había sobre la mesa, empujándolo hacia atrás y hacia adelante con las puntas de los dedos.

- Supongo que muy pronto recibiremos otro informe. Quizá ha hecho ya algo.

- Tal vez piense dormir en el parque..

- La policía de la ciudad lo recogerá si intenta hacerlo.

- ¿Qué me dice de eso? ¿Cuál será el procedimiento si es arrestado por un delito civil?

- Una complicación más. - Rogers sacudió la cabeza desesperadamente, drogado por la fatiga -. Daré instrucciones a la oficina del comisario y obtendremos cooperación en el nivel administrativo. Sería un pobre movimiento cursar una orden general a todos los patrulleros para que lo dejen en paz. Alguien cometería una indiscreción. La teoría es que los patrulleros llamarán a sus comisarías si ven a un hombre con la cabeza de metal, los capitanes de las comisarías tienen orden de dejarle en paz. Pero si un patrullero le arresta por vago antes de llamar, entonces una serie de cosas pueden llegar a desarrollarse mal. La situación será resuelta a toda prisa, pero en alguna parte quedará un informe. Entonces, dentro de unos cuantos años, alguien que está haciendo un libro o algo así puede encontrar el informe, y entonces se

producirá el lío. No podremos mantener a los periodistas con la boca tapada siempre. - Rogers suspiró -. Mi única esperanza es que eso ocurra dentro de unos cuantos años. - Miró la superficie de su mesa -. Es un verdadero lío. Este mundo no ha sido organizado nunca para que incluya a un hombre sin cara.

«Es cierto», pensó. «Por el mero hecho de estar vivo, me está complicando la existencia desde el mismo principio. Todos los del departamento de Seguridad, todos los del G.N.A. nos encontramos con las manos espesadas simplemente porque no podemos fusilarlo y quitárnoslo de encima. Nos movemos en círculo, tratando de dar con una respuesta. Y él no ha hecho aún nada.»

Por alguna razón, Rogers se halló pensando: «Comete un crimen y el mundo está hecho de cristal.» Emerson. Gruñó.

El teléfono sonó.

Tomó el aparato y escuchó.

- Muy bien - dijo al fin -, reúname con su compañero. Haré que alguien se encargue de recoger ese papel que usted tiene. Llame cuando el hombre haya llegado a cualquiera sea el lugar a donde se dirige. - Colgó -. Ha hecho un movimiento - le dijo a Finchley -. Ha tomado una dirección de una guía telefónica.

- ¿Tiene idea de quién?

- No estoy seguro...

Rogers abrió el dossier de Martino.

- La muchacha - dijo Finchley -. La muchacha a la que conoció aquí.

- Es posible. Si cree que se hallan aún lo bastante allegados para que ella pueda hacerle algún bien. ¿Por qué ha buscado la dirección? Es la misma que tenía cuando le envió el anuncio del compromiso matrimonial.

- Han pasado quince años, Shawn. Tal vez la había olvidado.

- O quizá no la ha conocido nunca.

Y no había garantía alguna de que el hombre fuera a trasladarse a la dirección que había copiado. Quizá la había tomado para algún futuro propósito. No podían correr riesgos. Tenían que estar previstas todas las posibles contingencias. Las guías telefónicas tenían que ser examinadas. Quizá había en ellas alguna huella: huellas dactilares aceitosas, humedecidas por el sudor, o marcas de lápiz, algún indicio...

Seis guías telefónicas de la ciudad de Nueva York. Dios sabía cuántas páginas representaban, y tenían que ser comprobadas cada una de ellas.

- Finch, sus hombres tendrán que hacerse con una serie de guías telefónicas de Nueva York. Usadas. Las vamos a necesitar para someterlas a un análisis en el laboratorio. Tienen que hacerse con ellas inmediatamente.

Finchley asintió con la cabeza y tomó el aparato telefónico.

Un joven que parecía haber llegado de viaje y portaba una baqueteadada maleta de cartón, penetró en la droguería de la esquina de la Sexta Avenida y de la calle Siete del West.

- Deseo hacer una llamada telefónica - le dijo al droguero -. ¿Dónde está el teléfono?

El droguero se lo dijo, y el joven consiguió a duras penas pasar la maleta a través del reducido espacio entre los mostradores. La manejó torpemente durante unos cuantos momentos, y fastidió al droguero mientras hacía la llamada.

Cuando el joven se fue, las guías telefónicas del droguero fueron a parar al laboratorio del F.B.I. donde la hoja de papel del cuaderno había sido examinada ya, sin que arrojara resultado alguno.

La primera en ser examinada fue la guía de Manhattan, puesto que se partió de la base de que era la más probable. Los técnicos no trabajaron pasando hoja por hoja. Tenían una guía con la dirección de todos los abonados telefónicos de Manhattan, e iniciaron una investigación que tenía como punto de partida la droguería. Una máquina especial colocó en orden alfabético la dirección de los abonados más próximos, y después los técnicos comenzaron a trabajar sobre la guía recogida en la droguería, empleando su nueva lista para descartar enteras columnas de números que tenían escasas probabilidades bajo ese sistema.

Rogers no había proporcionado a los técnicos el nombre de Edith Chester. Eso hubiese sido más perjudicial. Para cuando le entregasen los resultados, el hombre estaría ya allí. Si es que era allí a donde se había dirigido. Además, no había prueba alguna de que sólo hubiese buscado una dirección. Al final, las seis guías tendrían que ser revisadas y probablemente el examen no demostraría nada. Pero la revisión tenía que ser hecha, y nadie sabía cuántas más habría que realizar después.

Comete un crimen y el mundo está hecho de cristal.

Edith Chester Hayes vivía en el apartamento trasero del segundo piso de una casa de Sullivan Street. El hollín de ochenta años se había asentado en cada uno de los ladrillos, y los humos industriales habían roído la pintura hasta

convertirla en escamas. Una estrecha puerta se abría a la calle, y una tenue lámpara amarilla lucía en el portal. Abollados cubos de basura se alineaban delante de las ventanas de los pisos bajos.

Rogers alzó la vista desde el asiento de un coche especial del F.B.I.

- Uno siempre está esperando que derriben estas casas - dijo.

- Y las derriban - repuso Finchley. Pero otras casas se hacen viejas más de prisa de lo que los servicios responsables se deciden a condenarlas.

Su voz era distraída, como si estuviera pensando en una cosa distinta, y estuviese pensando en ello tan atentamente que apenas oía lo que decía.

Estaba arrellanado en su rincón del asiento trasero, frotándose lentamente con la mano el costado de la cara. No prestó atención alguna cuando uno de los agentes del G.N.A. que había seguido al hombre hasta allí se acercó al coche y se reclinó en la ventanilla del lado de Rogers.

- Está arriba, en el rellano del segundo piso, mister Rogers - dijo -. Lleva arriba unos quince minutos, desde que ha llegado aquí, no ha llamado a ninguna puerta. Simplemente está arriba, recostado contra una pared.

- ¿Ni siquiera ha pulsado un timbre? - Preguntó Rogers -. ¿Cómo ha entrado en el edificio?

- En estos lugares no cierran nunca con llave las puertas de la calle, mister Rogers. Todo el mundo puede penetrar en los portales cada vez que lo desea.

- Bien, ¿cuánto tiempo puede llegar a estar aquí arriba? Es probable que baje algún inquilino y lo vea. En ese caso, se producirá un alboroto ¿Y qué es lo que se propone permaneciendo en el pasillo?

- No puedo decírselo, mister Rogers. Nada de cuanto ha hecho en todo el día tiene sentido. Pero tendrá que hacer un movimiento muy pronto, aun cuando no sea sino bajar y comenzar a pasear otra vez. Rogers se inclinó hacia el asiento delantero y le dio unos golpecitos en el hombro al técnico del F.B.I., quien tenía puestos unos auriculares y estaba inclinado sobre un pequeño aparato receptor.

- ¿Cómo va eso?

El técnico se ajustó más los auriculares.

- Todo cuanto capto es su respiración. De vez en cuando frota los pies contra el suelo.

- ¿Le será posible seguirle si se mueve?

- Si permanece en un pasillo estrecho, o se mantiene cerca de la pared de una habitación, sí, señor. Estos micrófonos de inducción son muy sensibles, y lo he colocado de plano contra un tabique de uno de los escalones del primer piso. Puedo situarlo detrás de él, si penetra en un apartamento.

- ¿No lo verá?

- Probablemente no, a menos que esté en movimiento cuando mire. Y podemos saber si alguien está de cara a él por, el volumen de los ruidos que hace. Su aspecto es exactamente como el de un estuche de fósforos, y tiene pequeñas hebras de plástico pegajoso sobre las que se arrastra. No hace ningún ruido, y los hilos que arrastra tienen el espesor del cabello. Jamás he tenido complicación alguna con uno de estos aparatos.

- Ya. Hágame saber si hace algún...

- Se mueve.

El técnico accionó una clavija, y Rogers oyó el ruido de pesados pasos sobre las maderas del suelo del pasillo. Después el hombre llamó suavemente a una puerta, y sus nudillos apenas rozaron la madera antes de detenerse.

- Voy a colocarlo un poco más próximo.

Oyeron al micrófono deslizarse en silencio escaleras arriba. Después el altavoz comenzó a emitir sonoramente la pesada respiración del hombre.

- ¿Qué es lo que le excita tanto? - se preguntó Rogers.

Oyeron al hombre llamar vacilantemente. Sus pies se movieron nerviosamente.

Alguien avanzaba hacia la puerta. La oyeron abrirse, y después escucharon el espasmódico ruido que hizo una respiración contenida. No supieron si había sido el hombre o no quien había hecho el ruido.

- ¿Sí?

Fue una mujer cogida por sorpresa.

- ¿Edith?

La voz del hombre fue baja y afligida.

Finchley se enderezó en su asiento.

- De esto se trataba... esto lo explica. Ha estado todo el día intentando hacer acopio de valor.

- ¿Valor para qué? Eso no demuestra nada - gruñó Rogers.

- Soy Edith Hayes - dijo cautelosamente la mujer.

- Edith... soy Luke. Lucas Martino.

- Luke.

- Fue en un accidente, Edith. Abandoné el hospital hace unas cuantas semanas. Me han retirado.

Rogers gruñó:

- Está explicando bien su historia, ¿no?

- Ha tenido todo el día para pensar cómo debía hacerlo - replicó Finchley.

- ¿Qué esperaba usted que hiciese? ¿Contarle la historia de veinte años mientras permanece en el umbral de su puerta?

- Tal vez.

- Por amor de Dios, Shawn, si éste no es Martino, ¿Cómo conoce la existencia de ella?

- Puedo pensar en montones de medios por los cuales Azarín podría arrancarle a un hombre esta clase de detalles.

- Eso no es probable,

- Nada es probable. No es probable que cualquier particular célula seminal se desarrollara para convertirse en Lucas Martino. No puedo dejar de recordar que Azarín es hombre que piensa en todo concienzudamente.

- Edith... - dijo la voz del hombre -, ¿puedo... puedo entrar por un momento?

La mujer vaciló durante un segundo. Después contestó:

- Sí, por supuesto.

E hombre suspiró.

- Gracias.

Penetró en el apartamento y la puerta se cerró. El técnico del F.B.I. hizo que el micrófono se moviera hacia adelante y se aplanara contra los paneles.

- Siéntate, Luke.

- Gracias.

Durante unos cuantos momentos permanecieron sentados en silencio.

- Tienes un apartamento muy bonito, Edith. Ha sido instalado muy confortablemente.

- A Sam, mi esposo, le gustaba hacer trabajos manuales - dijo torpemente la mujer -. Lo instaló él. Consumió en ello mucho tiempo. Ahora está muerto. Se cayó de un edificio en el que trabajaba.

Se produjo otra pausa. Después el hombre dijo:

- Lamento que jamás me fuese posible venir a verte después de haber abandonado el colegio.

- Creo que tú y Sam habríais llegado a entenderos muy bien. Era en gran parte como tú eras en otros tiempos.

- No creo que jamás me comportara así contigo.

- Te comprendo.

El hombre se aclaró la garganta nerviosamente.

- Ofreces muy buen aspecto, Edith. ¿Te van perfectamente bien las cosas?

- No puedo quejarme, trabajo. Susan permanece en casa de una amiga desde que sale de la escuela hasta que yo la recojo cuando regreso a casa por la noche.

- No sabía que tuvieses una hija.

- Susan tiene once años. Es una niña muy inteligente. Me siento completamente orgullosa de ella.

- ¿Duerme ahora?

- Oh, sí... hace bastante rato que se ha acostado.

- Lamento haber venido tan tarde. Mantendré baja la voz.

- Esa observación no ha sido una indirecta, Luke.

- Lo... lo sé. Pero es tarde. Me iré dentro de un minuto.

- No es necesario que te des prisa. No me voy jamás a la cama antes de medianoche.

- Pero estoy seguro de que tienes cosas que hacer... ropas que planchar, empaquetar la de Susan.

- Eso no me lleva sino unos cuantos minutos, Luke. - Ahora la voz de la mujer parecía un poco más firme -. Siempre nos sentíamos incómodos cuando estábamos juntos. No recaigamos en ese viejo hábito.

- Lo siento, Edith. Llevas razón. Pero, ¿sabes?, no me he sentido ni siquiera capaz de llamarte para preguntarte si podía venir a verte. Lo he intentado, Y me he sorprendido imaginándome que rehusarías verme. He pasado todo el día haciendo acopio de valor para hacer esto.

El hombre se sentía aún incómodo. Por lo que podían juzgar los que escuchaban, no se había quitado aún el abrigo.

- ¿Qué es lo que te ocurre, Luke?

- Es complicado. Cuando estaba en su... en el... hospital, me pasaba mucho tiempo pensando en nosotros. No como amantes, ¿comprendes?, sino como personas... como amigos. Nunca llegamos a conocernos el uno al otro, ¿verdad? Al menos, no llegué a conocerte jamás. Me hallaba demasiado abstraído en lo que estaba haciendo y en lo que deseaba hacer. Nunca te presté una verdadera atención. Pensaba en ti como en un problema, no como en una persona. Y creo que esta noche he venido aquí para presentarte mis excusas por ello.

- Luke... - comenzó la Mujer, y se detuvo. Se movía su rechinante silla -. ¿Quieres una taza de café?

- Sé que te hago sentirte confusa, Edith. Me hubiera gustado manejar esta situación más graciosamente. Pero no dispongo de mucho tiempo. Y es casi imposible ser agradable, cuando he venido aquí ofreciendo este aspecto.

- Eso no tiene importancia - se apresuró a decir ella -. Me interesa muy poco qué aspecto ofreces, siempre que sepa que eres tú. ¿Quieres un poco de café?

La voz del hombre estuvo llena de turbación.

- Muy bien, Edith. Gracias. Parece ser que por alguna razón no podemos dejar de ser extraños, ¿verdad?

- ¿Qué te hace decir eso?... No. Llevas razón. Lo estoy intentando con todas mis fuerzas, pero no puedo engañarme a mí misma. Voy a poner al fuego el agua.

Sus pasos, rápidos y erráticos, se desvanecieron en el interior de la cocina.

El hombre suspiró, mientras permanecía sentado solo en la sala de estar.

- Bien, ¿qué piensa ahora? - preguntó Finchley - Cree usted estar oyendo al agente secreto X-Ocho concibiendo un plan para volar Ginebra?

- A mí me parece estar escuchando a un muchacho de la escuela superior - contestó Rogers. - Ha vivido detrás de muros toda su vida. Todos los sabios son así. Saben lo suficiente para abrir el mundo como una naranja podrida, pero su madurez no se remonta más allá de la edad de dieciséis años.

- No estamos aquí para establecer nuevas reglas para manejar a los científicos. Estamos aquí para descubrir si ese hombre es Lucas Martino.

- Y lo hemos descubierto.

- Tal vez hemos descubierto que un hombre inteligente puede tomar unos cuantos fragmentos de información, añadir lo que ha aprendido sobre cierta clase de personas que son en gran medida iguales; decir generalidades y engañar a una mujer que hace veinte años que no ve al original.

- Parece usted un hombre aferrándose a su última posición en una discusión perdida.

- No se preocupe de lo que parezco.

- Para qué cree usted que está haciendo todo esto, si no es Martino?

- Un lugar donde vivir. Alguien que haga encargos para él mientras permanece oculto. Una base de operaciones.

- Santo Dios, hombre, ¿es que no da nunca su brazo a torcer?

- Finch, tengo que vérmelas con un hombre que es más listo que yo.

- Quizá un hombre con emociones más profundas también.

- ¿Lo cree usted así?

- No. No... Lo siento, Shawn.

Los pasos de la mujer salieron de la cocina. Parecía haber estado empleando el tiempo en recuperarse. Su voz fue más firme cuando habló de nuevo.

- Lucas, ¿es éste tu primer día en Nueva York?

- Sí.

- Y lo primero que has pensado es venir aquí. ¿Por qué?

- No estoy seguro - dijo el hombre, y pareció más como si no deseara contestarla -. Ya te he dicho que he pensado mucho sobre nosotros. Quizá eso se ha convertido en una obsesión en mí. No lo sé. Supongo que no debiera haber venido.

- ¿Por qué no? Yo debo ser la única persona a la que conoces en Nueva York ahora. Has sufrido graves daños, y deseas alguien con quien hablar. ¿Por qué no debieras haber venido aquí?

- No lo sé. - El hombre parecía desesperado -. Ahora te van a investigar a ti, ¿sabes? te traerán a través de tu pasado para tratar de situarme a mí en él. Espero que eso no te lo tomes a mal... Yo no lo hubiera hecho si hubiese pensado que van a encontrar algo que pueda herirte. He pensado en ello. Pero eso no ha sido un obstáculo para mi deseo de venir aquí. Eso no me ha parecido tan importante como todo lo demás.

- ¿Como qué, Lucas?

- No lo sé.

- ¿Temías que te odiara? ¿Por qué? ¿Por el aspecto que ofreces?

- ¡No! No tengo tan mal concepto de ti. Ni siquiera me has mirado con fijeza, ni me has hecho desagradables preguntas. Y yo sabía que no lo harías.

- Entonces... - La voz de la mujer era suave, y tranquila, como si nada pudiera sacudirla ya -. Entonces, ¿pensabas que te odiaría porque me destrozaste el corazón?

El hombre no contestó.

- Estaba enamorada de ti - dijo la mujer -. Si creías que estaba enamorada, estabas en lo cierto. Y cuando no hiciste nada, me heriste.

Abajo en el coche, Rogers hizo una mueca de incomodidad. El técnico del F.B.I. volvió la cabeza brevemente.

- No se deje impresionar por esta clase de conversación, mister Rogers - dijo -. Nosotros la oímos constantemente. Yo también me sentía preocupado cuando comencé. Pero al cabo de un tiempo vienes a darte cuenta de que la gente no debería avergonzarse de que les oigan hablar así. Es honesto, ¿no? Es de lo que la gente habla en todo el mundo. No se sienten avergonzados cuando se lo dicen los unos a los otros, de manera que no debe usted sentirse incómodo al escucharlo.

- De acuerdo - dijo Finchley. - Entonces supongamos que cierra usted la boca y escucha.

- No importa que hable, mister Finchley - dijo el técnico. Queda todo grabado. Podemos volver a escucharlo tantas veces como lo deseemos, se volvió hacia sus instrumentos -. Además, el hombre no ha contestado aún. Está pensando.

- Lo siento, Edith.

- Me has ofrecido excusas una vez esta noche, Lucas. - La silla de la mujer chirrió cuando ella se levantó -. No deseo verte arrastrarte. No deseo que sientas la necesidad de hacerlo. No te odio... no te he odiado nunca. Te amé. Había encontrado a alguien con quien poder vivir. Cuando conocí a Sam, supe cómo.

- Si sientes de esa manera, Edith, lo celebro grandemente por ti.

Por el tono de su voz se comprendía que estaba sonriendo tristemente.

- No siempre he sentido de esta manera. Pero en veinte años se puede pensar mucho.

- Sí, se puede pensar mucho.

- Es raro. Cuando coges el pasado y comienzas a darle vueltas y vueltas en tu cabeza, puedes empezar a ver en él cosas que te dejaste pasar por alto cuando lo viviste. Vienes a darte cuenta de que hubo momentos en los que una palabra dicha de manera diferente, o una cosa hecha en el momento más adecuado, hubieran podido cambiarlo todo.

- Es cierto.

- Por supuesto, tienes que recordar que puedes estar viendo cosas que no existieron jamás. Puedes estar maniobrando tus recuerdos para colocarlos en línea con lo que deseas que hubiesen sido. No puedes estar segura de que simplemente estás soñando.

- Lo comprendo.

- Es fácil que ocurra eso con un recuerdo.

- Puede llegar a convertirse en una cosa perfecta. En un recuerdo, las gentes se convierten en las gentes que a ti más te gustaron, y nunca se hacen viejas, nunca cambian, nunca viven veinte años separadas de ti, y por ello nunca se convierten en alguien a quien no puedes reconocer. Las gentes de un recuerdo son siempre como tú deseas que sean, y siempre puedes volver a ellas y recomenzarlo todo en el mismo punto en que lo abandonaste, sólo que ahora sabes en qué consistieron los errores y lo que no debiera haber sido

hecho. Ningún amigo es tan bueno como el amigo en un recuerdo. Ningún amor es tan maravilloso.

- Sí.

- El... el agua está hirviendo en la cocina. Traeré el café.

- Muy bien.

- Tienes aún puesto el abrigo, Lucas.

- Me lo quitaré.

- Volveré en seguida.

Rogers miró a Finchley.

- ¿A dónde cree usted que quiere ir a parar?

Finchley sacudió la cabeza.

La mujer volvió de la cocina. Se oyó el tintineo de unas tazas.

- Me he acordado de no poner ni crema ni, azúcar en el tuyo, Lucas.

El hombre vaciló.

- Has sido muy amable, Edith. Pero... Bien, la verdad es que ya no puedo soportarlo negro. Lo siento.

- ¿Por qué? ¿Por haber cambiado? Trae, lo llevaré a la cocina y lo arreglaré a tu gusto.

- Sólo un poco de crema, por favor, Edith. Y dos cucharadas de azúcar.

Finchley preguntó.

- ¿Qué sabemos sobre los recientes hábitos de Martino en lo que se refiere a la manera de tomar el café?

- Pueden ser investigados - contestó Rogers. - Será conveniente que no nos olvidemos de hacerlo.

La mujer trajo el café del hombre.

- Espero que así sea de tu gusto, Lucas.

- Eres muy amable. Confío en que no te sientas turbada al verme beber.

- ¿Por qué habría de sentirme turbada? No me es difícil recordar cómo eras, Luke.

Permanecieron silenciosos durante unos cuantos momentos. Después la mujer preguntó:

- ¿Te sientes mejor ahora?

- ¿Mejor?

- No te habías tranquilizado en absoluto. Estabas tan tenso como el día en que me hablaste por vez primera. En el zoo.

- No puedo evitarlo, Edith.

- Lo sé. Has venido aquí confiando en algo, pero ni siquiera te es posible expresarle en palabras. Siempre has sido así, Luke.

- He acabado por darme cuenta de ello - repuso el hombre, con una forzada risa entre dientes.

- ¿Te ayuda en algo el reír, Luke? Su voz se debilitó de nuevo.

- No estoy seguro.

- Luke, si deseas volver al punto donde nos detuvimos y comenzar de nuevo, por mí no hay inconveniente.

- ¿Edith?

- Quiero decir si deseas cortejarme.

El hombre permaneció mortalmente silencioso durante un momento. Después se levantó pesadamente, haciendo rechinar los muelles de la silla.

- Edith... mírame. Piensa en los hombres que se te reirán hasta que yo muera. Y voy a morir. No pronto, pero de nuevo volverías a estar sola cuando las personas más dependen las unas de las otras. No puedo trabajar. Ni siquiera puedo pedir que te vengas a vivir conmigo a alguna parte. No puedo hacer eso, Edith. No es para eso para lo que he venido aquí.

- ¿No es en eso en lo que pensabas cuando yacías en la cama del hospital? ¿No pensabas todas las cosas contrarias a ello, y sin embargo tenías esperanza?

- Edith...

- La primera vez, nada hubiera podido salir de nuestras relaciones. Y yo amé a Sam cuando le conocí, y fui feliz de ser su esposa. Pero ahora es diferente, y además he estado recordando.

En el coche, Finchley murmuró con salvaje intensidad:

- No lo estropees todo, hombre. No seas estúpido. Procede adecuadamente. Aprovecha tu oportunidad.

Después se dio cuenta de que Rogers le estaba mirando y se quedó bruscamente callado.

En el apartamento, toda la tensión del hombre explotó en su garganta.

- ¡No puedo hacerlo!

- Puedes hacerlo si yo deseo que lo hagas - dijo gentilmente la mujer.

El hombre suspiró por última vez, y Rogers pudo verlo con la imaginación: los erectos hombros, encorvados un poco; él, de pie, abriendo el oprimido puño. Martino o no, traidor o espía, el hombre había conquistado, o hallado, un puerto.

Una puerta se abrió en el interior del apartamento. La voz de una niña dijo soñolientamente:

- Mamá... me he despertado. He oído hablar a un hombre. Mamá... ¿Qué es eso?

La mujer contuvo el aliento.

- Este señor es Luke, Susan - se apresuró a decir -. Es un viejo amigo mío, y acaba de regresar a la ciudad. Tenía intención de hablarte de él mañana por la mañana.

Cruzó la habitación y su voz fue más baja, como si estuviera sosteniendo a la niña y hablando con suavidad. Pero todavía con mucha rapidez.

- Lucas es un hombre muy agradable, amor. Ha sufrido un accidente, un accidente terrible, y el doctor ha tenido que hacerle eso para curarlo. Pero no es nada importante.

- Está ahí, mamá. ¡Me mira!

El hombre hizo un sonido en la garganta.

- No tengas miedo de mí, Susan... No te haré daño. De veras, no te haré daño.

El suelo crujió bajo su peso cuando se movió torpemente hacia la niña.

- ¿Ves? Realmente soy un hombre muy cómico. Mira cómo parpadeo. ¿Ves en cuántos colores se convierten los ojos? ¿No son cómicos?

Respiraba ruidosamente. En el micrófono se escuchaba un continuo, pavoroso ruido.

- Y bien, no tienes miedo de mí, ¿verdad?

- ¡Sí! Sí, lo tengo. ¡Apártese de mí! ¡Mamá, mamá, no lo dejes acercarse!

- Pero es un hombre agradable, Susan. Desea ser tu amigo.

- Puedo hacer otras cosas, Susan. ¿Ves? ¿Ves cómo gira mi mano? ¿No es gracioso? ¿Ves cómo se cierran mis ojos?

Ahora, la voz del hombre era urgente, y temblaba bajo la nerviosa jovialidad.

- ¡Usted no me agrada! ¡Usted no me agrada! Si es un hombre agradable, ¿por qué no sonrío?

Oyeron al hombre retroceder. La mujer dijo torpemente:

- Sonríe en su interior, amor.

El hombre murmuró:

- Mejor... mejor será que me vaya. No conseguiré sino aturdira más si me quedo.

- Por favor... Luke...

- Volveré en cualquier otro momento. Te llamaré.

Se enredó con los cerrojos de la puerta.

- Luke... oh, toma tu abrigo... Luke, hablaré con ella. Se lo explicaré; Acaba de despertarse... quizá ha tenido una pesadilla...

Su voz se apagó.

- Sí.

Abrió la puerta, y el técnico del F.B.I. apenas recordó retirar el micrófono.

- ¿Volverás?

- Por supuesto, Edith. - Vaciló -. Me mantendré en contacto contigo.

- Luke...

El hombre había salido al pasillo y descendía de prisa por la escalera. El crujido de sus pasos era ruidoso y después se desvaneció cuando rebasó ciegamente el micrófono. Rogers hizo frenéticos ademanes desde el coche, y los dos hombres del G.N.A. se apresuraron a alejarse del edificio en opuestas direcciones. El hombre salió, y se encasquetó el sombrero. A medida que caminaba, sus pasos fueron haciéndose más veloces. Se subió el cuello del abrigo. Casi corría. Pasó junto a uno de los hombres del G.N.A. y el otro se dio prisa en doblar una esquina para circundar la manzana y reunirse con su compañero.

El hombre desapareció entre las sombras de la noche, mientras los hombres destinados a vigilarle procuraban no perderle de vista.

El micrófono, que había quedado en la escalera, funcionaba aún.

- Mamá... mamá... ¿quién es Lucas? La voz de la mujer fue muy baja.

- No importa, amor. Ya no importa.

- Muy bien - dijo ásperamente Rogers -, pongámoslos en marcha antes de que consiga alejarse de nosotros.

Hizo un esfuerzo para serenarse mientras el técnico recogía el micrófono. Puso en marcha el motor y lanzó el coche hacia adelante.

Rogers se hallaba muy atareado con su propia radio, pues estaba cursando órdenes para que otros agentes saliesen al paso del hombre e iniciaran la vigilancia antes de que pudiese desembarazarse de los agentes que le seguían. Finchley no tuvo nada que decir mientras el coche rodaba calle arriba. Cuando pasaron bajo una farola, su cara era macilenta.

El coche pasó junto al más próximo agente del G.N.A. Parecía disgustado, e intentaba caminar lo bastante de prisa para no perder de vista al hombre y al

mismo tiempo no tan de prisa como para atraer su atención. Echó una rápida ojeada hacia el coche. Tenía la boca muy apretada, y las aletas de la nariz le brillaban.

La luz de los faros del coche cayó sobre la descomunal figura del hombre. Daba breves y rápidos pasos, los hombros encorvados y las manos en los bolsillos. Mantenía baja la cara.

- ¿A dónde va ahora? - preguntó innecesariamente Rogers, puesto que no necesitaba que se lo dijese Finchley.

- No creo que lo sepa - contestó éste.

A través de la oscuridad, el hombre caminaba hacia MacDougal Street. Las luces de las cafeterías situadas sobre Bleecker le esperaban. Las vio y torció abruptamente hacia un callejón.

Una muchacha acababa de descender por los escalones de la casa que había junto a él, y tropezó con ella. Se detuvo súbitamente, y se volvió. Levantó la cabeza, Y abrió la boca. Dijo algo. Se había quedado helado en una pantomima de sorpresa. Las luces del coche se lanzaron contra su cara.

La muchacha gritó. Su garganta se abrió, y se llevó las manos a los ojos. El horroroso sonido que emitió repercutió en la estrecha calle.

El hombre comenzó a correr. Se hundió en el callejón, e incluso para los del coche el sonido de sus pies fue como si alguien estuviese asestando golpes a una caja vacía. La muchacha permanecía quieta ahora, inclinada hacia adelante, sosteniéndose como si se sintiera confusa.

- ¡Corran en pos de él!

A su vez, Rogers quedó sorprendido por la nota que había vibrado en su voz. Hundió sus manos en el respaldo del asiento delantero cuando el conductor lanzó el coche hacia el callejón.

El hombre corría muy por delante de ellos. La luz de los faros arrancó destellos a su cuello, y los resplandores de la luz reflejada parpadeaban a las sombras removidas por los ondeantes faldones de su abrigo. Corría torpemente, como un hombre exhausto, y sin embargo, se movía a una velocidad fantástica.

- ¡Dios mío! - exclamó Finchley -. ¡Mírelo! - Ningún ser humano puede correr así - dijo Rogers -. No tiene que esforzar los pulmones. No tiene tanta necesidad de oxígeno. Seguirá corriendo a esa velocidad en tanto lo soporte su corazón.

- O más de prisa aún.

El hombre se arrojó contra una pared, quebrando así su impulso. Después se apartó, cruzó una calle y se dirigió de nuevo hacia el centro de la ciudad.

- ¡Vamos! - le gruñó Rogers al conductor -. Esfuerce a este carricoche.

Lanzando chillidos, doblaron la esquina. El hombre se hallaba aún muy por delante, y corría sin mirar hacia atrás. La calle estaba franqueada por plataformas de descargue en las traseras de los almacenes. En las casas no había luces y sólo en las esquinas podían verse farolas. Una hilera de luces de tráfico se extendía hacia Canal Street, cambiando del verde al rojo a un ritmo que llenaba de olas toda la longitud de la calle. El hombre corría entre ellas como algo aleteante, impulsado por un viento gigantesco.

- ¡Jesús, Jesús, Jesús! - murmuró urgentemente Finchley -. Se matará.

El conductor le imprimió más velocidad al coche para dejar atrás la calle con el pavimento roto por los camiones. El hombre se hallaba bastante más allá de la próxima esquina. Volvió la cabeza hacia atrás por un instante y los vio. Entonces comenzó a correr aún más de prisa, cruzó la calle, dobló la esquina y ahora empezó a correr hacia la Sexta Avenida.

- ¡Esa es una calle en contra dirección para nosotros! - gritó el conductor.

- ¡Tómela, estúpido! - aulló Finchley, y el coche se lanzó hacia el Oeste mientras el conductor manejaba frenéticamente el volante -. ¡Déle alcance! - volvió a gritar Finchley. ¡No podemos. dejar que corra hasta matarse!

La calle estaba flanqueada por coches aparcados ante los atestados bordillos de las aceras. Los espacios claros eran sólo lo bastante amplios para que un solo coche penetrase con bastante dificultad, y unas cuantas manzanas más adelante otra serie de faros se aproximaban hacia ellos, avanzando cada vez más de prisa.

El hombre corría ahora desesperadamente. Cuando el coche comenzó a darle alcance, Rogers pudo ver su cabeza volverse de lado a lado, buscando algún estrecho callejón entro los edificios, o algún escape de cualquier especie.

Cuando se pusieron a su misma altura, Finchley bajó la ventanilla de su lado.

- ¡Martino! ¡Deténgase! ¡No ocurre nada! ¡Deténgase!

El hombre volvió la cabeza, miró, y de repente varió de curso, se introdujo casi a la fuerza entre dos coches aparcados y corrió a través de la calle por detrás de ellos.

El conductor accionó los frenos y movió la palanca del cambio de marcha. La transmisión funcionó, pero dejó rígido el eje. El coche se deslizó sobre ruedas inmóviles, dejando un penacho de humo sobre la calle, mientras de las

llantas brotaban llamas, Rogers se inclinó hacia adelante y sus dientes se cerraron con fuerza. Finchley abrió la portezuela y salió.

- ¡Martino!

El hombre había alcanzado la acera opuesta.

Corriendo aún hacia el Oeste, no se detuvo ni miró hacia atrás. Finchley comenzó a correr a lo largo de la calle.

Cuando Rogers consiguió abrir la portezuela de su costado, vio al coche que se aproximaba por la próxima calle, a menos de sesenta pies de distancia.

- ¡Finch! ¡Sálgase de la calle!

El hombre había alcanzado la esquina. Finchley casi se hallaba ya allí, corriendo aún por la calle, porque no se atrevía a perder el tiempo abriéndose paso entre los coches aparcados parachoques contra parachoques.

- ¡Martino! ¡Deténgase! ¡No puede seguir así... Martino... morirá!

El coche que se acercaba los vio y giró frenéticamente a través de la calle. Pero otro coche dobló la esquina de MacDougal y alcanzó a Finchley con su puntiagudo guardabarros. Lo embistió violentamente, con el pecho ya encogido, y lo arrojó contra el costado de uno de los coches aparcados.

Por un segundo, todo se detuvo. El coche con el guardabarros abollado permaneció meciéndose en la boca de la calle. Rogers quedó con una mano en el costado del coche del F.B.I., mientras el olor de la goma quemada lo envolvía.

Después Rogers oyó al hombre, muy abajo de la calle, corriendo aún, y se preguntó si realmente había comprendido algo desde el momento en que la muchacha había gritado al verle.

- Llame - le dijo bruscamente al conductor del F.B.I. -. Diga a sus hombres que se pongan en contacto con mis agentes. Dígales qué camino ha tomado y que se apresuren a seguirle la pista.

Después corrió a través de la calle hacia Finchley, el cual había muerto.

El hotel de Bleecker Street tenía un pupitre de recepción en el vestíbulo y una estrecha escalera que conducía a las habitaciones. La entrada era un exiguo portal entre dos almacenes. El recepcionista permanecía sentado detrás de la silla apoyada contra los escalones y dormía con la barbilla caída sobre el pecho. Era un hombre viejo y consumido, con la cara llena de cañones grises. Esperaba que llegase la mañana para poder irse a la cama.

La puerta de la calle se abrió. El recepcionista no alzó la vista. Si alguien deseaba una habitación se acercaría a él. Cuando oyó que los pasos arrastrados se detuvieron delante de él, abrió los ojos.

El recepcionista estaba acostumbrado a ver tullidos. Las habitaciones estaban llenas de una clase u otra. El recepcionista estaba acostumbrado también a ver todo el tiempo cosas nuevas. Cuando era más joven, le agradaba leer los sucesos en los periódicos. Había sido una sorpresa para él que el metro aéreo de la Tercera Avenida hubiese sido derribado, o que hiciesen los coches con cuatro faros. Pero ahora era más viejo, y sencillamente las cosas se deslizaban junto a su lado. De manera que nunca se sentía sorprendido ante nada que no hubiese visto antes. Si los doctores colocaban a las gentes cabezas de metal, eso no era en gran medida distinto de las piernas artificiales de aluminio que a menudo subían y bajaban por la escalera detrás de él.

El hombre que había delante del pupitre estaba intentando hablarle. Pero durante largo rato, el único sonido que hizo fue una serie de prolongados y huecos ruidos, cada vez que el aire irrumpía en su boca. Durante un momento se agarró al borde delantero del pupitre. Se tocó el costado izquierdo del corazón. Finalmente, esforzándose en pronunciar las palabras, preguntó:

- ¿Cuánto cuesta una habitación?

- Cinco pavos - contestó el recepcionista, y se volvió para coger una llave -. El pago es por adelantado.

El hombre se sacó una cartera, tomó un billete y lo depositó sobre el pupitre. No miraba directamente al recepcionista, y parecía estar tratando de ocultar la cara.

- El número de la habitación está en la llave - dijo el recepcionista e introdujo el billete en la ranura de una caja de acero que surgía a través del suelo.

El hombre se apresuró a asentir con la cabeza.

- Muy bien. - Muy consciente de sí mismo, hizo un ademán hacia la cara -. Tuve un accidente - explicó -. Un accidente industrial. Una explosión.

- Compañero - repuso el recepcionista -, me importa un bledo. No beba en su habitación y abandónela a las ocho, o serán otros cinco pavos.

Eran casi las nueve de la mañana. Rogers permanecía en su fría y blanca oficina, oyendo sonar el teléfono. Al cabo de un rato, tomó el aparato.

- Rogers.

- Soy Avery, señor. El sujeto se halla aún en el hotel de Bleecker. Ha bajado un poco antes de las ocho, ha pagado otro día de alquiler y ha vuelto a subir a su habitación.

- Gracias. Continúe ahí.

Depositó el aparato y se inclinó hasta que su cara quedó casi tocando la mesa. Se cogió las manos detrás del cuello.

El zumbido del intercomunicador le hizo enderezarse de nuevo. Accionó la clavija.

- ¿Sí?

- Tenemos aquí a miss Di Fillipo, señor.

- Hágala pasar, por favor.

Esperó hasta que la muchacha penetró, y entonces su mano se apartó de la clavija.

- Pase, por favor. Esa... esa silla es para usted.

Angela Di Fillipo era una atractiva joven morena. Rogers juzgó que tenía unos dieciocho años.

Penetró con gran confianza en si misma, y se sentó sin dar signos de nerviosismo. Rogers imaginó que en circunstancias ordinarias era tranquila y segura, y que carecía incluso de aquellos pecadillos que hacían que la mayor parte de las gentes inofensivas se sintieran un poco nerviosas en aquel edificio.

- Soy Shawn Rogers - dijo, sonriendo y tendiendo la mano.

Ella la estrechó con firmeza, casi masculinamente, y le devolvió la sonrisa, sin darle la sensación de que estaba tratando de impresionarle.

- Hola.

- Sé que tiene usted que acudir a su trabajo, de manera que no la retendré mucho tiempo. - Examinó el informe -. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas sobre lo que sucedió anoche.

- Me complacerá ayudarle.

- Gracias. Bien, su nombre es Angela Di Fillipo y vive usted en el treinta y tres de MacDougal Street, aquí en Nueva York, ¿no es así?

- Sí.

- Anoche, a eso de las diez y media, se encontraba usted en la esquina de MacDougal y un callejón entre Bleecker y Houston Street, ¿no es así?

- Sí.

- ¿Podría decirme cómo es que se encontraba allí y qué es lo que ocurrió?

- Bien, acababa de abandonar mi casa para ir a la tienda a buscar algo de leche. El callejón se halla junto a la puerta. No advertí particularmente a nadie, pero supe que alguien venía MacDougal arriba, porque oí sus pasos.

- ¿Venía hacia Bleecker? ¿O por el lado oeste de la calle?

- Sí.

- Continúe, miss Di Fillipo. Puede que la interrumpa de nuevo, para aclarar algunos puntos, pero lo está haciendo bien.

«Y el informe aumenta», pensó. ¡Pero para lo que nos sirve!»

- Bien, sabía que venía alguien, pero, naturalmente, no presté una especial atención. Me di cuenta de que caminaba de prisa. Después cambió de dirección, como si fuera a entrar en el callejón fue entonces cuando lo miré, por que deseaba retirarme de su paso, había una farola detrás de él, de manera que pude ver que era un hombre corpulento, pero no me fue posible verle la cara. Por la forma en que caminaba, pensé que no me había visto en absoluto. De todas maneras venía rectamente hacia mí, y supongo que me puse un poco tensa. En todo caso, retrocedí un paso, y él simplemente me rozó la manga. Eso le hizo alzar la vista, y entonces vi que había algo raro en su cara.

- ¿Qué quiere usted decir por «raro», miss Di Fillipo?

- Sólo raro. Entonces no vi de qué se trataba. Pero tuve la sensación de que no era normal. Y supongo que eso me hizo sentirme un poco más nerviosa.

- Ya.

- Después le vi bien la cara. El se detuvo, y abrió la boca... Bien, su cara era de metal, como uno de esos robots que aparecen en los periódicos dominicales, y parecía sorprendido. Con voz muy peculiar, dijo: «Bárbara... soy yo... el alemán».

Rogers se inclinó hacia adelante sorprendido

- «Bárbara... soy yo... el alemán». ¿Está segura de eso?

- Sí, señor. Parecía muy sorprendido, y...

- ¿Y qué más, miss Di Fillipo?

- Acabo de darme cuenta de qué es lo que me hizo gritar... quiero decir lo que realmente me hizo gritar.

- ¿Sí?

- Lo dijo en italiano. - Miró atónita a Rogers - Acabo de darme cuenta de ello.

Rogers frunció el ceño.

- Lo dijo en italiano. Y lo que dijo fue: «Bárbara... soy yo... el alemán».

- Eso no parece tener sentido, ¿verdad? ¿Quiere decir algo para usted?

La muchacha sacudió la cabeza.

- Bien. - Rogers miró sobre la mesa, donde su mano daba golpecitos a un lápiz sobre el secante -. ¿Qué tal es su italiano, miss Di Fillipo?

- Lo hablo en casa todo el tiempo.

Rogers asintió con la cabeza. Después se le ocurrió otra cosa.

- Dígame, tengo entendido que hay un cierto numero de dialectos italianos. ¿Podría decirme cuál empleaba él?

- Parecía bastante corriente. Se le podría llamar italiano americano.

- ¿Cómo si hubiese estado en el país mucho tiempo?

- Supongo que sí. A mí me pareció como cualquiera de las otras personas que hay por aquellos barrios. Pero no soy experta. Es una simple opinión.

- Ya. ¿No conoce usted a nadie llamada Bárbara? Quiero decir... a una Bárbara que se parezca a usted.

- No... no, estoy segura de que no conozco a nadie.

- Muy bien, miss Di Fillipo. Cuando él le habló, usted gritó. ¿Sucedió algo más?

- No. Giró en redondo y penetró corriendo en el callejón. Y luego un coche le siguió. Después de eso, uno de los hombres del F.B.I. vino y me preguntó si me encontraba bien. Le dije que estaba bien, y me llevó a casa. Supongo que esto ya lo sabe usted.

- Sí. Y gracias, miss Di Fillipo. Nos ha sido de gran ayuda. No creo que volvamos a necesitarla, pero si no es así, nos pondremos en contacto con usted.

- Me alegraré serles de utilidad si puedo, mister Rogers. Adiós.

- Adiós, miss Di Filippo.

Le estrechó la mano de nuevo, y la vio irse.

«Maldita sea», pensó, «ésta es una clase de muchacha que no se sentiría turbada si su hombre pertenece a mi oficio».

Después frunció el ceño. «Bárbara... soy yo... el alemán.» Bien, ésta era una cosa que tenía que investigar.

Se preguntó cómo se sentía Martino, oculto en su habitación. Y también se preguntó cuánto tiempo habría de transcurrir antes de recoger las pruebas necesarias para considerar terminado el caso.

El zumbido del intercomunicador le interrumpió otra vez.

- ¿Si?

- ¿Mister Rogers? Soy Reed. He estado investigando a algunas de las personas de la lista de conocidos de Martino.

- ¿Y?

- Se trata de Francis Heywood, el que fue compañero de habitación de Lucas Martino en el colegio Tecnológico.

¿Se refiere al que llegó a ser una gran personalidad en el Technical Personnel Allocations Bureau del G.N.A.? Ha muerto. Murió en un accidente de aviación. ¿qué ocurre con él?

- El F.B.I. acaba de hacer algunos descubrimientos sobre él. Los han hecho en un nido de los soviéticos en Nueva York. Es una banda muy bien organizada que lleva operando varios años. Colaboradores, en su mayor parte. Cuando Heywood se hallaba en Washington trabajando para el gobierno americano, era uno de ellos.

- ¿El mismo Francis Heywood?

- Las huellas dactilares y las fotos se hallan de acuerdo con lo que nosotros tenemos en nuestro, archivo, señor.

Rogers dejó que el aire brotara entre sus labios.

- Muy bien. Tráigalo aquí para echarle una ojeada.

Colgó lentamente.

Cuando tuvo ante sí el informe del F.B.I., la situación resultó perfecta, sin agujeros que no hubiesen podido ser, rellenos con unas cuantas conjeturas experimentadas.

Francis Heywood asistió al colegio Tecnológico con Lucas Martino, y compartió con él una habitación en uno de los pequeños apartamentos dormitorio. El que fuese ya entonces un compañero de viaje era problemático. Pero eso no presentaba ninguna diferencia importante. Era definitivamente uno de ellos en la época en que del gobierno americano fue trasladado al G.N.A. Al trabajar para el G.N.A. fue contratado para asignar al personal técnico clave las mejores facilidades de trabajo para sus específicos propósitos. Había sido adiestrado para esa misma clase de trabajo por el gobierno americano, y estaba considerado como el mejor experto en la especialidad. En algún punto próximo a ese período era cuando debía haberse hecho activista. La conclusión natural era que había estado en condiciones de maniobrar las cosas para que los soviéticos pudiesen apoderarse de Martino. Heywood, en efecto, había sido un talentado explorador.

Había podido o no había podido saber lo que era el K-Ochenta y ocho. Se suponía que sólo debía tener una somera idea de los proyectos para los cuales hallaba espacio, pero sin duda alguna había debido ser muy fácil para él hacer específicas conjeturas, dada la posición que ocupaba. O, si había creído que debía correr ese riesgo, tal vez había dado los pasos necesarios para descubrirlo. En cualquier caso, había sabido qué clase de hombre y qué proyecto importante podía entregar al otro lado de la frontera.

También esto era secundario. Lo que más importaba era esto:

Un mes después de haber desaparecido Lucas Martino al otro lado de la frontera, Francis Heywood tomó un avión trasatlántico en Washington, donde había estado realizando una misión de enlace que realmente podía haber sido una tapadera para cualquier cosa. Cuando se hallaba en mitad del océano, el avión informó que se habían producido explosiones en los motores, mandó una llamada de socorro y cayó al mar. Los servicios de socorro aéreo encontraron flotando los restos del avión. No recobraron algunos cadáveres, entre los cuales no se encontraba Francis Heywood. El avión se había estrellado y los instrumentos sonoros habían localizado sus piezas en el fondo. Y, en aquel tiempo, en esto había quedado todo. Simplemente, los motores habían tenido dificultades de alguna clase. No se habían recibido informes de que los soviéticos hubiesen enviado aviones de combate para provocar un incidente, y el operador de radio había estado enviando tranquilos mensajes hasta el final.

Pero ahora Rogers pensó en la vieja treta de dejar caer un hombre al agua en un lugar establecido de antemano, y de tener un submarino dispuesto para recogerlo.

Si lo que se deseaba era que al hombre se le diese por desaparecido, entonces se procedía a estrellar a todo un avión comercial ¿a quién podía extrañarle que faltara un cadáver? y el submarino podía asegurarse de que sólo ese hombre no se ahogara. Era un poco arriesgado, pero si el accidente

era bien dispuesto de antemano, y el era hombre era diestro, había muchas probabilidades la operación no constituyese un fracaso. Tomó el dossier de Heywood para mirar sus datos personales:

Estatura: 6 pies. Peso: 220. Había sido hombre corpulento, de tez morena. Su edad era casi exactamente la misma que la de Martino. Habiendo vivido en Europa, había aprendido a hablar italiano... con toda probabilidad con acento americano.

Y Rogers se preguntó hasta qué punto Lucas Martino se había explayado con él en el curso de aquellos tres años en los que habían compartido la misma habitación. Hasta qué punto el muchacho solitario de New Jersey había hablado de sí mismo. Se preguntó también si sobre su mesa no habría tenido una fotografía de Edith. O incluso de una muchacha llamada Bárbara, fotografía que Heywood habría visto cada día hasta que se le quedó completamente grabada en la memoria. Tal vez Heywood hubiera podido explicar lo que Angela Di Fillipo había oído la noche anterior en Mac Dougal.

¿Que buen actor era su hombre?, se preguntó Rogers. ¿Hasta qué punto puede ser buen actor un hombre?

«Dios nos ampare, Fincho», pensó.

CAPITULO X

El joven Lucas Martino llegó al Tecnológico de Massachussets convencido de que en él algo funcionaba mal, y dispuesto a repararlo si le era posible. Pero cuando llevó a cabo la inscripción, revisó las asignaturas y se esforzó en encajarse en una rutina de estudio como ninguna de las que hasta entonces había tenido que enfrentarse, empezó a darse cuenta de lo difícil que eso podía llegar a ser.

Los estudiantes del Tecnológico se hallaban ya cogidos en la vorágine de la actividad el mismo día en que entraban. De los graduados del Tecnológico se esperaba que ocuparan posiciones en los puntos más elevados. Un millar de planes se apilaban en los proyectos mundiales de los aliados, y esperaban a los hombres que debían ponerlos en ejecución. Una vez eran llevados a cabo, cada proyecto tenía un millar de planes esperando para su realización. Los planes hechos una docena de años antes se hallaban dispuestos, todos relacionados los unos con los otros, cada uno de ellos dependientes de la positiva realización de cada plan.

Si un hombre estaba destinado a poner en peligro algún día esa estructura su debilidad tenía que ser localizada lo más pronto posible.

De manera que los instructores del Tecnológico eran personas que nunca daban una respuesta dudosa al beneficio de la duda. No conducían sus clases, ni malgastaban el tiempo concediendo a cualquier particular estudiante más atención que a los demás. Se daba por supuesto que los estudiantes del Tecnológico eran capaces de digerir todo el texto que se les asignaba, y de saber exactamente lo que quería decir. Los instructores daban sus lecciones, tranquila, competente, despiadadamente, y nunca retrocedían a reconsiderar un punto o, en las pruebas, a rehacer lo hecho porque un buen estudiante se hubiese dejado pasar por alto algo.

Lucas lo admiraba, como el sistema ideal para su propósito. Los hechos eran ofrecidos, y aquellos que no podían aferrarlos, emplearlos y encajarse allí en el progreso de la clase, tenían que ser eliminados antes de que hicieran disminuir el progreso de todos los demás. Para él era un sistema natural, y tenía una tendencia a ser suavemente incrédulo cuando alguien se volvía a él en busca de ayuda, por hallarse ya muy atrasado y veces sin la menor esperanza de alcanzar a los demás.

En las primeras semanas de estudios, se creó entre sus compañeros de clase la fama de ser un cerebro frío e inamistoso que obraba como si fuese bastante mejor que todos los demás.

En ese primer año, sus profesores no repararon en él. Era a los posibles malos estudiantes a los que tenían que prestar atención.

Lucas no pensaba mucho más de lo que había pensado en el colegio de Nueva York, donde sus profesores se habían mostrado muy dispuestos a ser excesivamente entusiásticos. Se abstrajo en su tarea, no tanto atraído por ella como por el descubrimiento de que podía trabajar, de que eso era lo que se esperaba de él, de que le eran concedidas todas las oportunidades para que lo hiciese así y de que el colegio estaba organizado para personas que pudiesen pensar en términos de trabajo y en nada más.

Transcurrieron casi dos meses antes de que consiguiera acostumbrarse a ello para que se atenuara un poco su primer entusiasmo. Entonces pudo asentarse y entregarse a una rutina. Después disponía de tiempo para dedicarse a otras cosas.

Pero comprobó que se hallaba aislado. Por alguna razón, no podía comprender en absoluto porqué, no tenía amigos. Cuando intentaba aproximarse a algunos de sus compañeros de clase, comprobaban que le miraban con resentimiento o que estaban demasiados atareados. Descubrió que la mayor parte de ellos tenían que realizar por lo menos el doble de esfuerzo que él y que ninguno estaba tan seguro de si mismo como él. Esto le dejaba perplejo, después de todo eran estudiantes del Tecnológico, y al fin comprendió que la mayoría de las personas se contentaban con saber que aprovechaban sólo el ochenta y cinco por ciento de su tiempo. Pero eso no hizo nada para ayudarlo.

Todavía se sintió más confuso. Sin la menor duda había esperado que en el Tecnológico encontraría a una diferente clase de gente. Y, en realidad, la había encontrado. Eran muchos los estudiantes que habían abandonado sus demás preocupaciones al llegar allí. Dormían poco, comían de prisa, no hacían otra cosa sino estudiar. En las clases, tomaban notas increíblemente grandes, por la noche se las llevaban a sus habitaciones y perdían la vista repasándolas. No se tomaban la molestia de contestar a las cartas que le mandaban de casa, y las expediciones a la ciudad por las noches se hallaban por completo fuera de la cuestión. Su conversación se componía de una serie de discusiones sobre sus tareas, y si algunos de ellos tenían problemas, los mantenían enterrados y no se ocupaban de otra cosa sino del desarrollo de los estudios,

Pero según descubrió Lucas, esto no quería decir que ninguno de ellos fuese feliz o estuvieran considerablemente familiarizados con sus temas. Sólo quería decir que eran temporales monomaniacos.

Durante un tiempo se preguntó si también él era un monomaniaco más. Pero esa idea no parecía encajar en los hechos. De forma que, una vez más, se vio obligado a llegar a la conclusión de que era una especie de fenómeno, un ser que, por alguna razón, se había olvidado de dar un paso que la mayoría de las personas daban con tanta naturalidad que ni siquiera se percataban de ello. Esto le hizo preocuparse profundamente, en aquellos raros momentos en los que su mente se lo permitía. La mayor parte del día lo pasaba completamente absorto en su trabajo. Pero, por la noche, cuando estaba sentado en su habitación con las notas del día completadas y las lecciones estudiadas, miraba inexpresivamente la pared que había al otro lado de su mesa y se preguntaba qué remedio podía aplicarle a aquel fracaso que había hecho de Lucas Martino.

El único progreso que realizó fue en aquel breve tiempo en que casi literalmente descubrió a su compañero de habitación.

Frank Heywood era la persona ideal para compartir la pequeña habitación con Lucas Martino. Un tipo tranquilo y sereno que no hablaba nunca excepto cuando era absolutamente necesario, parecía atemperar sus movimientos a las dimensiones de la habitación para que de esa manera no estorbasen nunca a Lucas. Usaba la habitación sólo para dormir y estudiar, y salía de ella cada vez que tenía tiempo libre. Cuando Lucas pensó en ello algunas semanas después de haber comenzado el año, decidió que Frank, como él mismo, había estado demasiado atareado para entregarse a la amistad o estrictamente a la suficiente cortesía para que le dejaran vivir en paz. Pero, evidentemente, también Frank se asentó y empezó a encontrar un poco de desahogo, porque fue su compañero de habitación, y no Lucas, quien inició la breve amistad que existió entre ellos.

- Sabes - le dijo Frank una noche, dejándole asombrado -, indudablemente tú eres el tipo más importante de este cuerpo estudiantil.

Lucas le miró desde el otro lado de la mesa, ante la cual permanecía sentado con la barbilla apoyada en las manos.

- ¿Quién, yo?

- Sí, tú. - La expresión de Heywood era completamente grave -. Lo digo en serio. El rumor que corre en el colegio es que eres un empollón. Yo te he observado, y la verdad es que aprenderte las lecciones ni te cuesta ni la mitad de esfuerzo que a todos esos asnos. No te es necesario esforzarte mucho. Una mirada a los libros y la lección se te queda grabada para siempre.

- ¿Y?

- Eso quiere decir que tienes sesos.

- No son muchos los retrasados mentales que ingresan en colegios como éstos.

- ¿Retrasados mentales? - Frank hizo un ademán despectivo -. ¡Demonios, no! Este lugar es la cuna de la próxima generación de buenos americanos sabios, la esperanza del futuro, el depósito de todas nuestras mejores mentes técnicas. Y la mayor parte de ellas no pueden competir contigo sin estar pensando en las cuestiones más de una hora. ¿Por qué? Porque les han enseñado cómo deben leer los textos, no cómo deben usarlos. Eso no es lo que ocurre contigo.

Lucas le miró atónito. En primer lugar, ése era el discurso más largo que Frank le había hecho desde que le conocía. En segundo lugar, sus palabras constituían un punto de vista completamente nuevo, una actitud hacia el Tecnológico y todo cuanto representaba. El no había oído nunca expresar esa opinión, y no la había considerado jamás.

- ¿Qué es lo que eso quiere decir en el fondo? - preguntó, animado por la curiosidad de saber todo cuanto le fuese posible.

- Esto: debido a como son enseñadas aquí las cosas, la mayor parte de los estudiantes sólo pueden tener resultados positivos grabándose en la memoria lo que se les dice. He estado hablando con algunos de ellos. Apuesto a que en este mismo piso puedes encontrar a diez tipos capaces de repetirte palabra por palabra sus textos, haciéndolo como alguien que se saca de la garganta una lombriz interminable. También te apuesto a que, si dentro de quince años, sucede que algunos cajistas comunistas modifican deliberadamente las palabras del texto, la ciencia aliada se irá al diablo ya que nadie tendrá la iniciativa suficiente para figurarse qué debería decir realmente en él. Y sobre todo no la tendrán esos diez tipos. Se pasarán la vida diseñando sistemas de control contra cohetes que estén de acuerdo con los sistemas de radar, porque así dice el texto que se debe hacer.

- No te comprendo - dijo Lucas frunciendo el ceño.

- Escucha, esos tipos no son retrasados mentales, son muy inteligentes porque de otra manera no estarían aquí. Pero les han enseñado que la única

manera de aprenderse algo es grabándose en la memoria. Si les ofreces algo de prisa, se lo aprenderán de memoria... pero no tendrán tiempo para pensar. Se atiborrarán de palabras, y cuando llegue el momento de demostrar lo que saben, lo soltarán todo como papagayos.

«Yo diría que seguir así es una cosa tremendamente peligrosa. Digo que, alguien con sesos debe empezar a darse cuenta de lo que se va a hacer a sí mismo y lo que le está haciendo al esfuerzo aliado cuando se atiborra de hechos indiscriminadamente. Digo que todo el que se dé cuenta de ello deseará hacer algo al respecto. Pero todos los papagayos que hay aquí no se molestan siquiera ni en fruncir la frente. De forma que, considerándolo todo, digo que quizá tienen sesos, pero que no tienen bastantes sesos.

»En cambio te he observado a ti. Cuando estoy sentado aquí y veo en qué forma estudias tus notas, experimento un placer. He aquí un tipo con una expresión en la cara como si estuviera mirando la carta de una amante cuando estudia un texto de electrónica. He aquí un tipo que realiza un proyecto como un hombre construye un buen reloj. He aquí un tipo que lo mastica todo bien antes de tragarlo. He aquí un tipo que hace algo con lo que le dan. Cuando uno piensa bien en ello, he aquí un tipo que en este lugar va a producir realmente.»

Lucas elevó las cejas.

- ¿Yo?

- Tú. No ceso de observar. Supongo que he echado por lo menos una ojeada a todos los tipos de este colegio. Hay unos cuantos como tú en la facultad, pero ninguno en el cuerpo estudiantil. Unos cuantos se aproximan bastante, pero ninguno está a tu altura. Por eso es por lo que digo que, de todos los tipos que hay aquí en las cuatro clases, tú eres el único digno de ser observado. Tú eres el tipo que va a ser realmente grande en su especialidad sea ingeniería civil o dinámica nuclear.

- Física electrónica, creo.

- De acuerdo, física electrónica. Apuesto a que los comunistas se preocuparán realmente por tu causa dentro de unos cuantos años.

Lucas parpadeó. Se sentía completamente abrumado.

- Soy el hijo ilegítimo de Guglielmo Marconi - replicó -. Ya te habrás dado cuenta de la semejanza de nombres.

Pero con esa defensa no pudo conseguir otra cosa sino poner un temporal obstáculo al curso de su conversación. Tenía que pensar en ello, pensar intensamente, para poner en conveniente orden todos estos nuevos datos.

En primer lugar se hallaba, con la flamante noción de que ser diferente a los demás personas no era necesariamente malo. Después, existía la idea de que alguien le consideraba lo bastante importante para observar su conducta y

analizarla, por supuesto, esta segunda conclusión conducía a una tercera. Si Frank Heywood pensaba de esa manera, y si él podía ver lo que otras personas no podían ver, entonces también Frank se diferenciaba de casi todos los demás.

Eso tal vez podía llegar a significar mucho. Podía llegar a significar que él y Frank podrían hablar el uno con el otro. Ciertamente significaba que Frank, a despecho de lo que decía en sentido contrario, era capaz como él... quizá más aún, puesto que Frank le había visto y él no.

En muchos aspectos, Lucas comprobó que ése era un atrayente curso de pensamientos. Si se aceptaba cualquier parte de él, automáticamente quería decir que aceptaba también la idea de que era una especie de genio. Esto en sí mismo le hizo mirar suspicazmente toda la hipótesis. Pero tenía muy pocas o ninguna prueba real para refutarla. En efecto, era la clase de hipótesis que le permitía reinterpretar toda su vida, y de esta manera reinterpretar todas las pruebas que pudiese haber contra ella.

Durante varias semanas, vivió un período de gran embriaguez emocional, convencido de que finalmente había logrado comprenderse. Durante esas semanas, él y Frank hablaron sobre todo cuanto interesaba a Lucas en esos momentos y se pasaban gran parte de la noche sosteniendo graves discusiones. Pero la sensación de que habitaban juntos dos genios era una parte esencial de esa situación, y una noche a Lucas se le ocurrió la idea de preguntarle a Frank cómo le iba en sus estudios.

- ¿Yo? Me desenvuelvo bien. En todas las asignaturas saco un medio punto más de lo necesario para aprobar.

- ¿Medio punto?

Heywood sonrió.

- Tú vas a tu iglesia y yo voy a la mía. Yo conseguiré un diploma en el que dirá Instituto Tecnológico de Massachussets, lo mismo que el tuyo.

- Sí, pero no es el diploma...

- ¿Lo que uno sabe? Desde luego, si tu propósito es seguir más adelante. Si he de ser completamente honesto, te diré que podría obtener notas muchos mejores. ¿Pero por qué demonios habría de hacerlo? No es mi intención desgastar mis sesos en Yucca Flat sobre los próximos cuarenta años, hacerme acreedor a una pensión y retirarme. No, no. Obtendré el diploma del MIT y lo emplearé como el billete de entrada en algún departamento del gobierno, donde pasaré los próximos cuarenta años sentado detrás de una mesa, dejando que mis sesos se recreen en un despacho con aire acondicionado, y un día me retiraré con una pensión más grande.

- ¿Y... y eso es todo?

Heywood rió entre dientes.

- Eso es todo, paisano.

- Me parece una cosa tan sumamente vacua que casi me entran deseos de vomitar. Un tipo con sesos planeando una vida como ésa.

Heywood sonrió extendió las manos.

- Así es. ¿Por qué habría de matarme? De esa otra manera lo pasaré bien y tendré mucho tiempo libre. - Sonrió otra vez -. Podré obtener prolongadas conversaciones con mi compañero de habitación e ir por ahí a ver a otras personas. Demonios, amigo, de esa forma uno no suda tanto que se le vaya la vida por los poros de la piel. Y te advierto que se necesita ser un tipo con sesos para graduarse en un colegio como el Tecnológico.

Era la total pérdida de esos sesos lo que espantaba a Lucas. Le resultaba imposible creerlo y difícil aceptarlo con agrado. Ciertamente, dio al traste con sus buenas relaciones del pasado mes.

Después de eso volvió a meterse en su concha.

No se mostraba hostil con Heywood ni nada de eso, pero dejó que su amistad muriera rápidamente. Con ello perdió la idea de que era un genio. Con el tiempo incluso olvidó que había estado a punto de engañarse a ese respecto aunque ocasionalmente, cuando algo se desarrollaba especialmente bien para él, la odiosa idea se reproducía. Entonces él se apresuraba a suprimirla, sintiéndose molesto.

El y Heywood terminaron sus estudios siendo aún compañeros de habitación. Durante todo ese tiempo, Heywood fue una vez más el perfecto compañero para compartir con Lucas Martino una habitación pequeña y no parecían importarle los largos períodos de silencio de Lucas Martino. Algunas veces Lucas lo veía sentado, observándole.

Después de haberse graduado, Heywood se trasladó a Boston y, por lo que a Lucas se refiere, desapareció. Fue sólo algunos años después cuando uno de sus profesores se acercó a él y le dijo:

- Esa hipótesis de la que usted ha estado hablando, Martino, tal vez es digna de que la desarrolle sobre el papel.

De manera que Heywood no asistió en absoluto al nacimiento del K-Ochenta y ocho, y Lucas Martino, por su parte, tenía de nuevo algo que absorbía toda su atención y le impedía pensar en aquellos problemas que permanecían sin resolver en su mente.

CAPITULO XI

Edmund Starke se había convertido en un anciano. Vivía solo en un bungalow de cuatro habitaciones en las afueras de Bridgetown. Se había resecaado hasta adquirir una dureza correosa, sus músculos eran como cuerdas bajo su frágil piel, y sus venas espesas y azules. El cabello le había desaparecido en la parte superior del cráneo, revelando los huecos y protuberancias del hueso, sus lentes eran espesos, y pobres en su montura barata. Sus ojos estaban habitualmente entrecerrados. Como la mayor parte de los ancianos dormía poco y descansaba en breves siestas en vez de dormir de un tirón. Las horas que pasaba despierto las consumía leyendo revistas técnicas y trabajando en un elemental libro de física que, como consideraba suspicazmente, iba a acabar reuniendo todos los elementales libros de física escritos antes.

Ese día se hallaba sentado en la habitación de delante, retorciendo entre sus dedos un periódico y mirando a través de la habitación a la pared opuesta. Oyó pasos en el oscurecido porche de afuera y esperó a que sonara el timbre. Cuando sonó, se levantó con su bata y sus zapatillas, se dirigió lentamente a la puerta y la abrió

Un hombretón permanecía en el umbral, la cara considerablemente vendada, el cuello del abrigo levantado y el sombrero muy echado sobre los ojos. La luz de la habitación resplandeció en unos lentes muy oscuros.

- ¿Diga? - pronunció Starke con su voz de tono elevado y un tanto gutural.

El hombre meció la cabeza con indecisión. Los vendajes sobre su mandíbula superior se abrieron una vez, y mostraron una oscura ranura antes de que le dijese algo. Cuando habló, su voz fue indistinta.

- Profesor Starke.

- Mister Starke. ¿En qué puedo servirle?

- No... no sé si me recuerda. Fui uno de sus estudiantes. En la clase del sesenta y seis en la escuela superior. Soy Lucas Martino.

Sí, le recuerdo. Entre.

Starke se apartó a un lado y mantuvo abierta la puerta. Después la cerró cuidadosamente detrás del hombre, disgustado de tener que protegerse tanto contra las corrientes.

- Siéntese. No, ésa es mi silla. Tome la opuesta.

La principal impresión que producía su visitante era de embarazo. Se sentó con mucha cautela, inseguro de sí mismo, y se abrió el abrigo con torpes y enguantados dedos.

- Quítese el sombrero. - Starke se sentó en su silla y atisbó al hombre -. ¿Avergonzado de sí mismo?

El hombre se desembarazó del sombrero, quitandoselo lentamente. Todo su cráneo estaba vendado, y la blanca gasa se deslizaba hasta el cuello. La señaló con un ademán.

- Un accidente. Un accidente industrial - murmuró.

- Eso no es de mi incumbencia. ¿Qué puedo hacer por usted?

- No... no lo sé - dijo con voz sofocada el hombre, como si sus planes se hubiesen extendido tan sólo a la puerta de Starke y hasta este preciso momento no hubiese pensado qué debía hacer después.

- ¿Qué esperaba? ¿Pensaba que me sorprendería al verle? ¿O que me llevaría un sobresalto al verle vendado como al hombre invisible? Bien, no es así. Lo conozco todo sobre usted. Un hombre llamado Rogers vino aquí y me explicó sus circunstancias. - Starke elevó la cabeza -. De manera que sé que está en un apuro. Bien... piense. ¿Qué va a hacer ahora?

- Temía que Rogers se enteraría de lo concerniente a usted. ¿Le molestó?

- Nada en absoluto.

- ¿Qué dijo?

- Me dijo que usted podía no ser quien dice ser. Deseó que le diese mi opinión.

- ¿No le advirtió que no me lo hiciese saber a mí?

- Me lo advirtió. Le repliqué que haría las cosas a mi manera.

- No ha cambiado

- ¿Cómo lo sabe usted?

El hombre suspiró.

- ¿Entonces cree que no soy Lucas Martino?

- Eso no me interesa. Ya no es importante si usted asistía a mis clases o no. Si ha venido aquí en busca de ayuda de cualquier especie, ha perdido el tiempo.

- Ya veo.

El hombre comenzó a ponerse el sombrero.

- Espere y oiga mis razones.

- ¿Que razones? - preguntó el hombre con amargura -. Usted no confía en mí. Esa es una buena razón.

- Si es eso lo que cree, mejor será que escuche.

El hombre volvió a sentarse.

- De acuerdo.

Parecía no preocuparle nada. Sus respuestas emocionales parecían alcanzarle lenta e indistintamente, como si se deslizaran a través de algodón.

- ¿Qué desearía usted que hiciese yo? - preguntó ásperamente Starke -. ¿Acogerlo aquí para que viviese conmigo? ¿Cuánto duraría eso? ¿Un mes o dos, un año? Tendría un cadáver entre sus manos, y seguiría aún sin disponer de un hogar. Soy un anciano, Martino o quienquiera sea usted, y debiera haber tenido eso en cuenta si ha estado haciendo planes.

El hombre sacudió la cabeza.

- Y si no es eso lo que desea, entonces sin duda alguna deseará que le ayude en algún trabajo. Rogers dijo que quizá se trataba de eso. ¿Es así? El hombre elevó las manos desesperadamente.

Starke asintió con la cabeza.

- ¿Qué le hace pensar que yo estoy cualificado? ¿Qué le hace pensar que podría trabajar en algo con cuarenta años de adelanto sobre lo que enseñaba en el colegio? ¿Qué le hace pensar que estoy al tanto de los nuevos trabajos en nuestro campo? No tengo acceso a las publicaciones clasificadas. ¿Dónde cree que podríamos conseguir el equipo? ¿Qué le hace pensar que yo pagaría su coste?

- Yo tengo algo de dinero.

- Aun así. ¿Qué cree que ganará con ello si piensa que puede responder a estas objeciones? Esta nación se halla efectivamente en guerra y ni por un momento toleraría un trabajo no autorizado. ¿O no tiene usted el propósito de trabajar en algo importante? ¿Es su intención echar corchos en ratoneras?

El hombre permaneció sentado torpemente, con las manos deslizándose sobre sus muslos.

- Piense en ello.

El hombre levantó las manos y luego las dejó caer. Se inclinó hacia adelante.

- Creía que podía contar con usted.

- Lo ha creído mal. - Starke descartó el tema -. Y ahora... ¿a dónde se va a dirigir desde aquí?

El hombre sacudió la cabeza.

- No lo sé. Verá, había decidido que usted era mi última oportunidad.

- ¿No viven sus padres por aquí cerca? Si es que es usted Martino.

- Han muerto ambos. El hombre alzó la vista - A ellos no les estuvo permitido vivir para ser tan viejos como usted.

- No me odie por eso. Lamento que hayan muerto. Nadie dice que uno deba renunciar alegremente a la vida.

- Me dejaron la granja.

- Muy bien, entonces tiene un hogar en el que vivir. ¿Dispone de coche?

- No. Tomaré el tren.

- Envuelto en esos fantásticos vendajes, ¿eh? Bien, si no desea dormir en el hotel, tome mi coche. Está en el garaje. Puede devolvérmelo mañana. Las llaves están sobre el manto de la chimenea.

- Gracias.

- Devuelva el coche, pero no me visite de nuevo. Lucas Martino era el único estudiante cuyos sesos yo admiraba.

- De manera que no está usted seguro - dijo pesadamente Rogers, que permanecía sentado en la misma silla que el hombre había ocupado la noche anterior.

- No.

- ¿Y no puede hacer una conjetura?

- Pienso en los hechos. Es un hecho que me reconoció. Quizá intentó engañarme. No vi razón alguna en colocarle pequeñas trampas, de forma que no fingí ser otra persona. Mi fotografía ha aparecido varias veces en el periódico local. La última alusión a mi fue en un artículo titulado «Educadores

locales retirados después de un largo servicio». De manera que se hallaba en condiciones de conocer mi nombre. ¿Y debo juzgarle incapaz de una elemental investigación?

- No visitó las oficinas del periódico, mister Starke.

- Mister Rogers, el trabajo de policía es su ocupación, no la mía. Pero si ese hombre es un agente soviético, entonces cabe pensar que le han preparado convenientemente el camino.

- Esa idea ya se nos ha ocurrido a nosotros, mister Starke. No hemos hallado ninguna prueba concluyente de algo como eso.

- La carencia de prueba contraria no establece la existencia de un hecho, mister Rogers, usted da la sensación de ser un hombre que intenta inducir a alguien a tomar la decisión que usted desea.

Rogers se frotó la parte trasera del cuello.

- Muy bien, mister Starke. Muchísimas gracias por su cooperación.

- Me sentía mucho más satisfecho con mi vida antes de que usted y ese hombre viniesen aquí,

Rogers suspiró.

- No es mucho lo que ninguno de nosotros podemos hacer al respecto, ¿verdad?

Se fue, se aseguró de que sus hombres de vigilancia se hallaban adecuadamente situados y emprendió la marcha hacia Nueva York, avanzando por el camino de portazgo a marcha lenta y cautelosa.

La vieja granja de Matteo Martino había permanecido abandonada durante ocho años. Las vallas estaban derribadas y los campos llenos de cizaña. El granero hacía tiempo que había perdido todas sus puertas, y los cristales de todas las ventanas de la casa estaban rotos. En el granero no quedaba ya pintura alguna, y en la casa muy poca. La que había estaba cuarteada, desconchada e inútil. El interior de la casa se encontraba lleno de basura, humedecido por el agua y sucio. Los chiquillos habían penetrado a menudo en ella, a pesar de las patrullas de policía del condado, y escrito mensajes en las paredes. Alguien se había llevado los tubos de plomo de las fregaderas, y alguien había rayado con un cuchillo los pocos muebles que quedaban.

El suelo estaba lleno de canales a los que las aguas de las lluvias habían arrastrado arena lavada. La cizaña había extendido sus duras raíces en la tierra. Alguien había iniciado una pila de hojarasca a lo largo de los restos de la

cerca trasera. Los manzanos que había junto al camino aparecían nudosos y retorcidos, con las ramas rotas.

Lo primero que hizo el hombre fue ocuparse de que le instalaran un teléfono. Empezó a encargarse artículos de Bridgetown, prendas, monos, camisas de trabajo, pesados zapatos, y después herramientas. Nadie puso en duda la legalidad de lo que estaba haciendo: sólo Rogers hubiese podido oponerse a ello.

Los hombres encargados de vigilarle le observaban trabajar. Le veían levantarse al amanecer cada mañana, prepararse el desayuno en la improvisada cocina, salir con el martillo y clavar clavos, cuando era ya demasiado oscuro para que nadie pudiese ver lo que hacía. Le veían clavar estacas y desenrollar alambre de púas, a la par que destruía la cizaña. Le veían colocar nuevas vigas en el granero, trabajando solo. Al principio trabajaba lentamente, y después con mayor y mayor insistencia, hasta que el sonido del martillo parecía como si no fuese a detenerse ni un momento en todo el día.

Quemó todos los viejos muebles y el viejo linóleo de la casa. Encargó una cama, una mesa de cocina y una silla, las colocó en la casa, y ya no se preocupó de otra cosa sino de ir colocando gradualmente nuevos cristales en las ventanas cuando la reconstrucción del granero le daba un momento de respiro. Cuando hizo eso, compró un tractor y un arado. Empezó a limpiar de nuevo las tierras.

No abandonaba jamás la granja. No hablaba a ninguno de los vecinos que trataban de satisfacer su curiosidad. No trataba directamente con el almacén general. Cuando se presentaban los camiones de Bridgetown para traer los encargos que había hecho por teléfono, daba instrucciones para que los descargaran y nunca salía de la casa mientras los camiones se hallaban en el patio.

CAPITULO XII

Lucas Martino permanecía mirando el enmarañamiento de barras colectoras que proporcionaban energía al K-Ochenta y ocho. En el pozo que había debajo del estrecho paso entre las máquinas, oía a los técnicos trabajar en torno al espeso, esférico y aleado tanque. Uno de ellos maldijo agriamente cuando se desgarró el mono en un sobresaliente perno. El tanque estaba lleno de ellos. Los modelos de producción no tendrían sin duda alguna forma aerodinámica ni estarían pulcramente pintados, pero en esa instalación experimental nadie había considerado necesario efectuar acabados superfluos. Excepto quizá aquel técnico.

Mientras él observaba, los técnicos salieron del pozo. El teléfono sonó junto a él, y cuando contestó a la llamada, los hombres que habían revisado el pozo le dijeron que la zona del tanque estaba despejada.

- Muy bien. Gracias, Will, ahora voy, a poner en marcha las bombas.

La parte exterior del tanque comenzó a helarse. Martino marcó el número del capataz de la cuadrilla encargada de la energía.

- Listo para la prueba, Allan.

- Los voy a poner manos a la obra - contestó el capataz -. Tendrá plena energía siempre que lo desee a partir de treinta segundos desde... ahora. Buena suerte, doctor Martino.

- Gracias. Allan. Colgó el teléfono y quedó mirando la vieja pared de ladrillos que había al otro lado de la enorme habitación. Allí había gran abundancia de espacio, pensó. No como en los Estados, cuando trabajó en las escasas configuraciones porque las ecuaciones de Kroenn demostraron que podía hacerlo. Por alguna razón sabía que estaba equivocado, pero no podía demostrarlo. Hubiera tenido que conocer más matemáticas. Claro que sabía bastantes, ¿pero quién podía ponerse a la altura de Kroenn? Recordó que durante semanas se había sentido sumamente encolerizado contra sí mismo al descubrir su propio error.

Eran cosas que sucedían. El mejor de los científicos cometía una equivocación de vez en cuando. Bien, se había necesitado un Kroenn para descubrir la equivocación de Kroenn... Todo aquello había quedado atrás.

Tomó el micrófono que ponía en acción los altavoces y pulsó el botón.

- Prueba.

Su voz retumbó a través del edificio. Depositó el micrófono y puso en marcha la cinta magnetofónica.

- Prueba número uno, K-Ochenta y ocho experimental, configuración dos. - Dio la fecha -. Aplico la energía a... - Miró su reloj - las veintiuna horas, treinta y dos minutos.

Accionó el interruptor y se inclinó sobre la barandilla para mirar en el interior del pozo. El tanque explotó.

CAPITULO XIII

Una vez más fue un verano lluvioso en Nueva York. Un día gris seguía a un día gris, e incluso cuando el sol aparecía, las nubes esperaban en el borde del horizonte. El tiempo parecía haberse hecho malo en todo el mundo. Los vientos cálidos barrían las grandes praderas del Norte, y debajo del ecuador había nieve, y hielo, y nieve y hielo de nuevo. Los océanos nunca permanecían serenos, y de un litoral a otro las olas chocaban contra las escolleras con el duro e incesante golpeteo de una artillería de elevada velocidad. Los icebergs se desprendían de los cabos polares, y los pájaros migratorios volaban más cerca de la tierra. Había tumultos en Asia y violentos incendios en Londres.

Shawn Rogers abandonó Nueva York un fecundo día, las llantas de su coche rechinando sobre el húmedo asfalto. A pesar de que el limpiador de su parabrisa no paraba un instante, el mundo parecía confuso, deslizante e impermanente. Su coche era casi el único que avanzaba por la carretera, meciéndose en agudos vaivenes cuando arremetía contra él las ráfagas de viento. Durante todo el camino hasta el final de New Jersey, la lluvia no cesó de perseguirle.

La carretera secundaria que conducía a la granja le sorprendió por el hecho de que era amplia, estaba bien pavimentada y su superficie era suave. Le fue posible conducir prestando a ese acto tan sólo la mitad de su atención.

«Cinco años, pensó, desde que le vi por última vez. Casi seis desde aquella noche en que cruzó la frontera. Me pregunto, cuáles son sus sentimientos hacia las cosas.»

Rogers recibía diariamente informes, pues los hombres encargados de vigilarle seguían al hombre fielmente. Eran hombres del G.N.A. quienes le entregaban la leche, eran hombres del G.N.A. quienes le traían los rollos de alambre de púa y hombres del G.N.A. los que sudaban en los campos que había delante de su granja. Y cada mes, la secretaria de Rogers le traía un informe pulcramente, mecanografiado de todo cuanto hacía el hombre. Pero aún cuando los leía siempre, Rogers había aprendido a darse cuenta de cuán poco era posible saber con exactitud de un hombre y transferirlo con éxito al papel.

La boca de Rogers se movió cuando apareció en ella una esforzado sonrisa. En su cara había un gesto de cansancio, tal vez porque comenzaba a hacerse viejo. ¿Pero qué otra cosa hubiera podido esperar?

«Me pregunto cómo se tomará las noticias que le traigo.»

Y Rogers hizo girar el coche en torno a la curva, vio la granja que los hombres de vigilancia tan a menudo habían fotografiado para él.

Colocada en un ángulo de la finca, la casa estaba recién pintada y era un blanco edificio de verdes postigos. Había un césped, cuidadosamente recortado y bordeado por setos vivos, y al otro lado del patio de la casa se

alzaba un granero sólidamente construido. En esos momentos se hallaba aparcado delante de él un camión de recogida. Junto a la casa había un huertecito diseñado con geométrica exactitud, y la tierra era negra, acabada de ser limpiada de cizaña y no tenía ni una piedra. Una hilera de manzanos se deslizaban junto al camino, con cada una de las ramas podadas y las hojas resplandecientes bajo el agua de la lluvia. El cercado que había junto a ellos brillaba con su alambre nuevo, todos los postes estaban clavados igualmente rectos y todos los alambres extendidos perfectamente paralelos los unos a los otros. Los campos aparecían muy verdes bajo la lluvia, con profundos canales para conducir el exceso de agua, y en el último extremo de la propiedad los arbustos marcaban el borde de un pequeño arroyo.

Cuando Rogers penetró en el patio y se detuvo, un perro trotó hacia él desde detrás del granero y se detuvo bajo la lluvia, ladrándole.

Rogers se abotonó el impermeable y se subió el cuello. Se alejó del coche, le dio a la portezuela un empujón para cerrarla y corrió a través del patio hacia el porche trasero. Cuando alcanzó su refugio, la puerta que había directamente enfrente de él se abrió, y se encontró a menos de un pie de distancia del hombre que, vistiendo mono, permanecía en el umbral.

Había un cambio visible en la cara. El metal había adquirido una patina hecha de microscópicos rasguños y roces que habían suavizado su lustre y atenuado la agudeza con la que reflejaba la luz. Los ojos eran los mismos, pero la voz era distinta. Era más opaca, más seca, y parecía brotar más lentamente.

- Mister Rogers.

- Hola, mister Martino.

- Entre.

El hombre se apartó a un lado, fuera del umbral.

- Gracias. Debiera haberle llamado primero, pero deseaba estar seguro de que tendríamos una oportunidad de hablar largo y tendido. - Cuando apenas había cruzado la puerta, Rogers se detuvo incómodamente -. Hay algo más bien importante de lo que debemos hablar, si usted me concede su tiempo...

El hombre asintió con la cabeza.

- De acuerdo. Tengo trabajo que hacer, pero supongo que usted puede venir conmigo y hablar. Acabo de preparar algo de comida. Habrá suficiente para los dos.

- Gracias.

Rogers se quitó el impermeable y el hombre lo colgó de un clavo que había junto a la puerta de la cocina.

- Yo... ¿Cómo le van las cosas?

- Perfectamente. La silla está allí. Siéntese, y yo traeré la comida.

El hombre se acercó a una alacena y tomó dos platos.

Rogers se sentó ante la mesa de la cocina y miró rígidamente en torno suyo, porque no sabía qué otra cosa hacer.

La cocina estaba ordenada y limpia. Había cortinas sobre las fregaderas y un linóleo sobre el suelo. No podían verse platos en el escurrerplatos, la fregadera había sido convenientemente refrotada y todo se encontraba en su lugar, cuidadosa y sistemáticamente. Rogers trató de imaginarse al hombre lavando, planchando y poniendo cortinas... haciendo todo ello de acuerdo con un sistema lógicamente concebido, sin malgastar movimientos, tomándose un mínimo de tiempo y tan cuidadosamente como si realizase una serie de pruebas o comprobara la esfera de un osciloscopio. Día tras día, durante cinco años.

El hombre colocó un plato delante de Rogers: patatas hervidas, remolachas y un espeso trozo de solomillo de cerdo.

- ¿Café?

- Gracias. Lo tomaré negro, por favor.

- Como usted quiera.

Se produjo un débil ruido rechinante cuando el hombre colocó la taza con su mano de metal. Después se sentó frente a Rogers y comenzó a comer silenciosamente, sin levantar la cabeza ni detenerse. Evidentemente se sentía impaciente de ingerir la suficiente comida para poder reanudar su trabajo. Rogers no tuvo otro remedio que comer lo más de prisa posible, sin entretenerse a iniciar la conversación. La comida estaba muy bien guisada.

Cuando acabaron, el hombre se levantó y silenciosamente recogió los platos y los cubiertos de plata, los amontonó en la fregadera y vertió sobre ellos agua. Le tendió a Rogers un paño.

- Le agradecería que los secara. De esa manera acabaremos antes.

- Ciertamente.

Permanecieron juntos ante la fregadera y cuando el hombre le tendía un plato o una taza, Rogers los secaba cuidadosamente y los colocaba en el escurrerplatos. Cuando terminaron, el hombre guardó los platos en la alacena, y Rogers comenzó a ponerse el impermeable.

- Le atenderé dentro de un minuto - dijo el hombre.

Abrió un cajón y sacó un rollo de vendajes. Mantuvo un extremo entre los dedos de su mano de metal y cuidadosamente empezó a vendarse el brazo, arrollándose la manga de la camisa. Habiéndose sacado unos impermeables del bolsillo del mono, aseguró los dos extremos. Después extrajo del cajón un bote de aceite y cuidadosamente empapó el vendaje antes de volver a guardarlo todo y cerrar el cajón.

- Es necesario que haga esto - le explicó a Rogers -. Aquí abundan el polvo y la arena, y eso es malo.

- Desde luego.

- Bien, vamos.

Rogers salió con el hombre al patio, y ambos lo cruzaron para dirigirse al granero. El perro corrió junto a ellos, y el hombre se agachó para darle unos golpecitos en el cuello.

- Vuelve a la casa, tonto. Te mojarás. Vamos, Prince. Vamos, muchacho.

El perro olfateó con inseguridad a Rogers, trotó junto a ellos unos cuantos pasos, y después se volvió.

- ¿Prince? ¿Es ése su nombre? Es un perro de bonito aspecto. ¿De qué raza es?

- Es mestizo. Tiene un barril para dormir, detrás del granero.

- ¿No lo tiene en la casa entonces?

- Es un perro guardián. Tiene que estar afuera. Además, no le gusta vivir en la casa. - El hombre miró a Rogers -. Un perro es un perro, ¿sabe? Si el único amigo que un hombre tuviera fuese un perro, eso querría decir que no se llevaba muy a bien con los seres de su propia especie, ¿no?

- Yo no diría exactamente eso. A usted le gusta el perro, ¿verdad?

- Sí.

- ¿Avergonzado de ello?

- Está usted acosándome de nuevo, Rogers.

Este bajó los ojos.

- Supongo que sí.

Penetraron en el granero, y el hombre accionó el interruptor para encender las luces. Había un tractor en el centro del granero, y a su lado podía verse un

bote lleno de aceite de transmisión. El hombre desarrolló un lienzo alquitranado, lo extendió junto al tractor y depositó sobre él las herramientas que había en su interior.

- Tengo que arreglar esta transmisión hoy - dijo -. Este tractor lo compré de segunda mano, y el individuo que lo tenía antes hizo trizas los engranajes. Es necesario que los reemplace hoy, porque mañana tengo que gradar un campo.

Seleccionó una llave inglesa y se deslizó debajo del tractor, arrastrándose sobre la espalda. Empezó a aflojar las tuercas que había en torno al borde de la cubierta de la caja de engranajes, sin prestar una ulterior atención a Rogers.

Este permaneció inseguro frente al tractor, observando al hombre que trabajaba debajo de él. Finalmente, miró en torno suyo para buscar en lo que sentarse. Había una caja colocada contra la pared del granero, se acercó a ella, la cogió y se sentó junto al tractor. Se inclinó hacia adelante hasta que pudo ver la cara del hombre. Pero eso no le sirvió de nada. Aun cuando la caja de engranajes había sido secada por la mañana, todavía goteaba aceite de ella. El hombre trabajaba al tacto, los ojos y la boca estrechamente cerrados, sordo, con el surcos de aceite deslizándose en estrechos regueros a través de su cráneo. Rogers esperó durante diez minutos, observando a las manos del hombre trabajar diestramente en la cubierta, la derecha guiando a la izquierda. Con la llave inglesa desprendía las tuercas, y después la mano izquierda las tomaba con sus duros dedos. Al fin, el hombre, puso a un lado la llave inglesa, localizó sin dificultad el lienzo de las herramientas y dejó caer las tuercas en el interior de la caja de engranajes, y una corredera de apoyo cayó en la mano derecha, que se mantenía a la espera. También la corredera fue a parar al interior de la cubierta, y luego con la mano izquierda comenzó a extraer de sus monturas los engranajes. El hombre salió de debajo del tractor y abrió los ojos.

- Iba a preguntarle... - empezó Rogers.

- Un momento.

Se levantó y llevó los estropeados engranajes a un banco de trabajo, donde maldijo amargamente.

- Un hombre no tiene derecho a comprar maquinaria si no la va a tratar adecuadamente. Esta transmisión se halla muy bien diseñada. No hay ninguna razón en el mundo para que nadie tenga complicaciones con ella. - Su voz era casi quejumbrosa -. Una máquina nunca te decepciona si te tomas la molestia de emplearla convenientemente, si la empleas en los trabajos para los que ha sido construida. Eso es todo. Todo cuanto uno tiene que hacer es comprenderlo. Ninguna máquina es tan complicada que un hombre de mediana inteligencia no pueda comprenderla. Pero nadie lo intenta. Nadie piensa que una máquina es digna de que se la comprenda. ¿Qué es una máquina, después de todo? Sólo unas cuantas piezas de metal. La una exactamente como la otra, y uno siempre puede conseguir otra exactamente igual. Pero le diré algo, mister Rogers...

Se volvió súbitamente, quedando de espaldas a la puerta. La luz se hallaba detrás de él, y Rogers sólo veía su silueta, el cuerpo perdido en los informes y angulares contornos del mono, los hombros cuadrados y la cabeza redonda y sin facciones.

- Incluso así, a las gentes no les gustan las máquinas. Los zoquetes las rompen de todas maneras. Las máquinas no hacen otra cosa sino aquello para lo que están hechas. Se limitan a realizar su trabajo y todas se parecen entre sí... pero algo se puede romper en su interior. Quizá entonces se disponen a no arar tu campo, a no sacar agua del pozo, a arrojarte un pistón. A hacer algo de manera que de miedo y no se toman la molestia de entenderlas, por lo cual las tratan mal, así las máquinas se rompen más de prisa y las gentes confían menos en ellas los fabricantes se preguntan: «¿de que sirve construir buenas máquinas?» Los zoquetes las rompen de todas maneras y construyen un material malo, con lo que son muy pocas las buenas máquinas que hay en el mercado. Y eso es una vergüenza.

Dejó los engranajes en el banco y cogió una caja que contenía la serie de sustitución. Furioso aún, rompió la tapa de la caja, sacó los engranajes y volvió con ellos junto al tractor.

- Mister Martino... - empezó de nuevo Rogers.

- ¿Sí? - preguntó él, depositando en fila los engranajes sobre el lienzo.

Ahora que había llegado el momento de decirlo, Rogers no sabía cómo hacerlo. Pensó en el hombre, cogido en la trampa de su propio casco durante aquellos cinco años, y Rogers no supo cómo expresarse.

- Mister Martino, hay un representante oficial del Gobierno de las Naciones Aliadas con poderes para hacerle a usted una proposición.

El hombre gruñó, cogió el primer engranaje. Y se deslizó debajo del tractor para colocarlo en su lugar.

- Francamente - balbuceó Rogers -, no creo que sepan cómo expresarlo, de forma que me han escogido a mí para que lo hiciese yo, pensando que lo conozco mejor. - Se encogió de hombros -. Pero lo malo es que yo no le conozco.

- Nadie me conoce - replicó el hombre -. ¿Qué desea el G.N.A.?

- Bien, lo que estaba intentando decir es que con toda probabilidad no voy a saber expresarlo convenientemente. No quiero que mis balbuceos influyan negativamente en su decisión.

El hombre hizo un sonido de impaciencia.

- Adelante, hombre.

Después, con infinita suavidad colocó el engranaje en su lugar y tendió la mano para coger el siguiente.

- Bien... usted sabe que en todo el mundo las cosas están volviendo a ponerse tensas.

Se deslizó aún más debajo del tractor, levantó la mano derecha y ayudó a la izquierda a instalar en el lugar exacto el segundo engranaje.

- ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Tomó el último engranaje, lo montó y obligó a la corredera de apoyo a encajar en su posición, moviéndola con tanta firmeza como era necesario y nada más. Sacó las tuercas de la cubierta de la caja de engranajes y empezó a enroscarlas con la mano.

- Mister Martino... el G.N.A. ha reinstituído el programa K-Ochenta y ocho. Les gustaría que usted trabajase en él.

Debajo del tractor, el hombre estiró el brazo para coger la llave inglesa, y sus dedos se deslizaron sobre el aceitoso metal. Se volvió en redondo y probó con el brazo izquierdo. Se produjo un débil tintineo cuando sus dedos se cerraron sobre ella con firmeza, y después otra vez se volvió y empezó a apretar las tuercas.

Rogers esperó, y al cabo de un rato el hombre dijo:

- De manera que Besser ha fracasado.

- Yo no sé nada de eso, mister Martino.

- Ha debido fracasar. Lo siento por él... Realmente creía que estaba en lo cierto. Con los científicos ocurre algo muy raro, ¿sabe usted?... Se supone que son objetivos y despegados y que formulan sus teorías de acuerdo con lo evidente. Pero la pasión de un hombre es la pasión de un hombre, y algunas veces lo pasan muy mal cuando queda comprobado que una idea suya estaba equivocada.

Acabó de colocar la cubierta. Arrastrándose salió de debajo del tractor, dejó la llave inglesa y meticulosamente arrolló el lienzo alquitranado.

- Bien, eso ya está hecho - dijo.

Se puso el lienzo debajo del brazo, se agachó para recoger el bote con el aceite y se aproximó al banco de trabajo, donde depositó las herramientas y cuidadosamente vertió el contenido del bote en un bidón.

De un estante tomó un nuevo bote de medio galón, puso el pitorro en su parte superior y lo llevó junto al tractor, donde abrió el tapón del depósito y vertió sobre la transmisión todo el contenido del bote.

- Ahora estoy seguro de que podré trabajar en ese campo mañana. La tierra tiene que ser removida, ¿sabe usted?, o se quedará costrosa y endurecida.

- ¿No va usted a decir nada sobre si acepta o no la proposición?

El hombre acabó de verter el aceite y volvió a colocar el tapón del depósito. Dejó el bote vacío y subió al sillón del conductor, donde empezó a probar los engranajes, sin mirar a Rogers, hasta que estuvo convencido de que había realizado una buena tarea. Entonces volvió la cabeza.

- ¿Han decidido que soy Martino?

- Creo - contestó lentamente Rogers - que lo que ocurre es simplemente que necesitan mucho a alguien. Creo que consideran que, aun cuando no sea usted Martino, ha sido adiestrado para reemplazarle. Parece... parece que para ellos es MUY importante que el programa K-Ochenta y ocho sea iniciado de nuevo lo más rápidamente posible. Disponen de muchos técnicos competentes. Pero los genios no aparecen a menudo.

El hombre descendió del tractor, cogió la lata de aceite vacía y la llevó al banco. Su brazo vendado estaba negro a causa del polvo del suelo. De debajo del banco cogió una lata de cinco galones, la destapó y empezó a quitarse el vendaje. El agudo olor de la gasolina llenó el olfato de Rogers.

- Estaba preguntándome cómo era que habían adquirido una total seguridad. No puedo imaginar medio alguno de conseguirlo.

Dejó caer el vendaje en la gasolina. Hundiendo ambos brazos en ella, lavó el vendaje y lo colgó de un clavo para que se secase.

- Sería usted vigilado muy atentamente, desde luego. Y probablemente sería mantenido bajo guardia.

- Eso no me importaría. No me importaría que sus hombres estuvieran en torno mío todo el tiempo.

Del fondo de la lata de gasolina sacó una taza de estaño y se regó el brazo, haciéndolo girar y retorciéndolo para tener la seguridad de que quedaban limpias todas las partes sucias. De un estante tomó un cepillo de pelos finos y rígidos y empezó a frotarse el brazo con metódico cuidado, siguiendo una evidentemente vieja rutina. Rogers lo observó, preguntándose una vez más qué clase de cerebro funcionaba detrás de aquella máscara, que no era ni colérica, ni amarga, ni triunfante.

- Pero no puedo hacerlo - dijo el hombre tomando una lata de aceite para comenzar a lubricarse el brazo.

- ¿Por qué?

Rogers tuvo la sensación de haber visto vacilar la compostura del hombre.

Este se encogió de hombros incómodamente.

- No me es posible llevar a cabo ya esa tarea. El vendaje estaba seco, y se arrolló de nuevo el brazo. Evitó los ojos de Rogers.

- ¿De qué está usted avergonzado? - preguntó Rogers.

El hombre se acercó al tractor, como si allí se sintiera más seguro.

- ¿Qué es lo que ocurre, Martino?

El hombre puso el brazo izquierdo sobre el morro del tractor Y quedó mirando a través de las puertas abiertas del granero.

- Aquí llevo una vida muy buena. Trabajo mis tierras y procuro que se encuentren en forma. Lo he arreglado todo. Supongo que sabe usted cómo estaba cuando vine aquí. He tenido que hacer mucho trabajo. He tenido que reconstruirlo todo, Diez años más y ofreceré la forma que yo deseo.

- Para entonces estará muerto.

- Lo sé. Pero no me importa. He pensado ello. La cuestión es... - Su mano dio un ligero golpe al morro del tractor -. La cuestión es que necesito de trabajar. Una granja, todo lo de una granja, se halla siempre en el límite de lo que se desarrolla y lo que se pudre. Trabajas las tierras, produce cosechas, y al hacer eso desgastas las tierras. Tienes que fertilizarla, irrigarla, abonarla con cal, pero la tierra no sabe eso. Tienes que devolverle lo que le arrebatas. Los cercados se pudren, construyes fundamentos que se desmoronan, las lluvias vienen y las pinturas se desconchan, las cosechas son destrozadas por el granizo y comienzan a pudrirse, de manera que es preciso trabajar de firme, cada día, todos los días, y solo para poder vivir un poco mejor que antes. Uno se levanta por la mañana y tiene que reparar todo lo que ha quedado destruido durante la noche. No se puede hacer otra cosa. No puedes pensar en otra cosa. Y ahora ustedes desean que vuelva a trabajar de nuevo en el K-Ochenta y ocho.

De repente su mano golpeó con fuerza el tractor y el ruido del metal formó ecos en el granero. Su voz fue un apagado susurro.

- No soy un físico. Soy un granjero. ¡Ya no puedo realizar ese trabajo!

Rogers respiró hondamente.

- De acuerdo. Iré y se lo diré así a ellos.

El hombre se mostró sereno otra vez.

- ¿Qué va a hacer después de eso? ¿Van a seguir sus hombres vigilándome?

Rogers asintió con la cabeza.

- Tiene que ser así, hasta que lo hayan bajado a la tumba. Lo siento.

El hombre se encogió de hombros.

- Me he acostumbrado. Y en cuanto a las personas que me vigilan, no tengo nada que pueda hacerles daño.

«No, pensó Rogers, ahora es ya inofensivo. Y yo no voy a cesar de vigilarle. Me pregunto si no voy a acabar viviendo en una granja camino abajo.»

¿O es simplemente, que no se atreve a correr el riesgo de reanudar el proyecto K-Ochenta y ocho? ¿O se arriesgará a ello, después de todo, sabiendo que allí no habrá nadie que pueda decirnos que nos engaña?»

La boca de Rogers se retorció. Una vez más, una vez más por milésima vez, formulaba la vieja pregunta. Algo bullía en su sangre y se estremeció. «Seré un anciano, pensó, y siempre creeré que lo sé, pero nunca obtendré una respuesta.»

- Martino - barbotó -. ¿Es usted Martino?

El hombre movió la cabeza, y el metal resplandeció con un apagado nimbo bajo su película de aceite. Durante un momento no dijo nada, mientras su cabeza se movía de un lado a otro como si estuviese mirando algo perdido. Después su mano se aferró con fuerza al tractor, y los hombros se le hundieron. Por un instante en su voz hubo profundidad, como si hubiese recordado algo difícil que hubiera hecho en su juventud.

- No.

CAPITULO XIV

Anastas Azarín elevó el vaso de té templado, con el dedo índice oprimió la cucharilla contra el costado y bebió sin detenerse hasta que el vaso estuvo vacío. Lo dejó en uno de los círculos de viejas manchas que había en el extremo de la mesa, y la cucharilla tintineó. Su ordenanza penetró desde la oficina exterior, tomó el vaso, volvió a llenarlo y lo dejó donde pudiese cogerlo con facilidad. Azarín movió brevemente la cabeza. El ordenanza dio un taconazo, dio media vuelta y abandonó la habitación.

Azarín le observó irse, con una mueca de regocijo en una de las comisuras de la boca, mueca que arrugó toda su cara antes de desvanecerse tan bruscamente como había aparecido. Durante ese breve momento se había transformado: su cara había sido abierta, franca y amistosa. Pero cuando sus rasgos se suavizaron de nuevo, se borró en ellos toda huella del campesino Azarín. Fue posible ver que Azarín se había enseñado a ser durante los años de su ascenso a través del sistema: impersonal, eficaz, inexpresivo como un leño.

Se inclinó para leer el informe semanal sobre la situación en el sector, y su dedo índice sucio de nicotina siguió las palabras, mientras sus labios murmuraban inaudiblemente.

Sabía que se reían de él a causa de su vicio samovar tan pasado de moda. Pero el ordenanza sabía a su vez lo que le sucedería si el vaso quedaba alguna vez vacío. Sabía que bromeaban a causa de la forma en que, leía, pero sabían lo que les sucedería si encontraba errores en su informes.

Anastas Azarín no se había graduado nunca en sus academias. No había escrito nunca en sus pizarras ni había llenado sus cuadernos de notas. Mientras ellos le sacaban brillo a los pantalones de sus uniformes en los bancos de las clases, él trabajaba en compañía de su padre, manejando un hacha y arrastrando los grandes troncos de árboles, a través del sombrío bosque. Mientras ellos hacían sus exámenes de servicio civil, él vigilaba a las cuadrillas de trabajadores, en la taiga. Mientras ellos se inclinaban sobre sus pupitres, él se encontraba en Manchuria, comiendo un mal arroz con los hombrecillos amarillos. Mientras ellos pasaban las veladas en casa de sus esposas, leyendo los periódicos y pensando en el ascenso, él se hallaba en un hospital, muriendo de tifus.

Y ahora tenía mesa despacho de su propiedad, y una oficina de su propiedad, y un ordenanza de mejillas sonrosadas y ojos grandes que le traía té y daba taconazos. No eran ellos quienes podían bromear, sino él. Era él quien podía reír, y no ellos. Ellos no eran nada, y él era comandante de Sector: Anastas Azarín, coronel del servicio secreto soviético. ¡Gospodin Polkovnik Azarín, por favor!. Se inclinó sobre sus informes, murmurando. Nada nuevo. Como de costumbre, los aliados mantenían muy vigilado su sector. Allí estaba Martino, científico americano. ¿Qué hacía en su habitación?

Heywood, el americano, no podía decirlo. Desde su puesto en el Gobierno de las Naciones Aliadas, Heywood, había conseguido organizar las cosas en forma tal que el laboratorio de Martino quedara instalado cerca del sector de Azarín. Pero eso era todo lo más que había logrado hacer. Conocía a Martino, sabía que Martino se hallaba entregado a algo importante que requería una habitación con un techo de veinte pies de altura y ochocientos pies cuadrados de espacio, y a lo que llamaban Proyecto K-Ochenta y ocho.

Azarín frunció el ceño. Estaba muy bien que tuvieran esa fe en la importancia de Martino, ¿pero qué era el K-Ochenta y ocho? ¿De qué servía un nombre vacío? Heywood, el americano, se mostraba muy locuaz con sus datos, pero el hecho era que no había datos. El sistema de seguridad interna del G.N.A. era de tal índole que nadie, ni siquiera Heywood, podía saber mucho de lo que sucedía. Esto en sí mismo era completamente normal, puesto que sucedía otro tanto con el sistema soviético. Pero el hecho era que al fin no sería algún agente secreto de capa y espada, con su flácida piel blanca y sus pequeñas cámaras, quien les entregaría el K-Ochenta y ocho. Sería Azarín, el simple Anastas Azarín, el campesino quien quebraría aquella cosa de la misma manera que un oso destruye a un árbol muerto para hallar la miel.

- Martino tendría que ser interrogado. No había otro método de conseguirlo. Pero a pesar de lo mucho que Novoya Moskva malgastaba su aire a través del teléfono, no existía un medio rápido de conseguirlo. No había personas de confianza en el laboratorio de Martino. Tendría que esperar. Los hombres tendrían que estar preparados a todas las horas, dispuestos a abalanzarse sobre él en alguna calle oscura el día que vagabundeara demasiado próximo a la frontera, si es que esa afortunada circunstancia llegaba a producirse alguna vez. Entonces en tres minutos estaría allí, sería interrogado y sería puesto en libertad, todo ello en cuestión de unos cuantos días, antes de que los aliados pudieran hacer algo. Para entonces los aliados habrían perdido el K-Ochenta y ocho. Y aquel diablo, el americano Rogers, por muy listo que fuese, aprendería al fin que Anastas Azarín era el hombre mejor. Pero hasta entonces, todo el mundo, Azarín, Novoya Moskva, tendría que esperar. Todo se haría en el momento oportuno.

El teléfono que había sobre la mesa comenzó a sonar. Azarín tomó el teléfono.

- Polkovnik Azarín - gruñó.

- Gospodin Polkovnik...

Era uno de sus asistentes. Azarín reconoció su voz y se esforzó en recordar su nombre. Lo recordó.

- ¿Bien, Young?

- Se ha producido una explosión en el laboratorio del científico americano.

- Envíen hombres allí. Apodérense del americano.

- Los hombres han salido ya. ¿Qué haremos después?

- ¿Después? Tráiganlo aquí. No... un momento.. ¿Una explosión, dice? Llévenlo al hospital militar.

- Sí, señor. Confío mucho en que esté vivo, porque ésta, por supuesto, es la oportunidad que tanto esperábamos.

- ¿De veras? Vaya a dar sus órdenes.

Azarín depositó el aparato. Aquello era malo. Era la peor cosa que hubiera podido suceder. Si Martino había muerto, o había quedado tan gravemente herido que sería inútil durante semanas, Novoya Moskva se mostraría intolerable.

Tan pronto como su coche se detuvo delante del hospital. Azarín se apeó de él y ascendió rápidamente por los escalones. Pasó a través de las puertas principales y penetró en el vestíbulo, donde estaba esperándole un doctor.

- ¿Coronel Azarín? - preguntó el pequeño doctor, inclinándose ligeramente desde la cintura -. Soy el doctor Kothu. Ya me perdonará... pero no me es posible expresarme con facilidad en su idioma.

- Yo domino bastante el suyo - dijo con agrado, Azarín, anticipándose a la sonrisa de agradecimiento que apareció en la cara del hombrecillo. Cuando la vio, se sintió aún mejor dispuesto hacia el doctor -. Y bien... ¿dónde está el hombre?

- Por aquí, por favor.

Kothu se inclinó una vez más y le condujo hacia el ascensor. Una breve sonrisa se extendió por la cara de Azarín cuando le siguió. Siempre se sentía complacido cuando el Anastas Azarín de aspecto tan simple demostraba ser tan culto como cualquiera que hubiese pasado varios años en las universidades. Era algo de lo cual podía sentirse orgulloso el que hubiese aprendido ese idioma mientras se arrancaba de las piernas sanguijuelas en el pantano de una jungla, en lugar de en el libro de algún profesor.

- ¿Ha resultado muy herido el hombre? - le preguntó a Kothu en el momento en que salían a otro, pasillo.

- Mucho. Ha estado muerto durante unos momentos.

Azarín volvió la cabeza bruscamente hacia el doctor.

Kothu asintió con cierto orgullo.

- Ha muerto en la ambulancia. Afortunadamente, la muerte no es ya permanente bajo ciertas circunstancias.

Condujo a Azarín a una ventana de cristal instalada en la pared de una habitación con baldosas blancas. Adentro, cubierto aún con los desgarrados restos de sus prendas, increíblemente ensangrentado, un hombre yacía en medio de un revoltijo de aparatos.

- Ahora se halla completamente a salvo - explicó Kothu -. Vea ahí el autoeyector, extrayendo su sangre, y el riñón artificial que la purifica. En este costado de aquí están los pulmones artificiales.

Las máquinas estaban congregadas al azar, en los lugares a donde habían sido traídas apresuradamente desde sus acostumbradas posiciones contra las paredes. Los doctores y las enfermeras se hallaban reunidos en torno a ellos, revisando cuidadosamente su funcionamiento, mientras que otros doctores se ocupaban del hombre, uniendo vasos sanguíneos rotos y aplicando compresión a su hombro izquierdo sin brazo. Mientras Azarín observaba, los ordenanzas comenzaron a colocar las máquinas en un orden sistemático. La emergencia había terminado ya. Las cosas tomaban un curso rutinario. Una enfermera miró su reloj, echó una ojeada a un estante donde una botella se vaciaba de sangre y la substituyó por una llena.

Azarín frunció el ceño para ocultar su nerviosismo. Le estaba resultando bastante difícil mantener su mirada sobre aquella monstruosa escena. Después de todo, un hombre estaba hecho de tal manera que las cosas de su interior se hallaban decentemente ocultas bajo su piel. Al mirar a un hombre no se veían a los viscosos órganos realizar su repugnante trabajo de mantenerlo vivo y real. Ver a un hombre de aquella manera, abierto, en canal, mientras seres misteriosa y pavorosamente cultos como Kothu tiraban de las húmedas cosas que rellenaban la suave y hermosa piel... Azarín se arriesgó a echar una ojeada de soslayo al pequeño doctor amarillo. Kothu podía hacer aquellas abominables cosas tan sencillamente como aquellos otros doctores. Anastas Azarín podía yacer allí de aquella manera, terriblemente expuesto, para que hombres como Kothu le profanaran a placer.

- Eso está muy bien - gruñó, - pero a mí no me es de utilidad. ¿No puede hablar?

Kothu sacudió la cabeza.

- Su cabeza ha quedado aplastada, y ha perdido buen número de sus órganos sensoriales. Pero esto es sólo un equipo de emergencia, tal como el que hallará en cualquier hospital de accidentes. Dentro de dos meses estará como nuevo.

- ¿Dos meses?

- Coronel Azarín, le pido que considere que lo que yace sobre esa mesa apenas es un hombre.

- Sí... sí, por supuesto, debo sentirme afortunado por haberme apoderado de él. Supongo que podrá ser trasladado, ¿verdad? ¿Al gran hospital de Novoya Moskva, por ejemplo?

- Eso podría matarle.

- Azarín asintió con la cabeza. Bien, dentro de lo malo, había algo bueno. Ahora ya no habla duda de que a Martino no podrían arrancarlo de sus manos. Sería Anastas Azarín quien lo haría... Anastas Azarín quien sacaría la miel del árbol.

- Muy bien... haga todo cuanto pueda. Y de prisa.

- Por supuesto, coronel.

- Si necesita algo, venga a mí. Se lo daré.

- Sí, señor. Gracias.

- No hay nada por lo cual tenga que darme las gracias. Deseo a este hombre. Usted hará su mejor trabajo para que yo pueda conseguirlo.

- Sí, coronel.

El doctor Kothu se inclinó ligeramente desde la cintura. Azarín asintió con la cabeza y se alejó por el pasillo abajo hacia el ascensor, sus botas repiqueteando contra el suelo.

Abajo encontró a Young, que acababa de llegar con una escuadra de soldados del servicio secreto soviético. Azarín le dio detalladas instrucciones para que pusiera una guardia y ordenó que la sala de accidentes del hospital quedara sellada. Estaba ya muy atareado pensando en las formas en que se podría propagar esa historia. Los hombres de la ambulancia tendrían que ser mantenidos callados, podía hablar, el personal del hospital también, incluso algunos de los pacientes podían llegar a advertir lo que ocurría. Todos estos riesgos tenían que ser eliminados. Azarín se dirigió a su coche, consciente de lo muy complejo que era su trabajo, de la mucha habilidad que necesitaba un hombre para realizarlo adecuadamente, y de lo inevitablemente que Rogers, el americano, llegaría más pronto o más tarde a convertirlo todo en nada.

Cinco semanas transcurrieron. Cinco semanas durante las cuales Azarín no pudo hacer nada, y durante las cuales Martino no supo nada.

Cada vez que Martino trataba de enfocar los ojos, algo giraba muy suavemente en sus senos frontales. Intentaba comprender eso, pero se sentía muy débil y como desprovisto de huesos, Y la sensación era tan desconcertante que permaneció despierto una hora antes de poder ver.

Durante esa hora yacía inmóvil, escuchando, advirtiendo que tampoco los oídos le funcionaban adecuadamente. Los sonidos avanzaban Y retrocedían con demasiada celeridad; se encontraban súbitamente aquí y después allí. La cara de dolía ligeramente cuando cada nueva vibración le alcanzaba los oídos, casi como si retumbaran ante los sonidos que oía.

En su boca había alguna clase de aparato. Su lengua sentía la dura suavidad del metal y la calidad resbaladiza del plástico. «Un entablillado», pensó. «He debido romperme la mandíbula.» La probó y le funcionó bien. Pensó que debía tratarse de alguna especie de entablillado de tracción.

Fuera lo que fuese, impedía que sus dientes se encontraran. Cuando cerraba las mandíbulas, no sentía sino presión y resistencia, y no el endentamiento que se producía al unirse los dientes.

Las sábanas eran cálidas y ásperas, y el pecho lo tenía oprimido. El vendaje lo notaba apelmazado a través de la espalda. El hombro derecho le dolía bastante cuando intentaba moverlo, pero lo movía. Abrió y cerró los dedos de la mano derecha. Bueno. Probó su brazo izquierdo. Nada. Malo.

Yació tranquilamente durante un rato, y al final tuvo que aceptar el hecho de que su brazo había desaparecido. Después de todo, era diestro, y si el brazo era la única cosa que había desaparecido, podía considerarse afortunado. Continuó probando, elevando las caderas cautamente, flexionando los muslos, moviendo los dedos de los pies. No había parálisis.

Había tenido suerte, y ahora se sentía mucho mejor. Probó de nuevo sus ojos, y aunque las sombras continuaron girando, esta vez pudo enfocarlos. Alzó la vista y vio un techo azul, con una luz azul brillando en el centro. La luz le preocupó, y al cabo de un momento se dio cuenta de que no parpadeaba, de manera que parpadeó deliberadamente. El cielo y la luz se volvieron amarillos. Había habido una peculiar desviación a través de su campo visual. Miró hacia sus pies. Sábanas amarillas, colcha blanco amarillenta, paredes amarillas con una franja marrón desde el suelo a la altura del hombro. Parpadeó otra vez, y la habitación se quedó oscura. Miró hacia el techo y apenas vio un débil resplandor en el lugar donde había estado la luz, como si mirase a través de lentes ahumados.

No podía sentir la textura de la almohada contra su cuello. No podía olfatear el olor de un hospital. Parpadeó una vez más y la habitación se aclaró. Miró de lado a lado, y en los bordes de su visión, apenas a la vista y muy próximos a sus ojos, vio dos cortes curvados hacía adentro en lo que parecía ser platino. Era como si su cara estuviese oprimida a la hendidura de la puerta de una celda de confinamiento. Levantó la mano derecha para tocarse la cara.

Cinco semanas... en las cuales Martino no supo nada y durante las cuales Azarín no consiguió realizar nada.

Azarín sostuvo con una mano el aparato telefónico y abrió con la otra la caja de sándalo ataraceado. Seleccionó un cigarrillo con emboquillado dorado y se puso el extremo en un ángulo de la boca, donde no pudiera estorbarle. En su mesa había una perpetua caja de fósforos, y tiró del fósforo e sobresalía. Quedó libre, pero el estirón había sido demasiado irregular y no arrancó una conveniente chispa del pedernal de la caja. El fósforo no llegó a encenderse, lo

arrojó a la caja, tiró de él nuevamente y otra vez no consiguió encenderlo. De un manotazo lanzó la caja al cesto de los papeles, abrió un cajón de su mesa encontró verdaderos fósforos y encendió el cigarrillo. El labio se curvó con firmeza para sostener el cigarrillo y poder hablar al mismo tiempo.

- Sí -, señor. Me doy cuenta de que los aliados están ejerciendo sobre nosotros gran presión para que les devolvamos a su hombre.

La conexión con Novoya Moskva era muy deficiente, pero no elevó la voz. En lugar de ello, la bajó, dándole una cualidad dura y mecánica, como si estuviese hablando a base de fuerza de voluntad. Maldijo silenciosamente ante la rapidez con que Rogers había localizado a Martino. Una cosa era negociar con los aliados cuando era posible decir que no se tenía conocimiento de un tal hombre. Otra completamente distinta cuando podían replicar dando el nombre de un específico hospital. Eso quería decir tiempo perdido que hubiera podido ser aprovechado, y la verdad era que tenían gran carencia de tiempo. Pero hasta entonces no habían conseguido mantener oculto a Rogers nada importante.

Muy bien, así era como se habían desarrollado las cosas. Sin embargo, mientras tanto había que atender a aquellas llamadas telefónicas.

- Los cirujanos no habrán completado su operación hasta mañana por lo menos. A mí no me será posible interrogar al hombre hasta quizá dos días después. Sí, señor. Sugiero que del retraso son responsables los cirujanos. Dicen que debemos considerarnos afortunados por el hecho de que el hombre viva, y que todo cuanto están haciendo es absolutamente necesario. La situación de Martino era muy grave. Cada una de las operaciones ha sido extremadamente delicada, y me han informado que los tejidos nerviosos se regeneran muy lentamente, incluso empleando los métodos más modernos. Sí, señor. En mi opinión el doctor Kothu tiene una enorme pericia. Esta opinión ha quedado confirmada por la copia del certificado que me han enviado del cuartel general.

Azarín sabía que en este aspecto se estaba arriesgando un poco. El cuartel general podía llegar a decidir intervenir en el asunto tanto si tenían una razón ostensible como si no, pero creía que esperarían durante un tiempo. Su propio personal había escogido a Kothu y a los demás médicos del equipo del hospital local, puesto que era un establecimiento militar. Vacilarían en intervenir directamente. Y sabían que Azarín era uno de sus mejores hombres. En el cuartel general no se reían de él. Conocían su hoja de servicios.

No, no podía permitirse jugar con sus superiores. Era peligroso practicar una tal cosa, tratándose de un hombre que algún día se encontraría entre los superiores y hacía todos los méritos posibles para ello.

- Sí, señor. Dos semanas

Azarín mordió el extremo del cigarrillo, y él vacío filtro de cartón envuelto en papel dorado. quedó aplastado. Empezó a masticarlo ligeramente, absorbiendo el humo a través de los dientes.

- Sí, señor. Me doy cuenta de que la demora es bastante grande ya. Tendré muy presente la situación internacional.

Bueno. Le iban a dejar seguir adelante. Por un momento, Azarín fue feliz.

Después su mente reparó en el hecho de que no tenía aún idea alguna de cómo iba a iniciar su interrogatorio, de que no había establecido ni siquiera la primera base.

Azarín frunció el ceño. Preocupado, dijo:

- Adiós, señor.

Depositó el teléfono, y permaneció sentado con los codos sobre la mesa, inclinado hacia adelante el cigarrillo, sostenido entre el dedo pulgar e índice de su mano derecha.

Sabía que era muy bueno en su trabajo. Pero hasta entonces jamás se había encontrado precisamente en esas condiciones. Pero tampoco se había encontrado en ellas Novoya Moskva, y eso era una ayuda, pero no era ayuda alguna con respecto al problema directo.

Esas temporales detenciones normalmente eran solucionadas bastante bien. En un breve espacio de tiempo, al hombre se le arrancaba diplomáticamente todo cuanto estuviese dispuesto a decir. Usualmente, esto era muy poco. De vez en cuando, se le arrancaba más. Pero siempre el hombre era devuelto lo más de prisa posible. Excepto en los casos en los que era deseable agitar a los aliados por algún más importante propósito, lo mejor era siempre no fastidiarlos. Si se velan disgustados por algo como eso, los aliados podían recurrir a extraordinarios medios de represalia, y entonces nadie podía predecir qué otras estrategias podían frustrar con sus contramovimientos. Igualmente, había ciertos métodos que era preferible no emplear con sus hombres. Devolver a un hombre en malas condiciones invariablemente tenía como consecuencia que las cosas resultaran difíciles durante meses después.

De forma que usualmente no transcurrían más de un día o dos antes de que un hombre fuese devuelto a los aliados. En esos casos, Rogers tardaba un día o dos en descubrir de cuánto había conseguido enterarse Azarín. Era inevitable. Si unas veces Azarín conseguía enterarse de algo útil, Rogers lo neutralizaba en seguida.

En opinión de Azarín, todos esos asuntos eran una penosa pérdida de tiempo y energía.

Pero ahora, con ese Martino, ¿qué tenía? Tenía a un hombre que había inventado algo llamado K-Ochenta y ocho, un hombre de elevada pero indocumentada reputación. Una vez más, Azarín maldijo a las circunstancias de los tiempos en los que vivía. Una vez más fue coléricamente consciente del hecho de que correspondía a un profesional como él remediar lo que tan estúpidamente llevaban a cabo los aficionados como Heywood.

Azarín miró furioso la superficie de su mesa. Y, naturalmente, Novoya Moskva se negaba a obrar como si una tal cosa fuese básicamente culpa suya. Simplemente le acosaban a él para que les ofreciese resultados. Después de todo, ¿no era un jefe del servicio secreto? ¿Por qué tenía que ser ara él tan difícil? ¿Por qué había permitido que transcurrieran cinco semanas?

Siempre ocurría lo mismo cuando había que tratar con los burócratas. En fin de cuentas, ellos tenían libros. Los libros les habían enseñado cómo eran hechas las cosas. De forma que las cosas eran hechas como habían sido hechas en 1914 y en 1941, cuando los libros fueron escritos.

Nadie sabía nada sobre aquel hombre, excepto que había inventado algo. En sus archivos no tenían sobre él otros datos que los correspondientes a su período de estudiante en la academia técnica de Cambridge, Massachussets. Maldiciendo, Azarín lamentó que el S.S.S. no tuviese en realidad algunos de los superhombres que le atribuían los estudios cinematográficos: los audaces y sobrenaturales inteligentes agentes que se las ingeniaban para pasar a través de muros de cemento, para entrar en cajas fuertes, llenas de secretos aliados ordenados alfabéticamente y convenientemente impresos en caracteres cirílicos. Le hubiese agradado mucho tener uno o dos de esos agentes entre sus hombres, para saber que cualquier información que le trajesen sería completamente exacta, correctamente interpretada, lo que querría decir que no tendría que ser confirmada por otros agentes, y que además estos otros agentes no ofrecerían la dificultad de ser sospechosos de haberse sometido a los medios subversivos de Rogers. Tales agentes existían, desde luego. Pero inmediatamente se convertían en profesores y oficiales, porque su número era muy reducido.

De forma que ese Martino había estado protegido por las acostumbradas medidas de seguridad comunes a ambos bandos. Azarín había planeado añadir algún día el K-Ochenta y ocho al siempre incompleto y usualmente anticuado mecanismo de información, que era el mejor que nadie podía concebir. Pero no había planeado que sucediese de esa manera.

Ahora tenía al hombre. Hacía ya cinco semanas que se hallaba en su poder. Le tenía gravemente herido, y sería el objeto de una buena cause célebre si no volvía pronto a las manos de los aliados. Era un hombre que parecía extremadamente valioso, aunque podía llegar a no serlo; un hombre que tenía que ser devuelto lo más pronto posible y a la par mantenido todo lo más posible, y con el que nada podía ser hecho inmediatamente.

Era una situación que rozaba los límites de lo cómico en algunos de sus aspectos.

Azarín acabó de fumarse el cigarrillo y aplastó la colilla en el cenicero. La situación se hallaba muy lejos de ser desesperada. Someramente había establecido ya los contornos de un plan, y continuaba trabajando en él. Daría resultados.

Pero Azarín sabía que Rogers era casi inhumanamente inteligente. Sabía que Rogers sería plenamente consciente de la situación con la que iba a tener que enfrentarse. Y a Azarín no le agradaba la idea de que Rogers pudiese reírse de él.

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta de la habitación de Martino. Él bajó la mano lentamente y la depositó junto a su costado. La enfermera desapareció, y un momento después penetró un hombre con una bata blanca y la cabeza cubierta con un tejido blanco también.

Era un hombrecillo de cabello ondulado y piel olivácea, anchos dientes en forma de escoplo y mandíbulas nudosas, quien sonrió alegremente al tomarle el pulso a Martino.

- Me alegra mucho verle despierto. Mi nombre es Kothu, y soy el doctor que le atiende. ¿Cómo se siente?

Martino movió la cabeza lentamente de lado a lado.

- Ya veo. Era algo que tenía que ser hecho irremediablemente. Era muy poca la estructura craneal que quedaba, y los órganos sensoriales estaban muy destruidos. Afortunadamente, la naturaleza del accidente consistió en graves quemaduras de la carne que no expusieron su tejido cerebral a un prolongado calor, y eso se vio seguido por una lenta oleada de choque concusionario que aplastó su cráneo sin astillarlo. Ya sé que esto no es agradable de oír, pero de todos los posibles males, es el mejor. Me temo que el brazo fue seccionado por un fragmento metálico. ¿Quiere usted hablar, por favor?

Martino alzó la vista para mirarle. Estaba aún avergonzado del grito que había hecho venir a la enfermera. Intentó imaginar el aspecto que debía ofrecer, visualizar los mecanismos que evidentemente habían reemplazado a muchos de sus órganos, y no pudo recordar exactamente cómo había producido el grito. Trató de reunir aire en los pulmones para llevar a cabo el esfuerzo de hablar, pero sólo experimentó una girante sensación debajo de las costillas, como si una rueda o el impulsor de una turbina girasen allí.

- El esfuerzo es innecesario - dijo el doctor Kothu -. Simplemente hable.

- Yo...

No sintió diferencia alguna en la garganta. Había creído que encontraría las palabras temblando a través del vibrador de una laringe artificial. En lugar de ello, era su vieja voz. Pero su caja torácica no se hundía sobre desinchados pulmones y su diafragma no expelía aire. El hablar no requería esfuerzo alguno, como si se tratara de un sueño, y tuvo la sensación de que podría hablar sin detenerse durante días y días enteros, para siempre.

- Yo... Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro. Do, re, mi, fa, sol, la, si, do.

- Gracias. El resultado es muy agradable. Dígame, ¿me ve claramente? Cuando me retiro y me muevo, ¿sus ojos me siguen y se enfocan con facilidad?

- Sí.

Pero los servomotores zumbaban en su cara, y deseaba levantar la mano para amasarse el puente, de la nariz.

- Muy bien. Bueno, ¿sabe usted que lleva aquí todo un mes?

Martino sacudió la cabeza. ¿No había nadie intentado recuperarlo? ¿O creían que había muerto?

- Ha sido necesario mantenerle bajo sedación. Espero que se dé cuenta del alcance del trabajo que teníamos que hacer.

Martino movió el pecho y los hombros. Se sentía un tanto torpe en su interior, como si su pecho fuese una bolsa que hubieran llenado de piedras.

- Hemos hecho una gran cosa - dijo el doctor Kothu, con tono justificadamente orgulloso -. Diría que el doctor Verstoff realizó una gran tarea al cráneo, el cráneo protético. Y los doctores Ho y Jansky son quienes se han encargado de conectar los órganos sensoriales protéticos con los adecuados centros cerebrales, de la misma manera que los médicos técnicos Debrett, Fonten y Wassil se han ocupado de los complejos renales y respiratorios. En cuanto a mí mismo, tengo el honor de haber desarrollado el método de la regeneración de los tejidos nerviosos. - Su voz se atenuó un poco -. ¿Tendrá usted la amabilidad de mencionar nuestros nombres cuando regrese al otro lado? No conozco su nombre - se apresuró a añadir -, ni intento conocer su origen, pero hay ciertas cosas que un médico profesional puede percibir. En nuestro lado, aplicamos tres vacunas antivariólicas en el brazo derecho. En cualquier caso... - Kothu parecía definitivamente confuso ahora -. Lo que hemos hecho aquí es completamente nuevo y muy sobresaliente. Y en nuestro lado no publican ahora tales cosas.

- Lo intentaré.

- Gracias. En nuestro lado son muchas las grandes cosas que son hechas por muchas personas. Y los de su lado no lo saben. Si lo supieran, ustedes se pasarían mucho más de prisa a nuestro bando.

Martino no dijo nada. Transcurrió un incómodo momento, y después el doctor Kothu dijo:

- Debemos tenerle preparado. Una cosa queda por hacer, y la haremos del mejor modo posible. Se trata del brazo. - Sonrió como lo había hecho al entrar - . Llamaré a las enfermeras, y ellas le prepararán. Le veré de nuevo en el anfiteatro de operaciones, y cuando hayamos acabado, estará usted como nuevo.

- Gracias doctor.

Kothu se fue, y las enfermeras penetraron.

Eran mujeres vestidas con blancos uniformes muy almidonados y cubiertas con unas tocas que les ocultaban por completo el cabello. Sus caras eran un poco bastas de piel, pero claras, y carecían de expresión. Los labios los mantenían oprimidos, tal como les habían enseñado a mantenerlos las tradiciones de sus academias, y no los llevaban pintados. Porque en ellas no se advertía ninguno de los indicios comunes a las mujeres de las culturas aliadas, era imposible adivinar su edad y obtener una exacta respuesta. Le desvistieron y le lavaron sin hablarse entre sí ni dirigirle a él la palabra. Le quitaron los vendajes del hombro izquierdo, pintaron la zona con un germicida de color, volvieron a poner un vendaje esterilizado y lo colocaron en una camilla de ruedas que una de ellas había introducido en la habitación.

Trabajaban con completa competencia, sin malgastar movimientos y dividiéndose perfectamente el trabajo; eran un equipo que se había elevado sobre la carne y más allá de toda pericia, menos una, la cual la habían desarrollado tanto en la perfecta práctica de su arte que no importaba si Martino estaba allí o no.

Martino permaneció pasivamente silencioso, observándolas sin hacer nada para estorbar sus movimientos, y ellas le manejaron como si fuese un maniquí para hacer prácticas con él.

Azarín recorrió el pasillo hacia la habitación de Martino, acompañado por Kothu, que caminaba junto a él.

- Sí, coronel, aunque realmente no está aún fuerte, ahora es sólo cuestión de suficiente reposo. Todas las operaciones han constituido un gran éxito.

- ¿Puede hablar mucho?

- Hoy no, quizá. Depende del tema de la discusión, por supuesto. Un excesivo esfuerzo sería perjudicial.

- Eso lo decidirá en gran medida él mismo. ¿Está aquí?

- Sí coronel.

El pequeño doctor abrió ampliamente la puerta, y Azarín pasó a través de ella.

Se detuvo como si alguien le hubiese clavado una bayoneta en el vientre. Contempló con fijeza la increíble cosa que había en la cama.

Martino se hallaba mirándole, con las sábanas en torno al pecho. Azarín pudo ver el oscuro agujero donde estaban sus ojos, atisbando desde el metal. El brazo sano se hallaba debajo de las sábanas. El izquierdo yacía a través de su regazo, como la garra de un ser procedente de la luna. La criatura no dijo nada, no hizo nada. Permaneció en la cama mirándole.

Azarín fulminó con la mirada a Kothu.

- Usted no me había dicho que tenía este aspecto.

El doctor se sintió aplanado.

- ¡Naturalmente que se lo he dicho! Lo he descrito cuidadosamente las aplicaciones protéticas. Le he asegurado que eran perfectamente funcionales, maravillas de ingeniería, aunque no especialmente cosméticas. Usted lo ha aprobado.

- Usted no me había dicho que ofrecía este aspecto - gruñó Azarín -. Y ahora presénteme.

- Desde luego - dijo nerviosamente el doctor Kothu. Se volvió hacia Martino -, Este señor es el coronel Azarín. Ha venido aquí para observar su situación.

Azarín se obligó a acercarse a la cama. La cara se le arrugó en una sonrisa.

- ¿Cómo está usted? - preguntó en inglés, tendiendo la mano.

La cosa que yacía en la cama se la estrechó con su mano sana.

- Me siento mejor, gracias - Contestó neutralmente - ¿Cómo está usted?

Su mano, al menos, era humana. Azarín la estrechó cálidamente.

- Bien, muchas gracias. Querrá hablar. Doctor Kothu tráigame una silla por favor. Me sentaré aquí, y hablaremos. - Esperó a que Kothu colocara la silla -. Gracias. Ahora puede irse. Le llamaré cuando desee irme.

- Desde luego, coronel. Buenas tardes, señor -, dijo Kothu a la cosa que yacía en la cama, y se fue.

- Ahora, doctor en ciencias Martino, hablaremos - dijo con agrado Azarín, tras haberse instalado en la silla -. He estado esperando a que se recuperara usted. Espero no estar molestándole, señor, pero comprenderá que hay cosas que aguardan: informes que completar, documentos que rellenar, y así sucesivamente. - Sacudió la cabeza -. Papeleo, señor. Siempre papeleo.

- Desde luego - dijo Martino, y a Azarín le resultó difícil atribuir aquella voz perfectamente. normal a la fea cara -. Supongo que los de mi bando han estado fastidiando a los de su bando para que yo sea devuelto, y eso significa tener que escribir muchísimos papeles, ¿no es así?

«Es inteligente», pensó Azarín. «Desde el primer momento ha intentado descubrir si los suyos han ejercido mucha presión. Bien, si el tono de voz de Novoya Moskva quiere decir algo, la han ejercido de firme.»

- Siempre hay papeleo - repitió sonriente -. Comprenderá usted que soy responsable de este sector y que mis jefes desean informes.

«De forma que ahora puede conjeturar cuanto desee», se dijo.

- ¿Se siente cómodo? Espero que todo esté a su entera. satisfacción. Comprenderá que, como coronel al mando de este sector, he ordenado que le prestaran a usted la mejor atención médica.

- Me siento muy cómodo, gracias.

- Estoy. seguro de que usted, como doctor en ciencias, ha debido quedar más impresionado por este trabajo que yo, puesto que no soy sino un simple soldado.

- Mi especialidad es electrónica, coronel, no servomecánica.

«Ah. De forma que ya hemos dejado aclaradas las cosas...»

Bien, no tan aclaradas, pensó furiosamente Azarín, pues Martino no había ofrecido aún signo alguno de que fuera a ser útil. Después de todo, poco importaba que Martino no hablase mucho.

Aquellas primeras conversaciones raramente eran muy productivas en sí mismas. Pero establecían el tono de todo cuanto seguía después. Fue entonces cuando Azarín decidió qué tácticas debían emplear contra aquel hombre. Azarín sabía que tendría que medirse con Martino.

¿Pero cómo podía nadie saber lo que pensaba aquel hombre, cuando su cara era la cara de una bestia de metal, una cosa tallada, inmóvil, sin signos de ninguna especie? ¡En ella no había cólera, ni temor, ni indecisión... ni debilidad!

Azarín frunció el ceño. Sin embargo, al final, ganaría él. Lograría penetrar detrás de aquella máscara, y se haría con el dominio de todos sus secretos.

Si disponía de tiempo, se recordó. Habían transcurrido ya seis semanas. Seis semanas. ¿Hasta qué punto se mostrarían pacientes los aliados? ¿Hasta qué punto se arriesgaría Novoya Moskva a abusar de esa paciencia?

Casi fulminó con la mirada al hombre. Era culpa suya que aquel increíble asunto se hubiera producido.

- Dígame, doctor Martino - repuso -, ¿no se pregunta por qué está aquí, en uno de nuestros hospitales?

- Supongo que porque ustedes se anticiparon a nuestros equipos de rescate.

Estaba empezando a resultar claro para Azarín que aquel Martino tenía el propósito de no facilitarle las cosas para entrar en materia.

- Sí - sonrió - ¿pero no cree usted que su gobierno aliado poca haber tomado mejores precauciones de seguridad? ¿No debieran haber tenido más cerca los equipos?

- Me temo que nunca he pensado en eso demasiado.

Ya. El hombre se negaba a decirle si el K-Ochenta y ocho era considerado normalmente un ingenio susceptible de explotar al azar o no.

- ¿Y en que ha pensado usted, doctor en ciencias?

La figura que yacía en la cama se encogió de hombros.

- En nada. Espero a salir de aquí. Hace bastante tiempo que me tienen aquí, ¿verdad? No creo que puedan retenerme por mucho más tiempo.

Ahora la cosa estaba intentando deliberadamente enfurecerle. A Azarín no le agradaba que le recordaran las semanas malgastadas.

- Mi querido doctor en ciencias, es usted libre de irse casi tan pronto como lo desee. - Eso es... exactamente. Casi.

Bien. La cosa comprendía perfectamente la situación, y no se sometería, de la misma manera que su rostro no quedaría bañado en el sudor del miedo.

Azarín se dio cuenta de que las palmas de sus manos estaban humedecidas.

De repente, se levantó. No era conveniente continuar aquello por más tiempo. La base había quedado establecida, el propósito de la conversación

había sido realizado, no se podía hacer nada más y para él era cada vez más difícil poder estar por más tiempo con aquel monstruo.

- Tengo que irme. Hablaremos de nuevo. - Azarín se inclinó -. Buenas tardes, doctor en ciencias Martino.

- Buenas tardes, coronel Azarín.

Azarín volvió a colocar contra la pared la silla y salió.

- He acabado por hoy - le dijo gruñonamente al doctor Kothu, y regresó a su oficina, donde se sentó para empezar a tomar té, mirando con el ceño fruncido al teléfono.

El doctor Kothu penetró, le examinó y se fue. Martino yacía de espaldas en la cama, pensando.

Azarín iba a ser difícil de tratar, se dijo, si disponía del tiempo suficiente para tener la oportunidad de imponer su temperamento. Se preguntó cuánto tardaría el G.N.A. en arrancarle de sus manos.

Pero, por el momento, la mayor preocupación de Martino era el K-Ochenta y ocho. Había decidido ya qué improbable combinación de factores había provocado la explosión. Ahora, como había estado haciendo durante las últimas horas, comenzó a pensar en nuevos medios de absorber la aterradora merma de calor que se desarrollaba el K-Ochenta y ocho.

Comprobó que sus pensamientos derivaban de eso hacia lo que le había sucedido a él. Elevó su nuevo brazo y lo miró con fascinación antes de abandonar el tema. Dejó caer el brazo junto a él, fuera de su campo visual, y sintió el choque contra el colchón.

«¿Durante cuánto tiempo voy a permanecer en este lugar?», pensó. Kothu le había dicho que abandonaría pronto la cama. «¿De qué me servirá eso si tienen la intención de mantenerme indefinidamente en este lado de la frontera?»

Se preguntó cuánto era lo que los soviéticos sabían sobre el K-Ochenta y ocho. Probablemente lo suficiente para hacer todo lo posible para retenerlo y arrancarle los datos. Si no hubiesen sabido nada, no habrían ido a buscarlo. Si hubiesen sabido lo bastante para usarlo de nuevo, no se habrían molestado.

Se preguntó durante cuánto tiempo se mostrarían los soviéticos dispuestos a insistir antes de decidirle a renunciar. Uno oía toda clase de historias. Probablemente las mismas historias que los soviéticos oían sobre el G.N.A.

De repente se dio cuenta de que estaba asustado. Asustado por lo que le había sucedido, por lo que Kothu había hecho para salvarle, por la idea de que

los soviéticos podían llegar a arrancarle algo sobre el K-Ochenta y ocho, por la súbita sensación de desvalimiento que le había inundado.

Se preguntó si quizá era un cobarde. Era algo que no había considerado desde la edad en que aprendió la diferencia que existía entre la bravura física y el coraje. La posibilidad de que pudiera hacer algo irracional por simple miedo era nueva para él.

Permaneció en la cama, buscando en su mente pruebas en pro o en contra.

Habían transcurrido ya dos meses, y sin embargo, Azarín no sabía aún si el K-Ochenta y ocho era una bomba, un rayo mortífero o un nuevo medio de agudizar las bayonetas.

Habían sostenido varias conversaciones totalmente insatisfactorias con Martino, pero éste no se mostraba dispuesto a someterse. Era siempre muy cortés, pero no le decía nada. Con un hombre, con cualquier hombre, él hubiese podido luchar. Pero con una cara inexpresivo como una pesadilla de los sombríos bosques, con una cosa que permanecía sentada en su silla de ruedas como los dioses a los que veneraban en los templos de la jungla, sabía que si esperaba lo bastante se vería derrotado... y eso era más de lo que podía soportar.

Azarín recordó la llamada telefónica que esa mañana había recibido de Novoya Moskva y dio un puñetazo sobre la mesa.

Su mejor hombre. Ellos sabían que era, su mejor hombre, sabían que era Anastas Azarín, ¡y sin embargo, le hablaban de esa manera! ¡Los burócratas le hablaban a él así!

Y todo era porque deseaban devolver Martino a los aliados lo más de prisa posible. Si le concedían tiempo, sería una cuestión distinta. Si Martino no tenía que ser devuelto en absoluto, si ciertos métodos podían ser empleados, entonces podría realmente hacer algo.

Azarín permanecía sentado detrás de su mesa buscando la respuesta. Tenía que pensar en algo para satisfacer a Novoya Moskva, para demorar las cosas hasta que, inevitablemente, encontrara el medio de manipular a Martino. Pero nada satisfaría al cuartel general a menos de que a su vez pudiesen satisfacer a los aliados. Y los aliados no se sentirían satisfechos sino recuperando a Martino.

Los ojos de Azarín se abrieron del todo. Sus espesas cejas se elevaron en perfectos semicírculos. Después tomó el aparato telefónico y marcó el número del doctor Kothu. Escuchó la llamada del teléfono. Había hecho uno pensó. Quizá podía hacer dos.

Su labio superior se apartó de sus dientes. Al pensar que Heywood, el americano, era al que mejor podía elegir para llevar a cabo la misión. Hubiese preferido mucho más enviar a alguien sólido, a uno de sus propios hombres, cuyas capacidades conocía y cuyas debilidades podía permitirse. Pero Heywood era el único que podía escoger. Probablemente fracasaría más temprano o más tarde. Pero lo importante era que Novoya Moskva no lo pensaría así. En el cuartel general se sentían orgullosos de aquellos extranjeros y de todo el complicado e ineficaz sistema que los apoyaba. En la cabeza tenían la idea de que un hombre podía ser traidor a su propio pueblo y sin embargo, no estar incapacitado por la debilidad que lo había impulsado a la traición. Sus repetidos fracasos no habían hecho nada para ilustrarlos, y por una vez Azarín se sentía contento de ello.

- ¿El doctor Kothu? Soy Azarín. Si le fuera enviado a usted un hombre adecuado, un hombre completo esta vez, ¿podría usted hacer con él lo que ha hecho con Martino? - Con las puntas de los dedos aferró el borde de la mesa, y escuchó. - Exactamente. Un hombre completo. Deseo que haga un hermano para el monstruo. Gemelo.

Cuando acabó de hablar con Kothu, Azarín llamó a Novoya Moskva, inclinado sobre la mesa, el cigarrillo sobresaliendo de su mano. Tenía los labios estirados. Su cara perdió su inexpresividad de leño. Su sonrisa era muy diferente a la que usualmente mostraba al mundo. Como su habitual máscara reticente, se había forjado en el transcurso de los años, desde que abandonó el bosque de su padre. Las líneas de su cara habían sido atezadas por soles extranjeros y refrotadas por las arenas de desiertos extraños. Ahora había venido a él fácilmente, como la sonrisa un tanto juvenil que siempre había tenido. La diferencia estribaba en que Azarín no era consciente de que poseía esa tercera expresión.

Le costó algún tiempo convencer al cuartel general, pero Azarín no sintió impaciencia alguna. Expuso su plan como un hombre asestándole hachazos a un árbol, firmemente y con rítmicos golpes, sabiendo que al final el árbol se derrumbaría.

Por último colgó el aparato y con unos cuantos sorbos vació su vaso de té. El ordenanza le trajo más. Los ojos de Azarín se arrugaron agradablemente en los ángulos cuando pensó una vez más que había sido Anastas Azarín quien había hallado la solución, mientras los burócratas del cuartel general eran presas de la indecisión.

Puso las manos sobre el borde de la mesa y sin apresurarse se levantó. Salió a la oficina exterior.

- Desciendo a la calle. Procure que el coche esté esperándome - le dijo al jefe de sus funcionarios.

Al correo le llevaría varios días alcanzar Washington con las órdenes para Heywood, pero al menos esa parte del sistema era infalible. Heywood llegaría en el plazo de una semana. Mientras tanto, no había razón alguna para

esperarle. El plan comenzaría a funcionar automáticamente a partir de ese momento. Los aliados comprobarían que resultaba mucho más difícil tratar con Novoya Moskva, ahora que Azarín había allanado bastante las cosas para los del cuartel general. Y, en consecuencia, comprobaría que su teléfono se mostraba mucho más silencioso y mucho menos perentorio.

Bien. Todo había quedado arreglado. Lo había solucionado el simple, iletrado campesino Anastas Azarín. El zopenco que movía los labios cuando leía. El ignorante del sombrío bosque, que trabajaba mientras Novoya Moskva hablaba.

Los ojos de Azarín parpadearon cuando penetró en la habitación de Martino, se detuvo y miró al hombre.

- Hablaremos más - dijo -. Ahora disponemos de tiempo suficiente para descubrirlo todo sobre el K-Ochenta y ocho.

Fue la primera vez que pudo expresar abiertamente el término. Vio retorcerse al cuerpo del hombre.

Martino descubrió que la primera cosa que se perdía bajo aquellas condiciones era la noción del tiempo. No se sintió particularmente sorprendido, puesto que una experiencia enteramente extraña no podía contener cualquiera de los usuales indicios por los cuales un ser humano adquiriría su cronología. La habitación no tenía ventanas, ni relojes ni calendarios. Esas eran las más simples y evidentes carencias. Después, no había cambio alguno en su rutina. No había interrupciones en lo que se refería a sentarse para comer o a tumbarse para dormir, y el hambre y el sueño no proporcionaban ayuda cuando eran constantes. La habitación en sí misma, situada en alguna parte del cuartel general del sector de Azarín, estaba construida para que no ofreciese nada sobresaliente. Era rectangular y hecha de cemento sin pintar desde el suelo al techo. Martino no podía hacer otra cosa sino pasear de un extremo al otro, una de las paredes hacia la cual caminaba era exactamente, igual a la otra, incluso en detalles tales como el grano de la superficie. Cuando caminaba pasaba entre dos idénticas mesas de roble, y detrás de cada mesa había un hombre con un uniforme gris verdoso. Los hombres hacían todo lo posible para parecer exactos. La instalación de luz de hallaba exactamente en el centro del techo.

Martino no tenía idea de por puerta qué había entrado originariamente, o hacia qué pared, había caminado al principio.

Cuando pasaba por entre las mesas, siempre era el hombre de la derecha quien hacía la primera pregunta. Podía ser algo como «¿Cuál es su Apellido?» o «¿Cuántas pulgadas hay en un pie?» Las preguntas carecían de significado, y sus respuestas no quedaban consignadas. Los hombres, que cambiaban de turno en lo que probablemente eran intervalos irregulares pero que no obstante parecían ser siempre lo mismo, ni siquiera se preocupaban de si contestaba o no. Si no estaba equivocado, durante algún tiempo no se había molestado en

contestar. Algo más tarde, la irritación le había inducido a dar respuestas absurdas: «Newton» u «ocho». Pero ahora era mucho menos extenuante decir simplemente la verdad.

Sabía lo que le estaba sucediendo. Al final, el cerebro comenzaba, en efecto, a fabricar sus propias drogas de la verdad en autodefensa contra los venenos de la fatiga que lo inundaban. La ecuación era: Respuesta correcta, alivio. Eso no tenía nada que ver con una adrenalina contra el dolor. No había sino aquel acto de caminar a través de un mundo sin significado.

Eso fue lo que al final comenzó a afectarle de modo más intenso. Los hombres sentados detrás de las mesas no le prestaban la menor atención a menos que intentase cesar de caminar. El resto del tiempo simplemente le formulaban sus preguntas, no mirándole a él, sino mirándose el uno al otro. Sospechaba que ninguno sabía quién era ni por que estaba allí. Últimamente había adquirido la absoluta seguridad. Le empleaban solo por que la mayor parte de los juegos a dos manos requieren una pelota. Para ellos no significo nada el que comenzase a dar respuestas correctas, porque no se encontraban allí para juzgar sus respuestas.

Sabía que estaban allí simplemente para ablandarlo, y que al final sería Azarín quien se haría cargo del asunto. Pero, mientras tanto, experimentaba una creciente Y quejumbrosa sensación de terrible injusticia. Se hallaba próximo a llorar mientras caminaba.

También sabía a qué se debía eso. Después de todo, su cerebro habla resuelto el problema. Estaba realizando la ecuación, estaba haciendo lo que ellos deseaban que hiciese. Daba respuestas correctas y, a causa de lo razonable, debieran haber respondido proporcionándole alivio. Pero hacían caso omiso de él, y no mostraban signo alguno de comprender que hacía lo que deseaban que hiciera. Y si hacía lo que deseaban que hiciera y hacían caso omiso de él, el cerebro tenía que llegar a la, conclusión de que por alguna razón no les transmitía sus señales a través de sus actos. Si sólo hubiese habido uno de ellos, el cerebro hubiese podido decidir que ese uno era sordo y ciego, puesto que recitaba sus preguntas con monotonía de idiota. Pero había siempre dos, y en total quizá eran una docena. De manera que el cerebro sólo podía decidir que él era el incapaz de hacerse oír... que era Lucas Martino el que no era nada.

Y, al mismo tiempo, sabía lo que le estaba sucediendo.

Azarín permanecía pacientemente sentado detrás de su mesa, esperando a que llegaran noticias de la habitación de los interrogatorios. Habían transcurrido ya tres días desde que Martino fue traído del hospital, y Azarín sabía, como hombre que conocía bien su oficio, que las noticias llegarían en cualquier momento de ese mismo día.

Era un asunto completamente simple, pensó Azarín. Uno tomaba a un hombre y le arrancaba cosas, cosas más vitales que la piel, aunque él había visto a esa técnica trabajar en manos de hombres que no habían aprendido las más sutiles fases de su oficio. En efecto, era siempre lo mismo, si bien con él los resultados eran mucho mejores. Un hombre lleva muy poco exceso de equipaje en la cabeza. Incluso un burócrata, y Martino no era un burócrata. Cuando más inteligente era el hombre, menos exceso de equipaje y más rápidos los resultados. Cuando el hombre quedaba a punto, estaba como en carne viva, y un toque aquí y otro allí, y soltaba todo cuanto sabía.

Por supuesto, habiendo hecho eso y sabiendo que lo había hecho, el hombre quedaba después vacío para siempre. Comprendía que se había sometido y que después de eso todo el mundo podía usarlo, podía hacer con él lo que deseara. Llevaba la marca. Podías hacer con él lo que desearas. Era una nada viviente.

Ordinariamente, Azarín no experimentaba sino una normal medida de satisfacción por haberle hecho eso a un hombre mientras él continuaba siendo para siempre e imperecederamente Anastas Azarín. Pero en ese caso...

Azarín gruñó a algo invisible.

CAPITULO XV

Eddie Bates era un compañero de viaje. Era un hombre feo, de vientre liso, membrudo y de cara que había quedado grotescamente marcada por el acné. Su juventud había sido miserable, a pesar de que cada día hubiese dedicado media hora a levantar fielmente pesas en su dormitorio. A punto de cumplir veinte años, había pasado seis meses en un reformatorio por asalto y agresión. Hubiera podido ser asalto con intento de asesinato, pero sólo Eddie sabía cuán lejos había planeado ir al empezar a golpear al otro muchacho, un chico bien parecido que había hecho una observación sobre una muchacha a la que Eddie nunca se había atrevido a hablar.

Cuando contaba veinte años, encontró un empleo en un garaje. Trabajaba con un estado ánimo de perpetuo resentimiento que hacía que la mayor parte de los clientes le miraran con desagrado. Sólo uno de ellos, un agradable hombre que conducía un coche caro, se tomó la molestia de cultivar su amistad. Eddie solía hacer algunos encargos para él después del trabajo, y suponía que era criminal de alguna especie, puesto que pagaba bien y le hacía a Eddie entregar sus misteriosos mensajes empleando sinuosos métodos.

Eddie realizaba su trabajo bien y fielmente, pues se sentía ligado al hombre por algo más que por el dinero. El hombre era el único amigo respetable que tenía en el mundo, y cuando le hizo otra proposición, Eddie la aceptó.

Así fue como Eddie se convirtió en compañero de viaje. Su amigo no le pagaba ahora para enviar mensajes evitando verse envuelto en complicaciones. Le había buscado un empleo como mecánico en una línea aérea. Cada mes que Eddie continuaba siendo un respetable ciudadano y obtenía un sueldo de la línea aérea, le llegaba un sobre con una paga adicional por medios tan tortuosos como los que el mismo Eddie había empleado en otros tiempos. Pero entonces Eddie sabía para quién trabajaba su amigo. Pero el hombre era su amigo, y nunca le había pedido hacer algo distinto para ganarse el dinero extra.

Eddie evitaba considerar las realidades de su posición. A medida que pasaba el tiempo, eso fue haciéndose progresivamente más fácil.

Se hizo mayor, y continuó trabajando para la línea aérea. Le sucedieron varias cosas. En primer lugar, tenía un natural talento para manejar maquinarias. Las comprendía, las respetaba y estaba dispuesto a trabajar con infinita paciencia hasta que funcionaban adecuadamente. Eran pocas las personas de las que trabajaban con él que rehuyesen su cara una vez que le habían visto trabajar en un motor. En segundo lugar, ahora tenía novia.

Alice trabajaba en el restaurante donde Eddie comía cada día. Era una muchacha que trabajaba de firme y sabía que la única clase de hombre en el que merecía la pena pensar era un hombre con un sólido y buen oficio. La belleza no era particularmente importante para ella, puesto que por principio desconfiaba de los hombres hermosos. Entre ella y Eddie era una cosa aceptada que se casarían tan pronto como hubiesen ahorrado el dinero suficiente, para comprar una casa cerca del aeropuerto.

Pero ahora Eddie Bates, el compañero de viaje, había sido activado. Permanecía en cuclillas cerca del motor interior del avión, en lo alto de la elevada ala, muy por encima del suelo del hangar, y se preguntó qué iba a hacer.

Había recibido órdenes. Y además tenía la cosa que le había dado su amigo. Era un cartucho de metal del tamaño de una botella de leche, y en uno de sus extremos había un pulsador con algunas calibraciones horarias. Su amigo lo había puesto en hora y se lo había dado, diciéndole que lo colocara en el motor. No le había explicado que su propósito era tan sólo obligar al avión a posarse en el agua en un punto calculado. Eddie había supuesto que su propósito era volar el ala en pleno vuelo. El era un mecánico, no un experto en explosivos. Como la mayor parte de las personas, no tenía una idea exacta del poder de una determinada carga ni hasta qué punto las verdaderas dimensiones del cartucho estaban ocupadas por los aparatos de relojería.

Estuvo vacilando durante largo rato, oculto en la oscuridad cerca del techo del hangar. Añadía cosas vez tras vez, y con ello se sentía más desesperado e indeciso.

No había esperado jamás que le pedirían hacer una cosa así. Gradualmente admitió que, al ir pasando el tiempo, había acabado por creer que nunca le pedirían que hiciese algo. Pero el hombre era su amigo, y Eddie había aceptado su dinero.

Pero ahora tenía otros amigos, y él mismo había estado trabajando en el motor esa tarde, ajustándolo pacientemente.

Pero el dinero era importante. El que le daba su amigo incrementaba grandemente sus ahorros. Cuanto más ahorrara, más pronto podría casarse con Alice. Pero si no colocaba la bomba, cesaría de recibir dinero.

Otras cosas podían suceder si no colocaba la bomba. Su amigo podía dejar de protegerle, y entonces perdería el respeto de los amigos que tenía en la línea aérea y no se casaría jamás con Alice.

Tenía que hacer algo.

Respiró profundamente y, a través de la abierta chapa de inspección, echó la bomba al espacio que había entre el motor y la superficie interior de la nave. Después de eso se apresuró a cerrar la chapa y abandonó corriendo el hangar.

No había hecho sino una cosa para tratar de dominar el completo desvalimiento que sentía. Al deslizar el cartucho a través de la abierta chapa de inspección, sus dedos se habían cerrado sobre él convulsivamente, casi como en un reflejo, casi como si hubiese querido aferrarse a alguna esperanza de salvación, o casi como si se hubiese negado a separarse de algo precioso para él. Y al hacerlo, había sabido que no era sino un gesto vacío, porque ¿que importaba cuándo se estrellaba el avión?

Con ese movimiento había modificado el cronometrador, pero nadie, y menos que nadie Eddie Bates, hubiese podido decir en qué proporción.

CAPITULO XVI

«Debo recordar, pensó Martino, mientras miraba al coronel que el K-Ochenta y Ocho no debe ser un soborno. Algunas personas se atraen la atención de otras personas diciéndoles cosas. Ningún hombre es tan gris que no tenga algunos detalles personales capaces de intrigar a los demás. Debo recordar que puedo hablarle a Azarín de aquella vez en que no asistí a la clase

de gramática porque me daba vergüenza levantar la mano para ir al tocador. Eso es bastante intrigante, y sin duda atraerá su atención. O bien puedo hablarle de Johnson, el de astrofísica, quien por la noche pasaba el tiempo estudiando horóscopos en su habitación. Eso mantendrá su atención por lo menos hasta que yo haya agotado todos los detalles de la historia. Puedo hablarle de todas esas cosas, y algunas otras que me sea posible, recordar pero no debo intentar mantener su atención hablando del K-Ochenta y Ocho, porque ése no es el adecuado empleo de él.»

«Debo recordar, pensó con infinita paciencia, que ni por un momento tengo que admitir que sé algo sobre el K-Ochenta y Ocho. Esa es la mayor defensa contra el invencible deseo de hablar. Lo mejor es fingir sorpresa o pretender desinterés cuando alguien desea que le dé ulteriores detalles.»

- Siéntese, doctor en ciencias Martino - dijo Azarín, sonriendo con agrado -. Por favor, tenga la bondad.

Martino sintió en todo su cuerpo la necesidad de responder a aquella sonrisa. La traidora alegría la sintió iniciarse como una débil sorpresa ante el hecho de que alguien le hubiese hablado al fin, para después extenderse en una gran calidez hacia aquel hombre que le había llamado por su nombre.

Sin pensar que en su cara no podía aparecer nada, tembló lleno de pánico ante el pensamiento de cuán fácilmente habla conseguido Azarín quebrantar sus defensas. Había esperado ser más fuerte.

«Debo recordar que no tengo que decir nada», pensó, urgentemente ahora. «Si empiezo a hablar, mi amistad por este hombre no me permitirá detenerme. Tengo que luchar para no decir nada en absoluto.»

- ¿Quiere usted un cigarrillo? - preguntó Azarín, empujando a través de la mesa la caja de sándalo.

La mano derecha de Martino temblaba. Tendió la izquierda. Los dedos de metal, muy mal controlados, destrozaron el cigarrillo.

Vio a Azarín fruncir el ceño durante un momento, y en ese momento Martino casi gritó, tan angustiado se sentía por haber ofendido al hombre con lo que había hecho. Pero le costó hacer un esfuerzo para activar en su cerebro los mecanismos vocales, y su cerebro lo detectó y, le detuvo.

«Debo recordar que tengo otros amigos», pensó. «Debo recordar que Edith y Bárbara morirán si complazco a este amigo.»

Lleno de pánico se dio cuenta de que Edith y Bárbara no eran ya sus amigas, que probablemente no le recordaban, puesto que nadie le recordaba, o reparaba en él o se preocupaba de él, excepto Azarín.

«Debo recordar», pensó. «Debo recordar ofrecer mis excusas a Edith y Bárbara si alguna vez salgo de aquí. Debo recordar que tengo que salir de aquí.»

Azarín sonrió una vez más.

- ¿Un vaso de té?

«Debo pensar en ello», se dijo. «Si tomo té, tendré que abrir la boca. Si lo hago, ¿seré capaz de cerrarla de nuevo?»

- No tenga miedo, doctor en ciencias Martino. Ahora todo está en orden. Nos sentaremos, hablaremos y yo le escucharé.

Se sintió empezar a hacerlo. «Debo recordar aquella vez que no fui a la clase... y a Johnson», pensó frenéticamente.

«¿Por que?», se preguntó.

«Porque el K-Ochenta y ocho no debía ser un soborno.»

«¿Qué quería decir eso?»

Se oyó pensar a sí mismo fascinado, absorto en ese fenómeno de dos impulsos opuestos en un solo mecanismo, y se preguntó cómo lo conseguía exactamente, qué clase de circuitos se hallaban mezclados en ello y si operaban en verdad simultáneamente o si usaban alternativamente los mismos componentes.

- ¿Está usted jugando conmigo? - gritó Azarín -. ¿Qué hace usted detrás de esa máscara? ¿Se ríe de mí?

Martino miró sorprendido a Azarín. ¿El qué? ¿Qué había hecho?

No pudo preguntarse cuánto tiempo había llevado completar toda una serie de pensamientos. No le parecía que hubiese transcurrido mucho tiempo desde la última pregunta de Azarín, y tampoco comprendía que cualquier hombre que le mirase no podía ver otra cosa sino una figura de cara grave e implacable, con un brazo de metal yaciendo tranquilamente, pero siempre en disposición de aplastar.

- ¡Martino, no le he traído aquí para que haga comedias!

Los ojos de Azarín se entrecerraron súbitamente. Martino creyó advertir miedo debajo de la cólera, y eso le dejó muy perplejo.

- ¿Ha planeado Rogers esto? ¿Le ha enviado deliberadamente?

Martino empezó a sacudir la cabeza, intentó explicarse. Pero se reprimió. Se le ocurrió la idea de que no había necesidad de hablar con aquel hombre, que había atraído ya toda la atención de Azarín.

El teléfono sonó, con la chillona insistencia con que siempre sonaba cuando el telefonista ponía en comunicación a Novoya Moskva.

Azarín tomó el aparato y escuchó.

Martino le observó sin la menor curiosidad mientras los ojos de Azarín se abrían cada vez más. Al cabo de un rato, Azarín depositó el aparato, y Martino continuó con su misma actitud de siempre. La abatida voz de Azarín murmuró:

- Heywood, su compañero de universidad, se ha ahogado seiscientas millas demasiado pronto.

Y Martino no tuvo noción alguna de lo que había querido decir.

Martino permanecía inmóvilmente sentado en el Tatra cuando se acercaban a la línea fronteriza. El hombre del S.S.S. que había a su lado, un asiático llamado Yung, se daba demasiada prisa en interpretar cada uno de sus movimientos como una invitación a practicar su inglés convencional. «Tres meses malgastados», pensaba Martino. «Todo el programa debe estar atascado ahora. Sólo espero que no hayan tratado de reconstruir aquella particular configuración»

Recorrió su mente en busca del modificado sistema que casi estaba seguro había concebido en el hospital. Durante las dos últimas semanas había intentado desesperadamente recordarlo, mientras trabajaban en él Kothu y un terapeuta. Pero no había conseguido en absoluto aferrarlo. Varias veces había creído lograrlo, pero su memoria era fragmentaria e inútil.

«Bien, pensó cuando el coche se detuvo, el terapeuta me ha dicho que tendría complicaciones durante algún tiempo. Pero acabaré por recordarlo.»

- Ya hemos llegado, doctor Martino - dijo alegremente Yung, sin abrir la portezuela.

- Sí.

Miró la entrada con portillo y a los guardias soviéticos. Más allá, pudo ver a los soldados aliados. De un coche descendieron dos hombres.

Empezó a caminar hacia ellos. «Habrán problemas», se recordaba a sí mismo. «Estos hombres no están acostumbrados a mi aspecto. Les costará tiempo habituarse.»

Pero tenía la seguridad de que acabarían habituándose. Porque creía que un hombre era algo más que una serie de rasgos. Pronto empezaría a trabajar. Eso le mantendría atareado. Si no podía recordar la idea que se le había ocurrido en el hospital, siempre podría trabajar en otra cosa.

«Lo he pasado muy mal», pensó mientras cruzaba el portillo. «Pero no he perdido nada.»

FIN